Accessions
116165

Shelf No.
D160.86
vol. 2

BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd Apr. 26th 1871

I. 6.

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
Boston Public Library

https://archive.org/details/lagaviotanovelao02caba

LA
GAVIOTA,

NOVELA ORIGINAL ESPAÑOLA

POR

FERNAN CABALLERO.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA NACIONAL, VIUDA DE VILLAPANDO,
CALLE DE SANTA TERESA, NÚMERO 6.
1856.

LA GAVIOTA,

Novela original de costumbres españolas:

POR

FERNAN CABALLERO.

TOMO II.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, número 8.
1856.

D/CO
·86
1/12

116165
B.S.

LA GAVIOTA.

CAPÍTULO I.

> En España, cuyo carácter nacional es enemigo de la afectacion, ni se exige ni se reconoce lo que en otras partes se llama *buen tono*. El buen tono es aquí la naturalidad; porque todo lo que en España es natural, es por sí mismo elegante.
>
> El Autor.

El mes de julio habia sido sumamente caloroso en Sevilla. Las tertulias se reunian en aquellos patios deliciosos, en que las hermosas fuentes de mármol, con sus juguetones saltaderos, desaparecian detrás de una gran masa de tiestos de flores. Pendian del techo de los corredores, que guarnecian el patio, grandes faroles, ó bombas de cristal, que esparcian en torno torrentes de luz. Las flores perfumaban el ambiente, y contribuian á realzar la gracia y el esplendor de esta escena los ricos muebles que la adornaban, y sobre todo las lindas se-

villanas, cuyos animados y alegres diálogos competian con el blando susurro de las fuentes.

En una noche, hácia fines del mes, habia gran concurrencia en casa de la jóven, linda y elegante Condesa de Algar. Teníase á gran dicha ser introducido en aquella casa; y por cierto, no habia cosa mas fácil; porque la dueña era tan amable y tan accesible, que recibia á todo el mundo con la misma sonrisa y la misma cordialidad. La facilidad con que admitia á todos los presentados, no era muy del gusto de su tio el General Santa María, militar de la época de Napoleon, belicoso por excelencia, y (como solian ser los militares de aquellos tiempos) algo brusco, un poco exclusivo, un tanto cuanto absoluto y desdeñoso, en fin, un hijo clásico de Marte, plenamente convencido de que todas las relaciones entre los hombres consisten en mandar ú obedecer, y de que el objeto y principal utilidad de la sociedad es clasificar á todos y á cada uno de sus miembros. En lo demás, español como Pelayo, y bizarro como el Cid.

El General, su hermana la Marquesa de Guadalcanal, Madre de la Condesa, y otras personas estaban jugando al tresillo. Algunos hablaban de política, paseándose por los corredores; la juventud de ambos sexos, sentada junto á las flores, charlaba y reía, como si la tierra solo produjese flores, y el aire solo resonase con alegres risas.

La Condesa medio recostada en un sofá, se que-

jaba de una fuerte jaqueca, que sin embargo, no le impedia estar alegre y risueña. Era pequeña, delgada, y blanca como el alabastro. Su espesa y rubia cabellera ondeaba en tirabuzones á la inglesa. Sus ojos pardos y grandes, su nariz, sus dientes, su boca, el óvalo de su rostro, eran modelos de perfeccion; su gracia, incomparable. Querida en extremo por su Madre, adorada por su marido, que, no gustando de la sociedad, le daba, sin embargo, una libertad sin límites, porque ella era virtuosa y él confiado, era la Condesa en realidad una niña mimada. Pero, gracias á su excelente carácter, no abusaba de los privilegios de tal. Sin grandes facultades intelectuales, tenia el talento del corazon; sentia bien y con delicadeza. Toda su ambicion se reducia á divertirse y agradar sin exceso, como el ave que vuela sin saberlo, y canta sin esfuerzo. Aquella noche, habia vuelto de paséo, cansada y algo indispuesta: se habia quitado el vestido, y puéstose una sencilla blusa de muselina blanca. Sus brazos blancos y redondos, asomaban por los encajes de sus mangas perdidas: se habia olvidado de quitarse un brazalete y las sortijas. Cerca de ella estaba sentado un Coronel jóven, recien venido de Madrid, despues de haberse distinguido en la guerra de Navarra. La Condesa, que no era hipócrita, tenia fijada en él toda su atencion.

El General Santa María, los miraba de cuando en cuando, mordiéndose los labios de impaciencia.

—¡Fruta nueva! decia; dejaria ella de ser hija de Eva, sino le petase la novedad. ¡Un mequetrefe! ¡Veinte y cuatro años, y ya con tres galones! ¿Cuándo se ha visto tal prodigalidad de grados? Hace cinco ó seis años que iba á la escuela, y ya manda un Regimiento! Sin duda vendrán á decirnos que ganó sus grados con acciones brillantes. Pues yo digo que el valor no da experiencia; y que sin experiencia, nadie sabe mandar. ¡Coronel del ejército con veinte y cuatro años de edad! Yo lo fuí á los cuarenta, despues de haber estado en el Rosellon, en América, en Portugal; y no gané la faja de general, sinó de vuelta del Norte con la Romana, y de haber peleado en la guerra de la independencia. Señores, la verdad es que todos nos hemos vuelto locos en España; los unos por lo que hacen, y los otros por lo que dejan hacer.

En este momento se oyeron algunas exclamaciones ruidosas. La Condesa misma salió de su languidez, y se levantó de un salto.

—Por fin, ¡ya pareció el perdido! exclamó. Mil veces bien venido, desventurado cazador, y mal parado jinete. ¡Buen susto nos hemos llevado! Pero, ¿qué es esto? Estais como si nada os hubiese acaecido. ¿Es cierto lo que se dice de un maravilloso médico aleman, salido de entre las ruinas de un fuerte y las de un convento, como una de esas creaciones fantásticas? Contadnos, Duque, todas esas cosas extraordinarias.

El Duque, despues de haber recibido las enhorabuenas de todos los concurrentes por su regreso y curacion, tomó asiento en frente de la Condesa, y entró en la narracion de todo lo que el lector sabe. En fin, despues de hablar mucho de Stein y de María, concluyó diciendo que habia conseguido de él, que viniese con su muger á establecerse en Sevilla, para utilizar y dar á conocer, él su ciencia, y ella los dotes extraordinarios con que la naturaleza la habia favorecido.

—Mal hecho, falló en tono resuelto el General.

La Condesa se volvió hacia su Tio, con prontitud.

—¿Y porqué es mal hecho, Señor? preguntó.

—Porque esas gentes, respondió el General, vivian contentos y sin ambicion, y desde ahora en adelante, no podrán decir otro tanto; y segun el título de una comedia española, que es una sentencia, *Ninguno debe dejar lo cierto por lo dudoso.*

—¿Creeis, Tio, repuso la Condesa, que esa muger, con una voz privilegiada, echará de menos la roca á que estaba pegada como una ostra, sin ventajas y sin gloria para ella, para la sociedad ni para las artes?

—Vamos, sobrina, ¿querrás hacernos creer con toda formalidad que la sociedad humana adelantará mucho, con que una muger suba á las tablas, y se ponga á cantar *di tanti palpiti*?

—Vaya, dijo la Condesa; bien se conoce que no sois filarmónico.

—Y doy muchas gracias á Dios de no serlo, contestó el General. ¿Quiéres que pierda el juicio, como tantos lo pierden, con ese furor melománico, con esa inundacion de notas que por toda Europa se ha derramado como un alud, ó una *avalancha*, como malamente dicen ahora? ¿Quiéres que vaya á engrandecer con mi imbécil entusiasmo el portentoso orgullo de los reyes y reinas del gorgorito? ¿Quieres que vayan mis pesetas á sumirse en sus colosales ingresos, mientras se están muriendo de hambre tantos buenos oficiales cubiertos de cicatrices, mientras que tantas mugeres de sólido mérito y de virtudes cristianas, pasan la vida llorando, sin un pedazo de pan que llevar á la boca? Esto sí que clama al cielo, y es un verdadero *sarcasmo*, como tambien dicen ahora, en una época en que no se les cae de la boca á esos hipocritones vocingleros la palabra *humanidad*! ¡Pues ya iria yo á echar ramos de flores á una *prima donna*, cuyas recomendables prendas se reducen al do, re, mi, fa, sol!

—Mi Tio, dijo la Condesa, es la mismísima personificacion del *statu quo*. Todo lo nuevo le disgusta. Voy á envejecer lo mas pronto posible, para agradarle.

—No harás tal, sobrina, repuso el General; y así no exijas tampoco que yo me rejuvenezca para adular á la generacion presente.

—¿Sobre qué está disputando mi hermano? pre-

gunto la Marquesa, que, distraida hasta entónces por el juego, no habia tomado parte en la conversacion.

—Mi Tio, dijo un oficial jóven que habia entrado callandito, y sentádose cerca del Duque, mi Tio está predicando una cruzada contra la música. Ha declarado la guerra á los *andantes*, proscribe los *moderatos*, y no dá cuartel ni á los *alegros*.

—¡Querido Rafael! exclamó el Duque abrazando al oficial, que era pariente suyo, y á quien tenia mucho afecto. Era este pequeño, pero de persona fina, bien formada y airosa; su cara, de las que se dice que son demasiado bonitas para hombres.

—¡Y yo! respondió el oficial, apretando en sus manos las del Duque; ¡yo que me habría dejado cortar las dos piernas por evitaros los malos ratos que habeis pasado!—Pero estamos hablando de la ópera, y no quiero cantar en tono de melodrama.

—Bien pensado, dijo el Duque; y más valdrá que me cuentes lo que ha pasado aquí, durante mi ausencia. ¿Qué se dice?

—Que mi prima la Condesa de Algar, dijo Rafael, es la perla de las sevillanas.

—Pregunto lo que hay de nuevo, repuso el Duque, y nó lo sabido.

—Señor Duque, continuó Rafael, Salomon ha dicho, y muchos sábios (y yo entre ellos) han repetido, que nada hay nuevo debajo de la capa azul del cielo.

—¡Ojalá fuera cierto! dijo el General suspirando; pero mi sobrino Rafael Arias, es una contradiccion viva de su axioma. Siempre nos trae caras nuevas á la tertulia, y eso es insoportable.

—Ya está mi Tio, dijo Rafael, esgrimiendo la espada contra los extrangeros. El extrangero es el bú del General Santa María. Señor Duque, si no me hubiérais nombrado Ayudante vuestro, cuando érais Ministro de la Guerra, no habría contraido tantas relaciones con los diplomáticos extrangeros de Madrid, y no me estarian quemando la sangre con cartas de recomendacion. ¿Creeis, Tio, que me divierta mucho el servir de *cicerone*, como lo estoy haciendo desde que vine á Sevilla, con todo viandante?

—¿Y quién nos obliga, repuso el General, á abrir las puertas de par en par á todo el que llega, y á ponernos á sus órdenes? No lo hacen así en París, y mucho ménos en Lóndres.

—Cada nacion tiene su carácter, dijo la Condesa, y cada sociedad sus usos. Los extrangeros son mas reservados que nosotros: lo son igualmente entre sí. Es preciso ser justos.

—¿Han venido algunos recientemente? preguntó el Duque. Lo digo, porque estoy aguardando á lord G., que es uño de los hombres mas distinguidos que conozco. ¿Si estará ya en Sevilla?

—No ha llegado aun, contestó Rafael. Por ahora tenemos aquí, en primer lugar, al Mayor Fly, á quien llamamos la *mosca*, que es lo que su nombre

significa. Sirve en los guardias de la Reina, y es sobrino del Duque de W., uno de los mas altos personajes de Inglaterra.

—¡Si! ¡Sobrino del Duque de W., dijo el General, como yo lo soy del Gran Turco!

—Es jóven, prosiguió Rafael, elegante y buen mozo; pero un coloso de estatura: de modo que es preciso colocarse á cierta distancia, para poder hacerse cargo del conjunto. De cerca parece tan grande, tan robusto, tan anguloso, tan tosco, que pierde un ciento por ciento. Cuando no está sentado á la mesa, siempre le tengo al lado, dentro ó fuera de casa; cuando mi criado le dice que he salido, responde que me aguardará; y al entrar él por la puerta, salgo yo por la ventana. Tiene la costumbre de tirar al florete con su baston, y aunque sus botonazos sean inocentes, y no hiera mas que el aire, como tiene el brazo fuerte y tan largo, y mi cuarto es pequeño, me agujeréa las paredes, y ha roto varios cristales de la ventana. En las sillas se sienta, se mece, se contonéa y repanchiga de tal modo, que ya van cuatro rotas. Mi patrona, al verlo, se pone hecha una furia. Algunas veces toma un libro, y es lo mejor que puede hacer, porque entónces se queda dormido. Pero su fuerte son las conquistas; este es su caballo de batalla, su idea fija y toda su esperanza, aunque todavía en verde. Tiene con respecto al bello sexo, la misma ilusion que con respecto á los pesos duros el gallego que fué á Méjico, creyendo que

no tendría más que bajarse para recojerlos. He tratado de desengañarle; pero ha sido predicar en desierto. Cuando le hablo en razon, se sonrie con cierto aire de incredulidad, acariciando sus enormes bigotes. Está apalabrado con una heredera millonaria, y lo curioso es, que éste Ayax de treinta años, que devora cuatro libras de carne en *beefstake*, y se bebe tres botellas de Jerez de una sentada, hace creer á la novia que viaja por necesitarlo su salud. El otro *maulo* cómo dice mi Tio, es un francés: el Baron de Maude.

—¡Baron! dijo el General con socarronería. ¡Si! Baron cómo yo Papa!

—Pero, por Dios, Tio, dijo la Condesa, ¿qué razon hay para que no sea Baron?

—La razon es, sobrina, dijo el General, que los verdaderos Barones,—no los de Napoleon, ni los constitucionales,—sinó los de antaño, no viajaban ni escribian por dinero, ni éran tan mal criados, tan curiosos y tan cansadamente preguntones.

—Pero Tio, por Dios; bien se puede ser Baron, y ser pregunton. Por preguntar no se pierde la nobleza. A su regreso á su pais va á casarse con la hija de un Par de Francia.

—Así se casará él con ella, replicó el General, como yó con el Gran Turco.

—Mi Tio, dijo Arias, es cómo Santo Tomás: ver y creer. Pero volviendo á nuestro Baron, es preciso confesar que es hombre de muy buena presen-

cia, aunque como yo, acabó de crecer antes de tiempo. Tiene un carácter amable; pero la dá de sábio y de literato; y lo mismo habla de política, que de artes; lo mismo de historia que de música, de estadística, de filosofía, de hacienda y de modas. Ahora está escribiendo un libro sério, como él dice, el cual debe servirle de escalon para subir á la Cámara de diputados. Se intitula: «*Viaje científico filosófico, fisiológico, artístico y geológico por España* (a) *Iberia, con observaciones críticas sobre su gobierno, sus cocineros, su literatura, sus caminos y canales, su agricultura, sus boleros y su sistema tributario.*» Afectadamente descuidado en su traje, grave, circunspecto, económico en demasía, viene á ser una fruta imperfecta de ese invernáculo de hombres públicos, que cria productos prematuros, sin primavera, sin brisas animadoras y sin aire libre; frutos sin sabor ni perfume. Esos hombres se precipitan en el porvenir, en vapor á toda máquina, á caza de lo que ellos llaman una *posicion*, y á esto sacrifican todo lo demás: ¡tristes existencias atormentadas, para las que el dia de la vida no tiene aurora!

—Rafael, eso es filosofar, dijo el Duque sonriéndose. ¿Sabes que si Socrátes hubiera vivido en nuestros tiempos, serías su discípulo más bien que mi Ayudante?

—No cambio la ayudantía por el apostolado, mi General, respondió Arias. Pero la verdad es, que

si no hubiera tanto discípulo nécio, no habría tanto perverso maestro.

—¡Bien dicho, sobrino! exclamó el anciano General; tanto nuevo maestro! y cada cual enseña una cosa, y predica una doctrina á cual más nueva y más peregrina. ¡El progreso! ¡el magnífico y nunca bien ponderado progreso!

—General, contestó el Duque; para sostener el equilibrio en este nuestro globo, es preciso que haya gas y haya lastre; ambas fuerzas deberian mirarse recíprocamente como necesarias, en lugar de querer aniquilarse con tanto encarnizamiento.

—Lo que decís, repuso el General, son doctrinas del odioso justo-médio, que es el que más nos ha perdido con sus opiniones vergonzantes, y sus terminachos *curruscantes*, como dice el pueblo, que habla con mejor sentido que los *ilustrados* secuaces del moderantismo; hipocritones con buena corteza y mala pulpa; adoradores del *Ser Supremo*, que no creen en Jesucristo.

—Mi Tio, dijo Rafael, ódia tanto á los *moderados*, que pierde toda *moderacion* para combatirlos.

—Calla, Rafael, respondió la Condesa; tú combates y te burlas de todas las opiniones, y no tienes ninguna, por tal de no tomarte el trabajo de defenderla.

—Prima, exclamó Rafael, soy liberal; dígalo mi bolsa vacía.

—¡Qué habias tú de ser liberal! dijo con voz estridente el General.

—¿Y porqué no habia de serlo, Señor? El Duque tambien lo es.

—¡Qué habias de ser liberal! tornó á decir el veterano en tono fuerte y recalcado, como un redoble de tambor.

—Vamos, murmuró Rafael; mi Tio, por lo visto, no consiente en que sean liberales sinó las artes que llevan esa denominacion.—Señor, añadió dirigiéndose á su Tio, al que hallaba su sobrino un sabroso placer en hacer rabiar.—¿Porqué no puede ser el Duque liberal? ¿quién se lo puede estorbar si se le antoja ser liberal? ¿se pondrá mas féo por ser liberal? ¿Porqué no podemos ser liberales, Señor, porqué?

—Porque el militar, contestó el General, no és ni debe ser otra cosa que el sosten del Trono, el mantenedor del órden, y el defensor de su Patria: ¿estás, sobrino?

—Pero, Tio.....

—Rafael, le interrumpió la Condesa, no te metas en honduras, y prosigue tu relacion.

—Obedezco; ¡ah prima! en el ejército que estuviese á tus órdenes, no se veria jamás una falta de subordinacion.—Otro extranjero tenemos en Sevilla, un tal Sir John Burnwood. Es un jóven de cincuenta años; hermosote, sonrosado, con grandes melenas, como leon *genuino* del Atlas; lente ina-

movible, sonrisa idem, apretones de manos á diestro y siniestro; gran parlanchin, bulle-bulle, turbulento para echarla de vivo; como aquel aleman, que con el mismo objeto se tiró por la ventana; gran amigo de apuestas; célebre *sportman*; poseedor de vastas minas de carbon de piedra, que le producen veinte mil libras de renta.

—¿Supongo, dijo el General, que serán veinte mil libras de carbon de piedra?

—Mi tio, dijo Rafael, es como los bolsistas, que suben y bajan las rentas á su albedrío. Sir John apostó que subiría á la Giralda á caballo, y ese es el gran objeto que le trae á Sevilla. Es verdad que uno de nuestros antiguos Reyes lo hizo; pero el pobre caballo en que subió, no pudo bajar, y se quedó, como el sepulcro de Mahoma, suspenso entre el cíelo y la tierra; fué preciso matarlo en su elevado puesto. Sir John está desesperado porque no le permiten gozar de este monárquico pasatiempo. Ahora quiere, á ejemplo de Lord Elgin y del Baron Taylor, comprar el Alcázar, y llevárselo á su hacienda señorial, piedra por piedra, sin omitir las que, segun dicen, estan manchadas para siempre con la sangre de D. Fabrique, á quien mandó dar muerte su hermano el Rey D. Pedro, hace quinientos años!

—No hay cosa, dijo el General, de que no sean capaces esos *Sires*, ni idéa, por descabellada que sea, que no se les ocurra.

—Hay más, continuó Rafael. El otro dia me preguntó si podría yo obtener del Cabildo de la Catedral que vendiese las llaves doradas que el Rey moro presentó en una fuente de plata á San Fernando cuando conquistó á Sevilla, y la copa de ágata en que solía beber el gran Rey.

El General dió tal porrazo sobre la mesa, que uno de los candeleros vino al suelo.

—Mi General, dijo el Duque, ¿no echais de ver que Rafael está recargando los colores de sus cuadros, y que son puras extravagancias todo lo que está diciendo?

—No hay extravagancia, repuso el General, que sea improbable en los ingleses.

—Pues aun falta lo mejor, continuó Rafael fijando sus miradas en una linda jóven, que estaba al lado de la Marquesa, viéndola jugar. Sir John está enamorado perdido de mi prima Rita, y la ha pedido. Rita, que no sabe absolutamente como se pronuncia el monosílabo *sí*, le ha dado un *nó*, pelado y recio como un cañonazo.

—¿Es posible, Ritita, dijo el Duque, que hayais rehusado veinte mil libras de renta?

—No he rehusado la renta, contestó la jóven con soltura, sin dejar de mirar el juego; lo que he rehusado ha sido al que la posee.

—Ha hecho bien, dijo el General: cada cual debe casarse en su pais. Este es el modo de no exponerse á tomar gato por liebre.

—Bien hecho, añadió la Marquesa. ¡Un protestante! Dios nos libre.

—¿Y qué decís vos, Condesa? preguntó el Duque.

—Digo lo que mi Madre, respondió ésta. No es cosa de chanza que el gefe de una familia sea de distinta relijion que la de ésta; creo como mi Tio, que cada cual debe casarse en su pais; y digo lo que Rita: que no me casaría jamás con un hombre, solo porque tuviese veinte mil libras de renta.

—Ademas, dijo Rita, está muy enamorado de la bolera Lucía del Salto; y así, aunque el Señor fuera de mi gusto, le habria dado la misma respuesta. No estoy por las competencias; y mucho ménos con gente de entre bastidores.

Rita era sobrina de la Marquesa y del General. Huérfana desde su niñez, habia sido criada por un hermano suyo, que la amaba con ternura, y por su nodriza, que adoraba en ella, y la mimaba; sin que por esto dejase de haberse hecho una jóven buena y piadosa. El aislamiento y la independencia en que habia pasado los primeros años de su vida, habian impreso en su carácter el doble sello de la timidez y de la decision. Era de esas personas que algunos llaman oscuras, por enemigas del ruido y del brillo; altiva al mismo tiempo que bondadosa; caprichosa y sencilla; burlona y reservada. A este carácter picante se agregaba el exterior mas seductor y mas lindo. Su estatura era medianamente alta, su talle, que jamás se habia sometido á la presion

del corsé, poseia toda la soltura, toda la flexibilidad que los novelistas franceses atribuyen falsamente á sus heroinas, embutidas en apretados estuches de ballena. A esa graciosa soltura de cuerpo y de movimientos, unida á la franqueza y naturalidad en el trato, tan encantadora cuando la acompañan la gracia y la benevolencia, deben las españolas su tan celebrado atractivo. Rita tenía el blanco mate limpio é uniforme de las estátuas de mármol; su hermoso cabello era negro; sus ojos, notablemente grandes, de un color pardo oscuro, guarnecidos de grandes pestañas negras, y coronados de cejas que parecian trazadas por la mano de Murillo. Su fresca boca, generalmente séria, se entreabria de cuando en cuando, para lanzar por entre su blanquisima dentadura una pronta y alegre carcajada, que su encogimiento habitual comprimia inmediatamente; porque nada le era mas repugnante que llamar la atencion, y cuando esto le sucedia, se ponia de mal humor.

Habia hecho voto á la Vírgen de los Dolores de llevar hábito; y así vestía siempre de negro, con cinturon de cuero barnizado, y un pequeño corazon de oro atravesado por una espada, en la parte superior de la manga.

Rita era la única mujer que su primo Rafael Arias habia amado sériamente: no con una pasion lacrimosa y elegíaca, cosa que no estaba en su carácter, el mas antisentimental que entre otros muchos resecó el Levante indígena, sinó con un afecto

vivo, sincero y constante. Rafael, que era un excelente jóven, leal, juicioso y noble en su porte y por su cuna, y que gozaba de un buen patrimonio, era el marido que la familia de Rita le deseaba. Pero ella, á pesar de la vigilancia de su hermano, habia entregado su corazon sin saberlo aquel. El objeto de su preferencia era un jóven de ilustre cuna; arrogante mozo, pero jugador; y esto bastaba para que el hermano de Rita se opusiese de tal modo á sus amores, que le habia prohibido rigorosamente verle y hablarle. Rita, con su firmeza de temple y su perseverancia de española, (que debiera emplear mejor que lo hacia en esto), aguardaba tranquilamente, sin quejas, suspiros ni lágrimas, que llegase el dia de cumplir veinte y un años, para casarse sin escándalo, á pesar de la oposicion de su hermano. Entretanto, su amante le paseaba la calle, vestido y montado á lo majo, en soberbios caballos, y se carteaban diariamente.

Aquella noche Rita habia entrado, como siempre, en la tertulia, sin hacer ruido, y se habia sentado en el sitio acostumbrado, cerca de su tia, para verla jugar. Esta no habia observado la proximidad de su sobrina, sinó cuando preguntada por el Duque acerca del enlace que habia rehusado, se habia visto obligada á responder.

—¡Jesus! Rita dijo la Marquesa. ¡Qué susto me has dado! ¿Cómo has llegado hasta aquí, sin que nadie te haya sentido?

—¿Queríais, respondió, que entrase con tambor y trompeta como un Regimiento?

—Pero al ménos, repuso la Marquesa, bien hubieras podido saludar á las gentes.

—Se distraen los jugadores, dijo Rita; y sinó, ved vuestros naipes. Oros van jugados, y ya ibais á hacer un renuncio, por echarme una peluca.

Durante este diálogo, Rafael se habia sentado detrás de su prima, y le decia al oido:

—Rita, ¿cuándo pido la dispensa?

—Cuando yo te avise, contestó sin volverle la cara.

—¿Y qué he de hacer para merecer que llegue ese venturoso instante?

—Encomendarte á mi Santa, que es abogada de imposibles.

—Cruel, algun dia te arrepentirás de haber rechazado mi blanca mano. Pierdes el mejor y el mas agradecido de los maridos.

—Y tú la peor y la mas ingrata de las mugeres.

—Escucha, Rita, continuó Arias; ¿tiene nuestro Tio, que está en frente de nosotros, alguna custodia en la cabeza, que te impide volver la cara á quien te habla?

—Tengo una torcedura en el pescuezo.

—Esa torcedura se llama Luis de Haro. ¿Todavía estás encaprichada con ese consumidor de barajas?

—Mas que nunca.

—¿Y qué dice á eso tu hermano?

—Si te interesa, pregúntaselo.

—¿Y me dejarás morir?

—Sin pestañear.

—Hago voto al diablo que está á los pies del San Miguel de la parroquia, de que le he de dorar los cuernos, si carga de una vez con tu Luis de Haro.

—Deséale mal; que los malos deseos de los envidiosos, engordan.

—Paréceme que te fastidio, dijo Rafael, despues de algunos momentos de silencio, viendo bostezar á su prima.

—¿Hasta ahora no lo habías echado de ver? respondió Rita.

—Esto es que deseas que me vaya. Ya se vé ¡cómo Luis Barajas es tan celoso!

—¡Celoso de tí! respondió su prima, lanzando una de sus carcajadas repentinas: tan celoso está de tí, como del inglés gordo.

—Gracias por la comparacion, amable primita; y á Dios para siempre!

—La del humo, respondió Rita sin volver la cara!

Rafael se levantó furioso.

—¿Qué teneis, Rafael? le preguntó en tono lánguido una jóven, al pasar delante de ella.

Esta nueva interlocutora acababa de llegar de Madrid, adonde un pleito de consideracion habia exigido la presencia de su Padre. Volvia de esta expedicion, completamente modernizada; tan rabiosamente inoculada en lo que se ha dado en

llamar buen tono extranjero, que se habia hecho insoportablemente ridícula. Su ocupacion incesante era leer; pero novelas casi todas francesas. Profesaba hácia la moda un especie de culto; adoraba la música, y despreciaba todo lo que era español.

Al oir Rafael la pregunta que se le dirijia, procuró serenarse, y respondió:

—Eloisita, tengo un dia mas que ayer, y uno menos de vida.

—Ya sé lo que teneis, Arias; y conozco cuanto sufris.

—Eloisita, me vais á meter aprension como á D. Basilio;—(y se puso á cantar) ¡Qué mala cara!»

—En vano disimulais; hay lágrimas en vuestra risa, Arias.

—Pero decidme por Dios, Eloisita, lo que tengo, pues es una obra de misericordia, enseñar al que no sabe.

—Lo que teneis, Arias, harto lo sabeis.

—¿El qué?

—Una *decepcion*, murmuró Eloisa.

—¿Una qué? preguntó Rafael que no la entendió.

—Una decepcion, repitió Eloisa.

—¡Ah! ¡ya! habia entendido desercion; y mi honor militar se habia horripilado. En cuanto á decepcion, tengo un ciento, como cada hijo de vecino, amiga mia; y no es poca el inspiraros lástima en lugar de agrado, que es lo que mas deseo.

—Pero una hay entre todas que descolora vues-

tra vida, y hace que sea para vos la felicidad un sarcasmo que os llevará á mirar la tumba como un descanso y la muerte como una sonriente amiga.

—¡Ah Eloisita! contestó Refael; un dedo de la mano habria dado, por haber tenido en la accion de Mendigorría tales pensamientos; no que cuando me llevaron al hospital con un balazo en el costado, maldito si me sonreian ni la muerte ni la tumba.

—¡Qué prosáico sois! exclamó indignada Eloisa.

—¿Es esto un anatema, Eloisita?

—No Señor, repuso con ironía la interrogada; es un magnífico cumplido.

—Lo que es una verdad de á fólio, dijo Rafael, es el que estais lindísima con ese peinado, y que ese vestido es del mejor gusto.

—¿Os agrada? exclamó la elegante jóven, dejando de repente el tono sentimental. Son estas telas las últimas *nouveautés*, *es gró Ledru-Rollin*.

—No es estraño, dijo Rafael, que se muera por España y por las españolas aquel inglés que veis alli en frente, y cuya cabeza descuella sobre todas las plantas del macetero.

—¡Qué mal gusto! contestó Eloisa con un gesto de desden.

—Dice, continuó Rafael, que no hay cosa mas bonita en el mundo, que una española con su mantilla, que es el traje que mas favor les hace.

—¡Qué injusticia! esclamó la jóven. ¿Creen acaso

que el sombrero es demasiado elegante para nosotras?

—Dice, prosiguió Rafael, que manejais el abanico con una gracia incomparable.

—¡Qué calumnia! dijo Eloisa. Ya no lo usamos las *elegantas*.

—Dice, que esos piececitos tan monos, tan breves, tan lindos, están pidiendo á gritos, medias y zapatos de seda, en lugar de esas horrendas botas, borceguíes, *brodequines*, ó llámense como quiera.

—Eso es insultarnos, exclamó Eloisa; es querer que retrogrademos medio siglo, como dice muy bien la ilustrada prensa madrileña.

—Que los ojos negros de las españolas son los mas hermosos del mundo.

—¡Qué vulgaridad! Esos son ojos de las gentes del pueblo, de cocineras y cigarreras.

—Que el modo de andar de las españolas tan ligero, tan gracioso, tan sandunguero, es lo mas encantador que pueda imaginarse.

—Pero ¿no conoce ese Señor que nos mira como parias, dijo Eloisa, y que estamos haciendo todo lo posible para enmendarnos y andar como se debe?

—Lo mejor será que le convirtais, dijo Rafael. Voy á presentárosle.

Arias echó á correr pensando: Eloisa tiene blando el corazon, y la echa de romántica: es pintiparada para el Mayor, que anda á caza de estos avechuchos.

Entre tanto la Condesa preguntaba al Duque si era bonita la Filomena de Villamar.

—No es ni bonita, ni fea, respondió. Es morena, y sus facciones no pasan de correctas. Tiene buenos ojos; es en fin, uno de esos conjuntos, que se vén por donde quiera en nuestro pais.

—Una vez que su voz es tan extraordinaria, dijo la Condesa, por honor de Sevilla, es preciso que hagamos de ella una eminente *prima donna*. ¿No podrémos oirla?

—Cuando querais, respondió el Duque. La traeré aquí una noche de estas, con su marido, que es un excelente músico, y ha sido su maestro.

En esto llegó la hora de retirarse.

Cuando el Duque se acercó á la Condesa para despedirse, esta levantó el dedo con aire de amenaza.

—¿Qué significa eso? preguntó el Duque.

—Nada, nada, contestó ella: esto significa ¡cuidado!

—¿Cuidado? ¿De qué?

—¿Fingís que no me entendeis? no hay peor sordo que el que no quiere oir.

—Me poneis en áscuas, Condesa.

—Tanto mejor.

—¿Quereis, por Dios, explicaros?

—Lo haré, ya que me obligais. Cuando he dicho *cuidado*, he querido decir, ¡cuidado con echarse una cadena encima!

—¡Ah! Condesa, repuso el Duque con calor: por Dios, que no venga una injusta y falsa sospecha á oscurecer la fama de esa muger, aun ántes de que nadie la conozca. Esa muger, Condesa, es un ángel.

—Eso por supuesto, dijo la Condesa. Nadie se enamora de diablos.

—Y sin embargo, teneis mil adoradores, repuso sonriendo el Duque.

—Pues no soy diablo, dijo la Condesa; pero soy zahorí.

—El tirador no acierta cuando el tiro salva el blanco.

—Os aplazo para dentro de aquí á seis meses, invulnerable Aquiles, repuso la Condesa.

—Callad por Dios, Condesa, exclamó el Duque; lo que en vuestra bella boca es una chanza ligera, en las bocas de víboras que pululan en la sociedad, seria una mortal ponzoña.

—No tengais cuidado: no seré yo quien tire la primera piedra. Soy indulgente como una santa, ó como una gran pecadora; sin ser ni lo uno ni lo otro.

Nada satisfecho salia el Duque de esta conversacion, cuando á la puerta le detuvo el General Santa María.

—Duque, le dijo, ¿habeis visto cosa semejante?

—¿Qué cosa? preguntó escamado el Duque.

—¡Qué cosa, preguntais!!!

—Sí, lo pregunto y deseo respuesta.

—¡Un coronel de veintitres años!!

—En efecto, es algo prematuro, contestó el Duque sonriéndose.

—Es un bofeton al ejército.

—No hay duda.

—Es dar un solemne mentís al sentido comun.

—Por supuesto!

—¡Pobre España! exclamó el General, dando la mano al Duque, y levantando los ojos al cielo.

CAPITULO II.

El Duque habia proporcionado á Stein y á su muger una casa de pupilos, á cargo de una familia pobre, pero honrada y decente. Stein habia encontrado en una cómoda, cuya llave le entregaron al tomar posesion de su aposento, una suma de dinero, bastante á sobrepujar las mas exageradas pretensiones. Adjunto se hallaba un billete, que contenia las siguientes líneas: «*Hé aquí un justo tributo á la ciencia del cirujano.—Los esmeros y las vigilias del amigo, no pueden ser recompensadas, sinó con una gratitud y una amistad sincera.*»

Stein quedó confundido.

—¡Ah María! exclamó, enseñando el papel á su muger. Este hombre es grande en todo: lo es por su clase, lo es por su corazon, y por sus virtudes.

Imita á Dios, levantando á su altura á los pequeños y los humildes. ¡Me llama amigo, á mí, que soy un pobre cirujano; y habla de gratitud, cuando me colma de beneficios!

—¿Y qué es para él todo ese oro? respondió María; un hombre que tiene millones, segun me ha dicho la patrona, y cuyas haciendas son tamañas como provincias! Además, que si no hubiera sido por tí, se habria quedado cojo para toda la vida.

En este momento entró el Duque, y cortando el hilo á los desahogos de agradecimiento en que Stein se deshacia, le dijo á su muger:

—Vengo á pediros un favor: ¿me lo negaréis María?

—¿Qué es lo que podrémos negaros? se apresuró á contestar Stein.

—Pues bien, María, continuó el Duque, he prometido á una íntima amiga mia, que iríais á cantar á su casa.

María no respondió.

—Sin duda que irá, dijo Stein. María no ha recibido del cielo un don tan precioso como su voz, sin contraer la obligacion de hacer participar á otros de esta gracia.

—Estamos, pues, convenidos, prosiguió el Duque. Y ya que Stein es tan diestro en el piano como en la flauta, tendréis uno á vuestra disposicion esta tarde, así como una coleccion de las mejores piezas de las óperas modernas. Asi podréis esco-

jer las que mas os agraden, y repasarlas; porque es preciso que María triunfe y se cubra de gloria. De eso depende su fama de cantatriz.

Al oir estas últimas palabras, los ojos de María se animaron.

—¿Cantaréis, María? le preguntó el Duque.

—¿Y porqué no? respondió esta.

—Ya sé, dijo el Duque, que habeis visto muchas de las buenas cosas que encierra Sevilla. Stein vive de entusiasmo, y ya sabe de memoria á Cean, Ponz y Zúñiga. Pero lo que no habeis visto, es una corrida de toros. Aqui quedan billetes para la de esta tarde. Estaréis cerca de mí; porque quiero ver la impresion que os causa este espectáculo.

Poco despues el Duque se retiró.

Cuando por la tarde Stein y María llegaron á la plaza, ya estaba llena de gente. Un ruido sostenido y animado, servia de preludio á la funcion, como las olas del mar se agitan y mugen ántes de la tempestad. Aquella reunion inmensa, á la que acude toda la poblacion de la ciudad y la de sus cercanías; aquella agitacion, semejante á la de la sangre cuando se agolpa al corazon en los parasismos de una pasion violenta; aquella atmósfera ardiente, embriagadora, como la que circunda á una bacante; aquella reunion de innumerables simpatías en una sola; aquella expectacion calenturienta; aquella exaltacion frenética, reprimida sin embargo, en los límites del órden; aquellas vociferaciones estrepitosas, pero sin

grosería; aquella impaciencia, á que sirve de tónico la inquietud; aquella ansiedad, que comunica estremecimientos al placer, forman una especie de galvanismo moral, al cual es preciso ceder, ó huir.

Stein aturdido, y con el corazon apretado, habria de buena gana preferido la fuga. Su timidez le detuvo. Veía que todos cuantos le rodeaban estaban contentos, alegres y animados, y no se atrevió á singularizarse.

La plaza estaba llena; doce mil personas formaban vastos círculos concéntricos en su circuito. La gente rica estaba á la sombra; el pueblo lucía á los rayos del sol el variado colorido del traje andaluz.

En los grandes teatros donde brillan la Grisi, Lablache, la Rachel y Macready, la *sala* no se llena sino cuando le toca salir al artista favorito; pero la funcion bárbara que se ejecuta en este inmenso circo, no ha pasado jamás por semejante humillacion.

Salió el despejo, y la plaza quedó limpia. Entónces se presentaron los picadores montados en sus infelices caballos, que con sus cabezas bajas y sus ojos tristes parecian (y eran en realidad) víctimas que se encaminaban al sacrificio (1).

(1) Damos un sincero parabien al *Clamor Público*, por haber tomado la iniciativa en la prensa española, en contra de la inaudita crueldad con que aquí se trata á los pobres animales, y haber pedido se diese fin á la agonía de los miserables caballos por medio de la puntilla. Como para nada de lo *bueno* (para que podria servir) sirve la libertad de imprenta, tan justa y caritativa advertencia no ha sido atendida.

Solo con ver á estos pobres animales, cuya suerte preveía, la especie de desazon que ya sentia Stein, se convirtió en compasion penosa. En las provincias de la Península que habia recorrido hasta entónces, desoladas por la guerra civil, no habia tenido ocasion de asistir á estas grandiosas fiestas nacionales y populares, en que se combinan los restos de la brillante y ligera estrategia morisca, con la feroz intrepidez de la raza goda. Pero habia oido hablar de ellos, y sabia que el mérito de una corrida, se calcula generalmente por el número de caballos que en ella mueren. Su compasion, pues, se fijaba principalmente en aquellos infelices animales, que, despues de haber hecho grandes servicios á sus amos, contribuido á su lucimiento, y quizás salvádoles la vida, hallaban por toda recompensa, cuando la mucha edad y el exceso del trabajo habian agotado sus fuerzas, una muerte atroz, que por un refinamiento de crueldad, les obligan á ir á buscar por sí mismos: muerte que su instinto les anuncia, y á la cual resisten algunos, miéntras otros, mas resignados, ó mas abatidos, van á su encuentro dócilmente, para abreviar su agonía. Los tormentos de estos seres desventurados destrozarian el corazon mas empedernido; pero los aficionados no tienen ojos, ni atencion, ni sentimientos, sino para el toro. Están sometidos á una verdadera fascinacion; y ésta se comunica á muchos de los extrangeros mas preocupados contra España, y en

particular contra esta feroz diversion. Además, es preciso confesarlo, y lo confesarémos con dolor. En España, la compasion en favor de los animales, es, particularmente en los hombres, por punto general, un sentimiento mas bien teórico que práctico. En las clases ínfimas no existe. ¡Ah, Mr. Martin! ¡Cuánto mas acreedor sois al reconocimiento de la humanidad, que muchos filántropos de nuestra época, que hacen tanto daño á los hombres, sin aumentar ni en un ápice su bienestar! (1)

Los toros deleitan á los extrangeros de gusto estragado ó que se han empalagado de todos los goces de la vida, y que ánsian por una emocion, como el agua que se hiela, por un sacudimiento que la avive; ó á la generalidad de los españoles, hombres enérgicos y poco sentimentales, y que además se han acostumbrado desde la niñez á esta clase de espectáculos. Muchos, por otra parte, concurren por hábito; otros, sobre todo, las mugeres, para ver y ser vistas; otros que van á los toros, no se divierten, padecen, pero se quedan, merced á la parte *carneril*, de que fué liberalmente dotada nuestra humana naturaleza.

Los tres picadores saludaron al Presidente de la

(1) M. Martin de Galloway, miembro del Parlamento Británicó, fué quien propuso en él un célebre *Bill* para evitar y castigar la crueldad contra los animales. Fundó además una Sociedad con el mismo objeto; sociedad que, aun despues de la muerte de su ilustre fundador, trabaja con infatigable celo en la línea de principios y de conducta que le dejó trazada.

plaza, precedidos de los banderilleros y chulos espléndidamente vestidos, y con capas de vivos y brillantes colores. Capitaneaban á todos, los primeros espadas y sus sobresalientes, cuyos trajes eran todavía mas lujosos que los de aquellos.

¡Pepe Vera! ¡Ahí está Pepe Vera! gritó el concurso. ¡El discípulo de Montes! ¡Guapo mozo! ¡Qué gallardo! ¡Qué bien plantado! ¡Qué garbo en toda su persona! ¡Qué mirada tan firme y tan serena!

—¿Saben vds., decia un jóven que estaba sentado junto á Stein, cual es la gran leccion que dá Montes á sus discípulos? Los empuja cruzados de brazos hácia el toro, y les dice: *no temas al toro.*

Pepe Vera se acercó á la valla. Su vestido era de raso color de cereza, con hombreras y profusas guarniciones de plata. De las pequeñas faltriqueras de la chupa salian las puntas de dos pañuelos de olan. El chaleco de rico tisú de plata, y la graciosa y breve montera de terciopelo, completaban su elegante, rico y airoso vestido de majo.

Despues de haber saludado con mucha soltura y gracia á las autoridades, fué á colocarse, como los demás lidiadores, en el sitio que le correspondia.

Los tres picadores ocuparon los suyos, á igual distancia unos de otros, cerca de la barrera. Los matadores y chulos, estaban esparcidos por el redondel. Entonces todo quedó en silencio profundo, como si aquella masa de gente, tan ruidosa poco án-

tes, hubiese perdido de pronto la facultad de respirar.

El Alcalde hizo la seña; sonaron los clarines, que, como harán las trompetas el dia del último juicio, produjeron un levantamiento general; y entónces, como por magia, se abrió la ancha puerta del toril, situada en frente del palco de la autoridad. Un toro colorado se precipitó en la arena, y fué saludado por una explosion universal de gritos, de silbidos, de injurias y de elogios. Al oir este tremendo estrépito, el toro se paró, alzó la cabeza y pareció preguntar con sus encendidos ojos, si todas aquellas provocaciones se dirijian á él, á él, fuerte atleta que hasta alli habia sido generoso y hecho merced al hombre, tan pequeño y débil enemigo: reconoció el terreno, y volvió precipitadamente la amenazadora cabeza á uno y otro lado. Todavía vaciló: crecieron los recios y penetrantes silbidos; entónces se precipitó con una prontitud que parecia incompatible con su peso y su volúmen, hácia el picador.

Pero retrocedió al sentir el dolor que le produjo la puya de la garrocha en el morrillo. Era un animal aturdido, de los que se llaman en el lenguaje tauromáquico, boyantes. Asi es que no se encarnizó en este primer ataque, sino que embistió al segundo picador.

Este no le aguardaba tan prevenido como su antecesor, y el puyazo no fué tan derecho, ni

tan firme; así fué que hirió al animal sin detenerlo. Las astas desaparecieron en el cuerpo del caballo, que cayó al suelo. Alzóse un grito de espanto en todo el circo; al punto todos los chulos rodearon aquel grupo horrible; pero el feroz animal se habia apoderado de la presa, y no se dejaba distraer de su venganza. En este momento, los gritos de la muchedumbre, se unieron en un clamor profundo y uniforme, que hubiera llenado de terror á la ciudad entera, si no hubiera salido de la plaza de los toros.

El trance iba siendo horrible, porque se prolongaba. El toro se cebaba en el caballo; el caballo abrumaba con su peso y sus movimientos convulsivos al picador, aprensado bajo aquellas dos masas enormes. Entonces se vió llegar, ligero como un pájaro de brillantes plumas, tranquilo como un niño que va á coger flores, sosegado y risueño, á un jóven cubierto de plata, que brillaba como una estrella. Se acercó por detrás del toro; y este jóven, de delicada estructura y de fino aspecto, cojió con sus dos manos la cola de la fiera, y la atrajo á sí, como si hubiera sido un perrito faldero. Sorprendido el toro, se revolvió furioso, y se precipitó contra su adversario, quien, sin volver la espalda, y andando hácia atrás, evitó el primer choque con una media vuelta á la derecha. El toro volvió á embestir, y el jóven lo esquivó segunda vez, con un recorte á la izquierda, siguiendo del mismo mo-

do, hasta llegar cerca de la barrera. Alli desapareció á los ojos atónitos del animal, y á las ansiosas miradas del público, el cual, ébrio de entusiasmo, atronó los aires con inmensos aplausos; porque siempre conmueve ver que los hombres jueguen así con la muerte, sin baladronada, sin afectacion y con rostro inalterable.

—¡Vean vds. si ha tomado bien las lecciones de Montes! Vean vds. si Pepe Vera sabe jugar con el toro, clamó el jóven sentado junto á Stein, con voz, que á fuerza de gritar, se habia enronquecido.

El Duque fijó entonces su atencion en Marisalada. Desde su llegada á la capital de Andalucía, ahora fué la primera vez que notó alguna emocion en aquella fisonomía fria y desdeñosa. Hasta aquel momento nunca la habia visto animada. La organizacion áspera de María, demasiado vulgar para admitir el exquisito sentimiento de la admiracion, y demasiado indiferente y esquiva para entregarse al de la sorpresa, no se habia dignado admirar, ni interesarse en nada. Para imprimir algo, para sacar algun partido de aquel duro metal, era preciso hacer uso del fuego y del martillo.

Stein estaba pálido y conmovido.

—Señor Duque, le dijo con aire de suave reconvencion. ¿Es posible que esto os divierta?

—No, respondió el Duque con bondadosa sonrisa: no me divierte; me interesa.

Entretanto habian levantado al caballo. El po-

bre animal no podia tenerse en pié. De su destrozado vientre colgaban hasta el suelo los intestinos. Tambien estaba en pié el picador, agitándose entre los brazos de los chulos, furioso contra el toro, y queriendo á viva fuerza, con ciega temeridad, y á pesar del aturdimiento de la caida, volver á montar y continuar el ataque. Fué imposible disuadirle; y volvió, en efecto, á montar sobre la pobre víctima, hundiéndole las espuelas en sus destrozados hijares.

—Señor Duque, dijo Stein, quizás voy á pareceros ridículo; pero en realidad me es imposible asistir á este espectáculo. ¿María, quieres que nos vayamos?

—No, respondió María, cuya alma parecia concentrarse en los ojos. ¿Soy yo alguna melindrosa, y temes por ventura que me desmaye?

—Pues entónces, dijo Stein, volveré por tí cuando se acabe la corrida.

Y se alejó.

El toro habia despachado ya un número considerable de caballos. El infeliz de que acabamos de hacer mencion, se iba dejando arrastrar por la brida, con las entrañas colgando, hasta una puerta, por la que salió. Otros, que no habian podido levantarse, yacian tendidos, con las convulsiones de la agonía; á veces alzaban la cabeza, en que se pintaba la imágen del terror. A estas señales de vida, el toro volvía á la carga, hiriendo de nuevo con

sus fieras astas los miembros destrozados, aunque palpitantes todavia, de su víctima. Despues, ensangrentadas la frente y las astas, se paseaba alrededor del circo, en actitud de provocacion y desafío, unas veces alzando soberbio la cabeza á las gradas, donde la gritería no cesaba un momento; otras hácia los brillantes chulos, que pasaban delante de él, á manera de meteoros, clavándole las banderillas. A veces, de una red oculta entre los adornos de la banderilla, salian unos pajarillos y se echaban á volar. ¿Quién sería el primero á quien se ocurrió la idéa de producir este notable contraste? No tendría por cierto, intencion de simbolizar á la inocencia indefensa, alzándose sin esfuerzo sobre los horrores y las feroces pasiones de la tierra. Mas bien sería una de esas ideas poéticas, que brotan espontáneas, aun en los corazones mas duros y crueles del pueblo español, como una planta de resedá florece espontáneamente en Andalucía entre los cantos y la cal de un balcon.

A una señal del Presidente, sonaron otra vez los clarines. Hubo un rato de tregua en aquella lucha encarnizada, y todo volvió á quedar en silencio.

Entónces Pepe Vera, con una espada y una capa encarnada en la mano izquierda, se encaminó hácia el palco del Ayuntamiento. Paróse enfrente, y saludó, en señal de pedir licencia para matar al toro.

Pepe Vera habia echado de ver la presencia del

Duque, cuya aficion á la tauromáquia era conocida. Tambien habia percibido á la muger que estaba á su lado; porque esta muger á quien hablaba el Duque frecuentemente, no quitaba los ojos del matador.

Este se dirigió al Duque, y quitándose la montera: «Brindo, dijo, por V. E. y por la real moza que tiene al lado.»—Y al decir esto, arrojó al suelo la montera con inimitable desgaire, y partió adonde su obligacion le llamaba.

Los chulillos le miraban atentamente, prontos á ejecutar sus órdenes. El matador escojió el lugar que mas le convenia; despues indicándolo á su cuadrilla:

—Aquí! les gritó.

Los chulos corrieron hácia el toro para incitarle, y el toro persiguiéndolos, vino á encontrarse frente á frente con Pepe Vera, que le aguardaba á pié firme. Aquel era el instante solemne de la corrida. Un silencio profundo sucedió al tumulto estrepitoso y á las excitaciones vehementes que se habian prodigado poco ántes al primer espada.

El toro, viendo aquel enemigo pequeño, que se habia burlado de su furor, se detuvo como para reflexionar. Temia sin duda que se le escapase otra vez. Cualquiera que hubiera entrado á la sazon en el circo, no habria creido asistir á una diversion pública, sino á una solemnidad religiosa. ¡Tanto era el silencio!

Los dos adversarios se contemplaban recíprocamente.

Pepe Vera agitó la mano izquierda. El toro le embistió: sin hacer mas que un lijero movimiento, él le pasó de muleta, y volviendo á quedar en suerte, en cuanto la fiera volvió á acometerle, dirigió la espada por entre las dos espaldillas; de modo que el animal, continuando su arranque, ayudó poderosamente á que todo el hierro penetrase en su cuerpo, hasta la empuñadura. Entonces se desplomó sin vida.

Es absolutamente imposible describir la explosion general de gritos y de aplausos que retumbaron en todo el ámbito de la plaza. Solo pueden comprenderlo los que acostumbran presenciar semejantes lances. Al mismo tiempo sonó la música militar.

Pepe Vera atravesó tranquilamente el circo en medio de aquellos frenéticos testimonios de admiracion apasionada, de aquella unánime ovacion, saludando con la espada á derecha é izquierda, en señal de gratitud, sin que excitase en su pecho sorpresa ni orgullo un triunfo, que mas de un Emperador Romano habria envidiado. Fué á saludar al Ayuntamiento, y despues al Duque y á la real moza.

El Duque entregó disimuladamente una bolsa de monedas de oro á María, y ésta, envolviéndola en su pañuelo, las arrojó á la plaza.

Al hacer Pepe Vera una nueva demostracion de

agradecimiento, las miradas de sus ojos negros se cruzaron con las de María. Al mentar este encuentro de miradas, un escritor clásico diria que Cupido habia herido aquellos dos corazones con tanto tino, como Pepe Vera al toro. Nosotros, que no tenemos la temeridad de afiliarnos en aquella escuela severa é intolerante, dirémos buenamente que estas dos naturalezas estaban formadas para entenderse y simpatizar una con otra, y que en efecto se entendieron y simpatizaron.

En verdad, Pepe Vera habia estado admirable. Todo lo que habia hecho en una situacion que le colocaba entre la muerte y la vida, habia sido ejecutado con una destreza, una soltura, una calma y una gracia, que no se habian desmentido ni un solo instante. Es preciso para esto, que á un temple firme y á un valor temerario, se agregue un grado de exaltacion, que solo pueden excitar veinte y cuatro mil ojos que miran, y veinte y cuatro mil manos que aplauden.

CAPITULO III.

Durante las escenas que hemos procurado describir en el anterior capítulo, Stein daba la vuelta alrededor de Sevilla, siguiendo la línea de sus antiguas murallas, alzadas por Julio César, como lo testifica esta inscripcion colocada sobre la puerta de Jerez.

HÉRCULES ME EDIFICÓ;
JULIO CÉSAR ME CERCÓ
DE MUROS Y TORRES ALTAS;
Y EL REY SANTO ME GANÓ
CON GARCI-PEREZ DE VARGAS.

Volviendo hácia la derecha, Stein pasó por delante del convento del Pópulo, transformado hoy en cárcel: allí cerca vió la bella puerta de Triana; mas

léjos, la puerta Real, por donde hizo su entrada San Fernando, y en siglos posteriores Felipe II. Delante se encuentra el convento de San Laureano, donde Fernando Colon, hijo del inmortal Cristóbal, fundó una escuela, y estableció su observatorio. Pasó despues por delante de la puerta de San Juan y la de la Barqueta, á la que se ligan tantos recuerdos. A cierta distancia, y á orillas del rio, divisó el suntuoso monasterio de San Gerónimo, cuya estátua, que se considera como una de las mas perfectas que han salido jamás de las manos de un artista, adorna hoy el salon principal del Muséo. Stein hizo entonces esta reflexion: «¿Habrian hecho los antiguos artistas tantas obras maestras, si en lugar de consagrarlas á la veneracion de las almas piadosas, á recibir su culto y sus oraciones, hubieran sabido que su paradero habia de ser un Muséo, donde estarian expuestas al frio análisis de los amigos del arte y de los admiradores de la forma?»

Vió despues á San Lázaro, hospital de leprosos, y el inmenso y soberbio hospital de las Cinco Llagas del Señor, llamado vulgarmente Hospital de la Sangre, obra magnífica de los Enriquez de Rivera, en que han consumido millones, y cuyo patronato ha reservado la caridad y el celo público del fundador, harto mas grandes que su grande obra, á aquel que la concluya.

Vió la puerta de la Macarena, que toma su nombre, segun unos, del de una hija de Hércules, á quien

Júlio César la consagró; y segun otros, del de una Princesa mora, que alli tuvo un palacio. D. Pedro el Cruel, entró por ella muchas veces vencedor, y tambien D. Fadrique, cuando el mismo D. Pedro, su hermano, le sacrificó á su resentimiento. Pasó en seguida por delante de la puerta de Córdoba, sobre la cual todavía se vé, convertido en capilla, el estrecho encierro en que estuvo preso y fué martirizado San Hermenegildo por órden de su Padre Leovigildo, Rey de los godos, por los años de 586. En frente de la puerta está el convento de los Capuchinos, en el mismo sitio que ocupó, segun dicen, la primera iglesia que hubo en España, fundada por el Apóstol Santiago; aunque Zaragoza disputa esta gloria á Sevilla. Vió mas léjos el convento de la Trinidad, en el mismo terreno que ocuparon las cárceles romanas; y el subterráneo en que estuvieron encerradas las Santas Vírgenes Justa y Rufina. Patronas de la ciudad. En este subterráneo se ha erigido un altar, en cuyo centro se conserva un pilar de mármol, al que estuvieron atadas las Santas, y en que grabaron con sus débiles dedos una cruz que se vé todavía.

Despues de las puertas del Sol y del Osario, halló la de Carmona, una de las mas bellas del recinto, de donde arranca, en línea paralela con el acueducto que provee de agua á Sevilla, el camino real que atraviesa toda la península en su longitud, brincando como una cabra, por las asperezas de Despe-

ñaperros. Con esta puerta se liga una anécdota, que pinta á lo vivo el carácter de los nobles sevillanos de aquel tiempo. Era en 1540. Por ella salian los sevillanos para ir á socorrer á Gibraltar. D. Rodrigo de Saavedra llevaba el pendon de la ciudad; pero la puerta de entónces era tan baja, que el pendon no podia pasar sin inclinarse. D. Rodrigo, pasó por encima de la puerta tirándo de él con cuerdas, prefiriendo esta incomodidad á la humillacion de su noble depósito.

A la mano izquierda están los grandes y alegres arrabales de San Roque y San Bernardo, con el jardin del Rey, llamado así por haber sido de un Rey moro llamado Ben-joar. Stein llegó á la puerta de la Carne, cerca de la cual está el hermoso cuartel de Caballería; dejando á mano derecha la elegante puerta de San Fernando, edificada en el año 1760 al mismo tiempo que la inmediata y magnífica fábrica de tabaco, cuyo costo subió á treinta y siete millones de reales; y dejando á mano izquierda el Cementerio, esa sima que la muerte se empléa continuamente en llenar, como las Danáides su tonel, llegó á los hermosos paséos, que son como ramilletes que adornan la ciudad y las orillas floridas del Guadalquivir.

El único ruido que alteraba á la sazon el silencio del hermoso paséo de las Delicias, era el saludo que hacian las aves al sol en su ocaso. La inmovilidad del rio era tal, que habria parecido helado, si

no le hubieran hecho sonreir de cuando en cuando la caricia del ala de un pájaro ó el salto de algun pececillo jugueton. En la orilla opuesta se alzaba el convento de los Remedios, con su corona de cipreses, cuyas elevadas copas se erguian soberbias, sin echar de ver que el edificio se estaba abriendo en hondas grietas, como una planta abandonada se marchita cuando no hay una mano que la riegue. Las sombras del crepúsculo empezaban á cubrir la ciudad, mientras que la bella y colosal estátua de bronce dorado, emblema de la Fé, que se enseñoréa en lo alto de la Giralda, resplandecía á los últimos rayos del sol, radiante y ardiente como la gloria de los grandes hombres que la pusieron allí, coronando la inmensa basílica. Costeáron ésta de su bolsillo los Canónigos en 1401, sujetándose por mas de un siglo, ellos y sus sucesores, fuesen quienes fuesen, á vivir en comun, para aplicar todas sus rentas á la construccion del templo. Ni uno solo faltó á este compromiso, acaso sin ejemplo en la historia de las artes. ¡Magnífico ejemplo de abnegacion, de entusiasmo religioso, y de inteligencia artística, que fué digno cumplimiento del memorable acuerdo con que decretaron la ereccion de aquel templo y que no podemos menos de consignar! FAGAMOS, dijeron, UNA ECLESIA TAL E TAN GRANDE, QUE EN EL MUNDO NO HAYA OTRA SU EGUAL, E QUE LOS DEL PORVENIR NOS TENGAN POR LOCOS.

A la derecha de Stein se elevaba la torre redon-

da del Oro, cuyo nombre proviene, segun algunos, de haber sido en otro tiempo depósito del oro que venia de América. Sin embargo, esta derivacion no es probable, puesto que tenia el mismo nombre ántes del descubrimiento del Nuevo Mundo. Mas verosímil es que procediese de los azulejos amarillos de que estaba revestida, y algunos de los cuales se conservan aún. Esa antiquísima torre, muy anterior á la era cristiana, enlazada con tantos recuerdos heróicos, colocada allí entre las variadas banderas de los buques, las ráfagas de humo de los vapores, los paséos construidos ayer, y las flores nacidas hoy, con sus cimientos, que cuentan los siglos por décadas, es como la clava de Hércules lanzada en medio de los juguetes de los niños.

Entre estos recuerdos hay uno de muy pequeña importancia, aunque histórica, que ha excitado muchas veces nuestra sonrisa (cosa rara cuando se ojéan los anales del mundo), y que por otra parte, pinta al natural al hombre de quien vamos á hablar, al Rey D. Pedro, cuya memoria es allí la mas popular, despues de la del Santo Rey D. Fernando.

Cerca de la torre del Oro, hay un muelle que mandaron construir los canónigos, cuando se edificaba la catedral, para el cómodo desembarco de los materiales de la obra, y en él cobraban un muellaje de todos los que alli desembarcaban. D. Pedro, apurado de dinero, hizo uso de estos fondos en calidad de empréstito forzado. Parece que este Monarca,

muy jóven aun, tenía la memoria muy flaca en materia de deudas, puesto que el cabildo pensó acudir á la justicia para reclamar el pago de la contraida. Pero ¿dónde estaba un escribano bastante valiente para presentarse á D. Pedro con una notificacion en la mano? Era necesario para esto un escribano Cid, ó Pelayo, como no suele haberlos en el mundo. La curia tomó sus medidas; y he aqui el arbitrio de que echó mano. Un dia en que el Rey se paseaba á caballo cerca del susodicho muelle, vió venir un batel, que se detuvo á una respetuosa distancia de su persona. En este batel se hallaba una especie de cuervo ó pajarraco negro de mal agüero. El Rey quedó atónito al ver en el rio esta vision, porqué la gente que de negro se viste, suele ser tan poco aficionada á Marte como á Neptuno. Pero ¡cuánto no crecería su asombro, cuando oyó una voz ágria que le decia: «A vos, D. Pedro, intimamos...,» No pudo decir mas, porque el Rey, echando centellas por los ojos, sacó la espada, aguijoneó el caballo, y se arrojó el agua sin reflexionar lo que hacia. ¡Cuál no seria el terror del pájaro negro! Dejó caer los papeles, se apoderó del remo, y se puso en salvo. Es de presumir que el pueblo, tan admirador del valor temerario, como enemigo de las maniobras judiciales, aplaudiese este hecho con entusiasmo. Nosotros, que gustamos de todo lo que es grande, aunque sea una ira *Real*, hemos referido esta anécdota, porque los pájaros verdaderamente negros, esto es, los que

tienen emponzoñada la lengua y la pluma, se han vengado despues, valiéndose siempre de sus armas usuales, el ardid y la calumnia; y han calumniado al infortunio.

¡Pobre D. Pedro! Acaso fué malo, porque fué desgraciado. Su crueldad fué efecto de la exasperacion; pero tuvo tacto mental, carácter enérgico y un corazon que sabia amar.

Stein, con la cabeza apoyada en las manos, recreaba sus miradas en el magnífico espectáculo que ante ellas se desenvolvia, y respiraba con deleite aquella pura y balsámica atmósfera. De cuando en cuando un clamor prolongado y vivo le arrancaba á su suave éxtasis, y afectaba dolorosamente su corazon. Era la gritería de la plaza de toros.

—¡Dios mio! ¡es posible, (se decia aludiendo á la guerra) que á aquello lo llamen gloria, y á esto (aludiendo á los toros) lo llamen placer!

CAPITULO IV.

Marisalada pasaba su vida consagrada á perfeccionarse en el arte, que le prometia un porvenir brillante, una carrera de gloria, y una situacion que lisonjeara su vanidad y satisfaciera su aficion al lujo. Stein no se cansaba de admirar su constancia en el estudio y sus admirables progresos.

Sin embargo, se habia retardado la época de su introduccion en la sociedad de las gentes de viso, por una enfermedad del hijo de la Condesa.

Desde los primeros síntomas habia olvidado esta todo cuanto la rodeaba: su tertulia, sus prendidos, sus diversiones, á Marisalada y sus amigos, y, ántes que á todo, al elegante y jóven coronel de que hemos hablado.

Nada existia en el mundo para esta Madre, sino su hijo, á cuya cabecera habia pasado quince dias sin

comer, sin dormir, llorando y rezando. La denticion del niño no podia avanzar, por no poder romper las encías hinchadas y doloridas. Su vida peligraba. El Duque aconsejó á la afligida Madre que consultase á Stein; y, verificado así, el hábil aleman salvó al niño con una incision en las encías. Desde aquel momento, Stein llegó á ser el amigo de la casa. La Condesa le estrechó en sus brazos; y el Conde le recompensó como podria haberlo hecho un Príncipe. La Marquesa decía que era un santo; el General confesó que podia haber buenos médicos fuera de España. Rita, con toda su aspereza, se dignó consultarle sobre sus jaquecas, y Rafael declaró que el dia ménos pensado iba á romperse los cascos, para tener el gusto de que le curase el Gran Federico.

Una mañana, la Condesa estaba sentada, pálida y desmejorada á la cabecera de su hijo dormido. Su madre ocupaba una silla muy baja, y, como antídoto contra el calor, tenia el abanico en contínuo movimiento. Rita se habia establecido delante de un gran bastidor, y estaba bordando un magnífico frontal de altar, obra que habia emprendido en compañía de la Condesa.

Entró Rafael.

—Buenos dias, Tia: buenos dias, primas. ¿Cómo vá el heredero de los Algares?

—Tan bien como puede desearse, respondió la Marquesa.

—Entónces, mi querida Gracia, continuó su primo, me parece que ya es tiempo de que salgas de tu encierro. Tu ausencia es un eclipse de sol visible, que trae consternada á la ciudad. Tus tertulianos lanzan unánimes suspiros, que van á dejar sin hojas los árboles de las Delicias. El Baron de Maude añade á su coleccion de preguntas, las que le arranca tu invisibilidad. Ese exceso de amor materno le escandaliza. Dice que en Francia se permite á las señoras hacer muy bonitos versos sobre este asunto; pero no tolerarían que una Madre jóven expusiese su salud, marchitando la frescura de su tez, privándose de reposo y de alimento, y olvidando su bienestar individual al lado del chiquillo.

—¡Disparate! exclamó la Marquesa. ¿Cómo podrá persuadírseme de que hay un pais en el mundo, en que una Madre se aleje ni un solo instante, de su hijó, cuando está malo?

—Pues el Mayor es peor todavía, continuó Rafael; al saber lo que estás haciendo, logró agrandar sus ojos habitualmente espantados, y dice que no creia tan bárbaros á los españoles, que no tuviesen en sus casas una *nursery* (1).

—¿Y qué es eso? preguntó la Marquesa.

—Segun él se explica, prosiguió Rafael, es la Si-

(1) *Nursery* es en las casas inglesas el departamento destinado á los niños y á las personas que los cuidan, que está retirado y en otro piso.

beria de los niños ingleses. Sir John apuesta á que te has puesto tan ligera y delgada, que podrás pasar por hija del Céfiro con mas razon que las yeguas andaluzas, que gozan de esa reputacion, y que en la carrera se quedarían muy atrás de su yegua inglesa *Atlante*, sin necesidad de derramar una cuartilla de cebada en el camino para distraerla. Prima, el único que se ha consolado de los males de la ausencia, ha sido Polo, dando á luz un tomo de poesías, y con este motivo casi nos hemos reñido.

—Cuéntanos eso, Rafael, dijo Rita. Hubiera querido presenciar vuestra disputa, y no me habría divertido poco.

—Ya saben vds., dijo Rafael, que todas nuestras modernas *ilustraciones* aspiran por todos los medios posibles al título de *notabilidades*.

—Sobrino, exclamó la Marquesa, déjate por Dios de esas palabras extranjeradas, que me degüellan.

—Perdonad, Tia, siguió Rafael; pero son necesarias para mi historia, y participan de su esencia. Como estos señores, y, sobre todo, los que han bebido en manantiales franceses, han visto que en Francia, la partícula *de* es signo de nobleza, han querido tambien adoptarla; y como en España no significa absolutamente nada, pueden lisonjear sus oidos con la sonoridad del monosílabo inocente, asi como con una cáfila de apellidos, cada uno hijo de su padre y de su madre. Esto puede deslumbrar á los extranjeros, que ignoran que en España

el *de*, y la muchedumbre de apellidos, son prácticas arbitrarias, y pueden usarse *ad libitum*.

—Por cierto, dijo la Marquesa, es cosa rara que uno ha de ser de sangre noble, solo por tener dos letras delante del apellido. Las mujeres casadas añaden al suyo el de sus maridos, con su *de* corriente: y asi, tu Madre firmaba Rafaela Santa María de Arias. Hay muchos apellidos nobles que no lo tienen. En Sevilla, el Marqués de C.... es J. P. El Conde del A... F. E. El Marqués de M.... A. S.—Mi hermano se llama Leon Santa María, y el Duque de Rivas pone en el frontispicio de sus obras Angel Saavedra. Volviendo á nuestro Polo, prosiguió Rafael, no satisfecho con tener un nombre tan adaptado al título de una coleccion de poesías, se le ocurrió la idea de poner tambien el de su Madre, ó el de su Abuela, segun lo más ó ménos armonioso de las sílabas, y tuvo la satisfaccion de estampar con letras góticas en el frontispicio de su obra: *Por A. Polo de Mármol*; y quedó tan contento al ver en papel vitela su nombre prosáico prolongado, ennoblecido, sonoro, distinguido y soberbio, á manera de un paladin antiguo que sale de la tumba con su armadura mohosa, que se creyó otro hombre distinto del que era ántes; se admiró, y se respetó, como aquel oficial portugués, que viéndose en el espejo, armado de pies á cabeza, se echó á temblar, teniendo miedo de sí mismo. Su entusiasmo subió á tal punto, que mandó grabar sus tarjetas

con la recien descubierta fórmula, añadiendo un escudo de armas imaginarias, en que se vé un castillo...

—De naipes, dijo la Marquesa impaciente.

—Un leon, continuó Rafael, una águila, un leopardo, un zorro, un oso, un dragon; en fin, el arca de Noé de la heráldica; y encima una corona imperial. Por desgracia, el grabador, que no era un Estévez ni un Carmona, no pudo poner cuerdas en una lira, que formaba parte de las armas de Polo; pero es un pequeño contratiempo, de que nadie hace caso. Dábale yo la enhorabuena por su nuevo nombre, asegurándole que el nombre de Mármol venía de perlas despues del de A. Polo, por que un APolo de mármol valia mas que un APolo de yeso: tomándolo él á sátira, se puso tan furioso, que me amenazó con escribir una sátira contra los humos de los nobles. Le pregunté si la sátira á *los* nobles, se extenderia á *las idem*. Entónces se acordó de tí, mi querida prima; lanzó un suspiro, y se le cayó de las manos la formidable pluma; peinó, alisó y cubrió de pomada la cabellera serpentina de su Némesis, y yo me he escapado de una buena, gracias á los hermosos ojos de mi prima. Pero, añadió Rafael viendo entrar á Stein, aquí viene la mas preciada de las *piedras* preciosas (1); piedra melodiosa como Memnon. D. Federico, ya que sois

(1) Stein significa en aleman, piedra.

observador fisiologista, admirad cómo en todas las situaciones de la vida son inalterables en España, la igualdad de humor, la benevolencia y aun la alegría. Aquí no tenemos el *schwermuth* de los alemanes, el *spleen* de los ingleses, ni el *ennui* de nuestros vecinos. ¿Y sabeis porqué? Porque no exigimos demasiado de la vida; porque no suspiramos en pos de una felicidad alambicada.

—Es, opinó la Marquesa, porque solemos tener todas las aficiones propias de nuestra edad.

—Es, dijo Rita, porque cada uno hace lo que le dá la gana.

—Es, observó la Condesa, porque nuestro hermoso cielo derrama el bienestar en nuestro ánimo.

—Yo creo, dijo Stein, que es por todo eso, y además, por el carácter nacional. El español pobre, que se contenta con un pedazo de pan, una naranja y un rayo de sol, está en armonía con el patricio que se contenta casi siempre con su destino, y se convierte en noble Procusto moral de sí mismo, nivelando sus aspiraciones y su bienestar con su situacion.

—Decís, D. Federico, observó la Marquesa, que en España cada cual está satisfecho con lo que le ha tocado en suerte. ¡Ah Doctor! ¡Cuánto siento decir que ya no somos en esa parte lo que éramos! Mi hermano dice que en la gerigonza del dia, hay una palabra inventada por el génio del mal y del orgullo, especie de palanca á que no resisten los

cimientos de la sociedad, y que ha ocasionado mas desventuras á la especie humana, que todo el despotismo del mundo.

—¿Y cuál es esa palabra, preguntó Rafael, para que yo le corte las orejas?

—Esa palabra, dijo la Marquesa suspirando, es la *noble ambicion.*

—Señora, dijo Rafael, es que á la ambicion le ha entrado la manía general de nobleza.

—Tia, exclamó Rita, si nos metemos en la política, y os poneis á repetir las sentencias de mi tio, os advierto que D. Federico vá á caer en esa *quisicosa* alemana, Rafael en el *spleen* inglés, y Gracia y yo en el *ennui* francés.

—¡Desvergonzada! dijo su Tia.

—Para evitar tamaña desgracia, dijo Rafael, hago la mocion de que compongamos entre todos una novela.

—¡Apoyado, apoyado! gritó la Condesa.

—¡Tal desatino! dijo su Madre. ¿Quereis escribir algun primor, como esos que suele mi hija leerme, en los folletines que escriben los franceses?

—¿Y porqué no? preguntó Rafael.

—Porque nadie la leerá, respondió la Marquesa, á ménos de anunciarla como francesa.

—¿Qué nos importa? continuó Rafael. Escribirémos como cantan los pájaros, por el gusto de cantar; y no por el gusto de que nos oigan.

—Hacedme el favor, á lo ménos, prosiguió la Marquesa, de no sacar á la colada seducciones ni adulterios. Pues ¡es bueno hacer á las mujeres interesantes por sus culpas! Nada es menos interesante á los ojos de las personas sensatas que una muchacha ligera de cascos, que se deja seducir, ó una mujer liviana que falta á sus deberes. No vayais tampoco, segun el uso escandaloso de los novelistas de nuevo cuño, á profanar los textos sagrados de la Escritura. ¿Hay cosa mas escandalosa que ver en un papelito bruñido, y debajo de una estampita deshonesta las palabras mismas de nuestro Señor, tales como: «mucho le será perdonado, porque amó mucho» ó aquellas otras: «el que se crea sin culpa, tírele la primer piedra?» ¡Y todo ello para justificar los vicios! ¡Eso es una profanacion! ¿No saben esos escritores boquirubios que aquellas santas palabras de misericordia recaían sobre las ánsias del arrepentimiento y los merecimientos de la penitencia?

—¡Cáspita! dijo Rafael, ¡qué trozo de elocuencia! Tia está inspirada, iluminada; votaré por su candidatura á diputado á Córtes.

—Tampoco vayais, continuó la Marquesa, á introducir el espantoso suicidio, que no se ha conocido por acá, hasta ahora, que han logrado entibiar, sinó desterrar la Religion.—Nada de esas cosas nos pegan á nosotros.

—Tiene Vd. razon, dijo la Condesa; no hemos

de pintar á los españoles como extranjeros: nos retratarémos como somos.

—Pero con las restricciones que exije mi Señora Marquesa, ¡dijo Stein, ¿qué desenlace *romancesco* puede tener una novela, que estribe, como generalmente sucede, en una pasion desgraciada?

—El tiempo, contestó la Marquesa; el tiempo, que da fin de todo, por mas que digan los novelistas, que sueñan en lugar de observar.

—Tia, dijo Rafael, lo que estais diciendo es tan prosáico como el gazpacho.

—¿Te matarás si me caso con Luis? le preguntó Rita.

—¡Yo verdugo, y de mi propia, interesante é inocente persona! ¡yo mi propio Herodes! ¡Dios me libre, bella ingrata! contestó Rafael. Viviré para ver y gozar de tu arrepentimiento, y para reemplazar á tu Luis Triunfos, si se le antoja ir á jugar al monte con su compadre Lucifer, en su reino.

—No hagais ostentacion en vuestra novela, prosiguió la Marquesa, de frases y palabras extranjeras de que no tenemos necesidad. Si no sabeis vuestra lengua, ahí está el Diccionario.

—Bien dicho, replicó Rafael: no daremos cuartel á las *esbeltas*, á las *notabilidades* ni á los *dandys*; perversos intrusos, parásitos venenosos, y peligrosos emisarios de la revolucion.

—Más verdad dices de la que piensas, repuso la Marquesa.

—Pero, Madre, dijo la Condesa; á fuerza de restricciones, nos pondréis en el caso de hacer una insulsez.

—Me fio de tu buen gusto, respondió la Marquesa, y en lo que es capaz de discurrir é inventar Rafael, para que asi no sea. Otra advertencia. Si nombrais á Dios, llamadle por su nombre, y no con los que están hoy de moda, *Ser Supremo*, *Suprema Inteligencia*, *Moderador del Universo*; y otros de este jaez.

—¡Cómo, señora Tia! exclamó Rafael, ¿negais á Dios sus poderes y sus prerogativas?

—No por cierto, respondió la Marquesa; pero en el nombre Dios se encierra todo. Buscar otros mas altisonantes es lo mismo que platear el oro. Lo mismo me parece eso, que lo que aquí se hace de tejas abajo, quitando al poder el título de Rey para llamarlo Presidente, Primer cónsul ó Protector. Estoy cierta de que antes de haber consumado del todo su rebeldía, Lucifer nombraba á Dios el Ser Supremo.

—Pero, Tia, no podréis negar, observó Rafael, que es mas respetuoso y aun mas sumiso.

—Anda á paséo, Rafael, contestó con impaciencia la Marquesa. Siempre me contradices, no por conviccion, sino por hacerme rabiar. Dále á Dios el nombre que se dió El mismo; que nadie ha de ponerle otro mejor.

—Teneis razon, Madre, dijo la Condesa. Dejé-

monos de flaquezas, de lágrimas y de crímenes, y de términos retumbantes. Hagamos algo bueno, elegante y alegre.

—Pero, Gracia, dijo Rafael; es menester confesar que no hay nada tan insípido en una novela, como la virtud aislada. Por ejemplo, supongamos que me pongo á escribir la biografia de mi Tia. Diré que fué una jóven excelente; que se casó á gusto de sus Padres, con un hombre que le convenia; y que fué modelo de esposas y de Madres, sin otra flaqueza que estar un poco templada á la antigua, y tener demasiada aficion al tresillo. Todo esto es muy bueno para un epitafio; pero es menester convenir que es muy sosito para una novela.

—¿Y de donde has sacado, preguntó la Marquesa, que yo aspiro á ser modelo de heroina de novela? ¡Tal dislate!

—Entónces, dijo Stein, escribid una novela fantástica.

—De ningun modo, dijo Rafael: eso es bueno, para vosotros los alemanes; no para nosotros. Una novela fantástica española sería una afectacion insoportable.

—Pues bien, continuó Stein: una novela heróica ó lúgubre.

—¡Dios nos libre y nos defienda! exclamó Rafael. Eso es bueno para Polo.

—Una novela sentimental.

—Solo de oirlo, prosiguió Rafael, me horripilo.

No hay género que ménos convenga á la índole española, que el lloron. El sentimentalismo es tan opuesto á nuestro carácter, como la jerga sentimental al habla de Castilla.

—Pues entónces, dijo la Condesa, ¿qué es lo que vamos á hacer?

—Hay dos géneros, que á mi corto entender, nos convienen: la novela histórica, que dejarémos á los escritores sabios, y la novela de costumbres, que es justamente la que nos peta á los medias cucharas, como nosotros.

—Sea, pues; una novela de costumbres, repuso la Condesa.

—Es la novela por excelencia, continuó Rafael, útil y agradable. Cada nacion deberia escribirse las suyas. Escritas con exactitud y con verdadero espíritu de observacion, ayudarían mucho para el estudio de la humanidad, de la historia, de la moral práctica, para el conocimiento de las localidades y de las épocas. Si yo fuera la Reina, mandaria escribir una novela de costumbres en cada provincia, sin dejar nada por referir y analizar.

—Sería por cierto una nueva especie de geografía, dijo Stein riéndose. ¿Y los escritores?

—No faltarian si se buscaran, respondió Rafael, como nunca faltan hombres para toda empresa, cuando hay bastante tacto para escogerlos. La prueba es que aquí estoy yo, y ahora mismo vais á oir una novela compuesta por mí, que participará de ambos géneros.

—Asi saldrá ella, dijo la Marquesa. D. Federico, ya veréis algo parecido á Bertoldo.

—Puesto que mi Prima quiere algo bueno y sencillo; mi Tia algo moral, sin pasiones, flaquezas, crímenes ni textos de la Escritura, y mi prima Rita algo festivo, voy á tomar por asunto la vida honrada y moral de mi Tio el General Santa María.

—No faltaba mas, dijo la Marquesa, sinó que fueras á hacer burla de mi hermano. No me parece que dá márgen á ello.—¡Vaya!

—No por cierto, replicó Rafael; respeto y aprecio á mi Tio mas que nadie en este mundo; y sé que sus virtudes militares, que á veces pasan de raya, le han merecido el dictado del Don Quijote del ejército. Pero nada de esto impide que tambien tenga su historia; porque si Mad. Stael ha dicho que la vida de una mujer es siempre una novela, creo que con igual derecho puede decirse que la vida de un hombre es siempre una historia. Escuchad, pues, incomparable Doctor, la historia de mi Tio, en compendio. Santiago Leon Santa María nació predestinado para la noble carrera de las armas, porque vió la luz del dia, ó por mejor decir, las sombras de la noche, en el momento mismo en que la retreta pasaba por delante de los balcones de la casa: de modo que hizo su entrada en el mundo á son de caja.

—Eso es cierto, dijo la Marquesa sonriéndose.

—Yo no miento jamás.. cuando digo la verdad, continuó gravemente Rafael. Como señal de aquella pre-

destinacion, nació con una espada color de sangre en el pecho, dibujada por mano de la naturaleza, con la mayor propiedad; de modo que todas las comadres del barrio, acudieron á saludar al General *in partibus* de los ejércitos de S. M. Católica.

—No hay tal cosa, dijo la Marquesa; tiene una señal en el pecho, es verdad: pero es en figura de rábano, un antojo que habia tenido nuestra Madre.

—Observad, Doctor, continuó Rafael, que mi Tia desprestigia y *despoetiza* la historia de su querido hermano. ¡Un rábano en el pecho de un valiente, en lugar de una órden militar! Vaya, Tia, ¿hay cosa mas ridícula?

—¿Qué tiene de ridículo, dijo la Marquesa, nacer con una señal en el pecho?

—Prosigue, Rafael, dijo Rita. Yo no sabia ninguna de esas particularidades. Prosigue sin tantos paréntesis.

—Nadie nos corre, querida Rita, dijo Rafael; ¿qué prisa tenemos? Una de las ventajas que llevamos á otras naciones, es no vivir á galope, como corredores intrusos.

Con qué apénas Leon Santa María cumplió los doce años, entró de cadete en un Regimiento, y se puso desde entónces, derecho como un huso, sério como un sermon, y grave como un entierro. Haciendo el ejercicio, y peleando como valiente muchacho en el Rosellon, fué pasando el tiempo, y llegó mi Tio á la edad, en que el corazon canta y suspira.

—Rafael, Rafael, dijo su Tia, cuenta con lo que se habla.

—No tengais cuidado, Tia: no hablaré mas que de amores platónicos.

—¿Amores qué?..... ¿Hay acaso varias clases de amores?

—El amor platónico, contestó Rafael, es el que se encierra en una mirada, en un suspiro ó en una carta.

—Es decir, repuso la Marquesa, la vanguardia; pero ya sabes que el cuerpo del ejército viene detrás; con que doblemos la hoja sobre ese capítulo.

—Señora Marquesa, repuso Rafael; no os apureis. Mi historia será tal, que despues de haberla oido, cualquiera podrá retratar á mi Tio con la espada en una mano y la palma en la otra.

—Sus primeros amores fueron con una guapa moza de Osuna, donde estaba acuartelado su Regimiento. El dia ménos pensado llegó la órden de marchar. Mi Tio dijo que volvería, y ella se puso á cantar: *Mambrú se fué á la guerra*; y lo estaria todavía cantando, si un labrador grueso, no la hubiera ofrecido su gruesa mano y su gruesa hacienda. Sin embargo, al principio estuvo inconsolable. Lloraba como las nubes de otoño, y no paraba de exclamar dia y noche; ¡Santa María, Santa María! tanto que una criada que dormia cerca, creyendo que su ama estaba rezando las letanías, no dejaba de responder devotamente: *ora pro nobis.*

—Mi Tio, siguió Rafael, recibió órden de pasar á América: volvió para tomar parte en la guerra de la Independencia, y no tuvo tiempo para pensar en amoríos. De donde resultó que, no tratando con más bellezas que las que podia hacer marchar á tambor batiente, adquirió tal acritud de temple, que se le quedó el nombre del General *Agraz*.

—¿Cómo te atreves?..... exclamó la Tia.

—Tia, contestó Rafael, yo no me atrevo á nada: lo que hago es repetir lo que otros han dicho. *Pian pianino* llegaron los sesenta años, trayendo en pos la comitiva ordinaria de reumatismos y catarros, con todas las trazas de convertirse en crónicos. Mi Tia y todos los amigos le aconsejaban que se retirase, y se casase para vivir tranquilo. Fijad las mientes, Doctor, en el remedio: ¡casarse para vivir tranquilo! Ya vé Vd. que mi Tia se siente inclinada á la homeopatía.

—¿Ese sistema nuevo, preguntó la Marquesa, que receta estimulantes para refrescar? No lo creais, Doctor, ni vayais á dar esa clase de remedios al niño.

—Pues, como iba diciendo, continuó Rafael, habia aquí una soltera de edad madura, que no habia querido casarse á gusto de su Padre, ni su Padre la habia querido dejar casar á su gusto; éste tenia muchos humos, en vista de que su hija se llamaba Doña Pancracia Cabeza de Vaca. Ahora bien, esta noble parte del animal...

La Marquesa le interrumpió.

—Ríete cuanto quieras, como te ries de todo: este es un privilegio que la naturaleza te ha dado, como al sol el de brillar. Pero sabed, D. Federico, que ese nombre, tan ridículo á los ojos de mi sobrino, es uno de los más ilustres y más antiguos de España. Debe su orígen á la batalla de las Navas de Tolosa.....

—La cual, añadió Rafael, se dió por los años de 1212, y la ganó el Rey D. Alfonso IX, llamado el Noble, Padre de la Reina de Francia Blanca, Madre de San Luis; y con aquella hazaña libertó á Castilla del yugo de los Sarracenos.

—Así es, repuso la Marquesa: todo eso se lo he oido contar á mi cuñada. El Miramamolin, segun ella cuenta, se habia retirado á una altura donde se retrincheró con sus tesoros en una especie de recinto formado con cadenas de hierro. Un rio separaba esta altura del ejército cristiano. El Rey, que no podia pasarlo, estaba desesperado. Entonces se le presentó un pastor viejo, con su hopalanda y su capucha, y le descubrió un sitio por donde podría vadear el rio sin dificultad: «Seguid la orilla, le dijo, aguas abajo, y donde veais la cabeza de una vaca, que han devorado los lobos, alli está el vado.» De resultas de este aviso, se ganó aquella memorable batalla. El Rey, agradecido, ennobleció al que le habia hecho un servicio tan señalado, y le dió á él y á sus descendientes, el nombre de Cabeza de Vaca.

Mi cuñada dice, que aun se conservan en la catedral de Toledo, la estatua del pastor patriota y las cadenas del campo del Miramamolin.

—Seiscientos años de nobleza, dijo Rafael, son un moco de pavo en comparacion de la nuestra; porque ha de saber Vd., Doctor, que el nombre de Santa María eclipsa á todas las Cabezas de Vaca, aun cuando arranque su árbol genealógico, de los cuernos de la que Noé llevó á su arca.—Para que Vd. lo sepa, somos parientes de la Santa Vírgen, nada ménos; y en prueba de ello, una de mis abuelas, cuando rezaba el rosario con sus criadas, segun la buena costumbre española.....

—Costumbre que se va perdiendo; interrumpió suspirando la Marquesa.

—Decía, prosiguió Rafael: «Dios te salve Maria, Prima y Señora mia,» y los criados respondian: «Santa Maria, Prima y Señora de Usia.»

—No digas esas cosas delante de extranjeros, Rafael, dijo la Condesa; porque ó están bastante preocupados contra nosotros para creerlas, ó sin creerlas, tienen bastante mala fé para repetirlas. Lo que acabas de contar es una cosa que todo el mundo sabe; un chiste inventado para burlarse de las exageradas pretensiones de antigüedad, que nuestra familia tiene.

—A propósito de lo que dicen los extranjeros, ¿sabes, Prima, que lord Londonderry ha escrito su *Viaje á España*, en el que dice que no hay mas que

una muger bonita en Sevilla, y es la marquesa de A....., desfigurando, por supuesto, su nombre del modo mas extraño?

—Tiene razon, dijo la Condesa; Adela es lindísima.

—Es lindísima, respondió Rafael; pero decir que es la única, me parece un disparaton de tomo y lomo. El Mayor está furioso, y va á ponerle pleito como calumniador, con plenos poderes de la Giralda, que se tiene y se califica por la mejor moza de toda Sevilla.

—Eso es ser mas realista que el Rey, dijo Rita, con un gracioso gesto de desdén; y bien puedes asegurar al Mayor, en nombre de todas las sevillanas, que tanto nos dá que ese Lord nos encuentre féas como bonitas. Pero sigue con tu historia, Rafael; te quedaste en los preliminares del casamiento del Tio.

—Ántes que Rafael tome la ampolleta, interrumpió la Marquesa, diré á Vd. D. Federico, que la nobleza de nuestra familia estaba ya reconocida en el año 737, porque uno de nuestros abuelos fué el que mató al oso que quitó la vida al Rey godo don Favila, y por eso tenemos un oso en nuestro escudo de armas.

Rafael se echó á reir con tan estrepitosa carcajada, que cortó el hilo á la narracion de su Tia.

—Vaya, dijo, aquí tenemos la segunda parte de *Prima y Señora. mia.* La Marquesa tiene una coleccion de datos genealógicos, tan verídicos unos co-

mo otros. Sabe de memoria la de los Duques de Alba, que vale un Perú.

—Si quisiérais tener la bondad, Señora Marquesa, de referírmela, dijo Stein, os lo agradecería infinito.

—Con mucho gusto, respondió la Marquesa; y espero que daréis más crédito á mis palabras que ese niño, tan preciado de saber más que los que nacieron antes que él. Sabeis que nada ennoblece tanto al hombre, como los rasgos de valor.

—Por esa cuenta, dijo Rita, José María podía ser noble, y algo más, Grande de España de primera clase.

—¡Qué amigos de contradecir son mis sobrinos! exclamó la Marquesa con alguna impaciencia. Pues bien: si, señorita. José María podía ser noble si no fuera ladron.

—Ya que se trata de José María, dijo Rafael, voy á contar á D. Federico un rasgo de valor de aquel personaje. Lo sé de buena tinta.

—No queremos saber las hazañas de los héroes del trabuco, dijo la Marquesa. Rafael, tú hablas sin punto ni coma.

—Escuchad mi aventura de José María, continuó Rafael. Un ladron héroe, caballeroso, elegante, galan y distinguido, es fruta que no nace sino en nuestro suelo. Vosotros los extranjeros podréis tener muchos Duques de Alba, pero seguramente no tendréis un José María.

—¿Qué dices tú? dijo la Marquesa, ¿qué los extranjeros podrán tener muchos Duques de Alba? ¡pues ya! ¡fácil éra! Escuchad, D. Federico: cuando el santo Rey D. Fernando estaba delante de los muros de Sevilla, viendo que el sitio se prolongaba, propuso al Rey moro.....

—Que se llamaba Axataf por mas señas, interrumpió Rafael.

—Poco importa el nombre, continuó la Marquesa: propúsole, pues, como iba diciendo, que se decidiese la suerte de la ciudad sitiada, en combate singular, cuerpo á cuerpo, entre los dos Monarcas. El moro tuvo vergüenza de rehusar el reto. El Rey Fernando ocultó á todo el mundo su designio, y cuando llegó la hora convenida, salió solo y de noche de sus reales, encaminándose al puesto señalado. Un soldado de su guardia que le vió salir, tuvo algunas sospechas de su intento, y temeroso de que el Rey cayese en alguna asechanza, se armó y le siguió de léjos. Llegado que hubo el Monarca al sitio que todavía se llama la *fuente del Rey*, y que era entónces un lugar muy agreste, se detuvo aguardando á que se presentase el moro. Pero por mas que aguardaba, el otro en lo ménos que pensaba era en acudir á la cita. Asi pasó la noche, y al clarear el alba, convencido de que su contrario no vendría, iba á retirarse, cuando oyó ruido en la enramada, y mandó que saliese al frente, quien quiera que fuese.

Era el soldado, y obedeció.

—¿Qué haces ahí? preguntó el Rey.

—Señor, respondió el soldado, he visto á V. M. salir solo del campo, é inferí su intento; he temido algun lazo, y he venido á defender su Persona,

—¿Solo? preguntó el rey.

—Señor, continuó el soldado, ¿V. M. y yo, acaso no bastamos para doscientos moros?

—Saliste de mis reales soldado, dijo el Rey, y entras en ellos Duque de Alba.

—Ya veis, D. Federico, dijo Rafael, que esa leyenda popular arregla desafíos á media noche, y crea duques, á pedir de boca.

—Calla por Dios, Rafael, dijo la Condesa, y déjanos esta creencia, pues me gusta esa etimología.

—Si, respondió Rafael; pero el Duque de Alba no le agradecerá á tu Madre la *ilustracion* que quiere darle. Ahora veréis lo que hay en el asunto.

Diciendo estas palabras, y echando á correr Rafael, volvió muy pronto con un libro en fólio y en pergamino, que sacó de la librería del Conde.

—He aqui, dijo, la creacion, privilegios y antigüedad de los títulos de Castilla, por D. José Berni y Catalá, Abogado de los Reales Consejos. Página 140. «Conde de Alba, hoy dia Duque. El primero fué D. Fernando Álvarez de Toledo, creado Conde de Alba por Juan II, 1439. D. Enrique IV lo

hizo Duque en 1469. Esta ilustre y excelsa familia es de sangre Real, y ha tenido los primeros empléos de España en guerra y en política. El Duque mandó todo el ejército en la conquista de Flándes y en la de Portugal, donde hizo maravillas. Esta ilustrísima familia tiene tanto lustre y tantos méritos, que para enumerarlos seria necesario escribir volúmenes.»—Ya veis, Tia, que la historia que nos habeis contado, aunque muy propagada, es apócrifa.

—No sé lo que quiere decir, continuó la Marquesa, esa palabra griega ó francesa; pero volviendo á los Santa Marías, este nombre les fué dado con motivo de.....

—Tia, Tia, esclamó Rita, hacednos el favor de dispensarnos de oir nuestra historia genealógica. ¿No tenemos bastante con la de los Cabezas de Vaca, y los Albas? Cuando penseis contraer segundas nupcias, entónces podréis lucir estas galas genealógicas á los ojos del favorecido.

—El apellido de los Duques de Alba, dijo Stein, es Álvarez, y asi se llama tambien mi patron, que es un buen hombre, lleno de honradez, y tendero retirado. Me causa mucha extrañeza ver que en este pais los nombres mas ilustres son comunes á las clases mas elevadas y á las mas ínfimas. ¿Será cierto lo que se dice en mi pais, que todos los españoles se creen de noble sangre?

—Esa es una confusion de idéas, contestó Rafael, como todas las que generalmente tienen los

extrangeros sobre las cosas de España; y asi no hay ninguno que no crea á puño cerrado que cada gañan arando, lleva colgada á su lado la espada distintiva de caballero. Hay muchos apellidos generales y como *mancomunes* en España, no hay duda; pero esto nace en gran parte de que, en tiempos pasados, los Señores que tenian esclavos, les daban sus apellidos al emanciparlos. Estos nombres, usados por los moros ya libres, debieron multiplicarse, en particular los de los magnates, á medida que mas esclavos tenian. Algunas de esas nuevas familias se ilustraron y fueron ennoblecidas, porque muchas descendian de moros nobles. Pero los Grandes de España, que tienen aquellos mismos nombres, llevan tan á mal ser confundidos con estas familias, como con las de los artesanos que se hallan en el mismo caso. Tambien hay que observar, que muchos han tomado los nombres de las localidades de donde provienen, y así tenemos centenares de Medinas, Castillas, Navarros, Toledos, Búrgos, Aragónes etc. En cuanto á esas aspiraciones á sangre noble que están tan propagadas entre los españoles, es observacion que no carece de fundamento, porque es cierto que este pueblo tiene orgullo, y propensiones delicadas y distinguidas; pero no deben confundirse estos rasgos del carácter nacional, con las ridículas afectaciones nobiliarias que hemos visto en tiempos modernos. El pueblo español no aspira á engala-

narse con colgajos, ni á salir de la esfera en que le ha colocado la Providencia; pero dá tanta importancia á la pureza de su sangre, como á su honra; sobre todo en las provincias del Norte, cuyos habitantes se jactan de no tener mezcla de sangre morisca. Esta pureza se pierde por un nacimiento ilegítimo; por la menor y mas dudosa alianza con sangre mulata ó judía, asi como por los oficios de verdugo y pregonero, ó por castigos infamantes.

—¡Válgame Dios, dijo Rita, qué fastidiosos están Vds. con su nobleza! ¿Quieres, Rafael, hacernos el favor de continuar la historia del Tio?

—¡Dále! exclamó la Marquesa.

—Tia, respondió Rafael, no hay cuento desgraciado, como el que lo cuente sea porfiado. Con que, D. Federico; Santa María y Cabeza de Vaca, se unieron como dos palomos. Muchas veces he oido decir que mi Tia, que está aqui presente, lloró de placer y de ternura al ver tan bien concertada union. Mi Tio tranquilizó los recelos que hubiese podido inspirarle el nombre de su cara mitad, solo con verla.

—¡Rafael, Rafael! exclamó la Marquesa.

—Pero quien quedó asombrado, prosiguió Rafael, fué todo el mundo, y mas que nadie, mi Tio, cuando al cabo de nueve meses, la Cabeza de Vaca, dió á luz un pequeño Santa María, tamaño como un abanico, y que parecia engendrado por una X y una Z. La Cabeza de Vaca se puso mas oronda

que la de Júpiter cuando produjo á Minerva. Hubo, con este motivo, un gran debate matrimonial. La señora queria que el dulce fruto de su amor, se llamase Pancracio, nombre que, desde la batalla de las Navas de Tolosa, habia sido el de los primogénitos de la familia. Mi tio se empestilló en que el futuro representante de los venerables Santa Marías no llevase otro nombre que el de su Padre, nombre sonoro y militar. Mi Tia los puso de acuerdo, proponiendo que se bautizase la criatura, con los nombres de Leon Pancracio; de lo que ha resultado que su Padre lo ha llamado siempre Leon, y su Madre siempre Pancracio.

De repente interrumpió esta narracion el General, entrando en la sala, pálido como un muerto, con los lábios apretados, y lanzando rayos por los ojos.

—¡Santo Dios! dijo Rafael á Rita en voz baja, quisiera estar ahora siete estados debajo de tierra, con las estátuas romanas que sirvieron á los moros para hacer los cimientos de la Giralda.

—Estoy furioso, dijo el General.

—¿Qué teneis, Tio? le preguntó la Condesa, colorada como un tomate.

Rita bajaba la cabeza sobre su bordado, mordiéndose los lábios para sofocar la risa.

La Marquesa tenia la cara mas larga que la de D. Quijote.

—Esto es peor que burlarse de la gente, conti-

nuó el General con voz temblona: es un insulto!

—Tio, dijo la Condesa suavizando la voz lo mas posible; cuando no hay mala intencion, cuando no hay mas que ligereza, atolondramiento, gana de reir....

—¡Gana de reir! interrumpió el General: ¡reirse de mí! ¡reirse de mi mujer! Por vida mia, que se le ha de pasar la gana. Ahora mismo voy á presentar mi queja á la policía.

—¡A la policía! ¿estás en tu juicio, hermano? exclamó la Marquesa.

—Si salgo con bien de esta, dijo Rafael á Rita, hago voto á San Juan el Silenciario, de imitarle durante un año y un dia.

—Mi querido Leon, prosiguió la Marquesa: por Dios te ruego que no dés tanta importancia á una niñería. Cálmate. Yo sé que te ama y te respeta. ¿Quiéres dar un escándalo? Las quejas de familia no deben salir al público. Vamos, Leon, hermano, quédese eso entre nosotros.

—¿Qué estás hablando de quejas de familia? replicó el General volviéndose hácia su hermana. ¿Qué tiene que ver la familia con las insolencias inauditas de ese desaforado inglés, que viene á insultar á la gente del pais?

Al oir estas palabras, la hermana y los sobrinos del General respiraron con holgura, como si se les hubiera quitado una piedra de sobre el corazon. Su temor de que nuestro cronista hubiese sido oido

por el inflexible veterano, carecia de fundamento, y Rafael preguntó con los tonos mas sonoros de su voz:

—¿Pues qué ha hecho ese gran anfibio?

—¿Lo que ha hecho? contestó el General: voy á decírtelo. Sabeis que, por desgracia mia, ese hombre vive enfrente de mi casa. Pues bien: á la una de la noche, cuando todo el mundo está en lo mejor de su sueño, el *mister* abre la ventana y se pone..... ¡á tocar la trompa!

—Ya sé que es furiosamente aficionado á ese instrumento, dijo Rafael.

—Ademas de eso, continuó el General, lo hace malísimamente, y el soplo de su vasto pecho saca del instrumento sonidos capaces de despertar á los muertos de veinte leguas á la redonda; de modo que se ponen á ahullar todos los perros de la vecindad. Con esto tendréis una idéa de las noches que nos hace pasar.

Todos los esfuerzos que habian hecho hasta allí los oyentes para contener la risa, fueron infructuosos. La carcajada fué tan simultánea y tan estrepitosa, que el General calló de repente, y les echó una mirada indignada.

—No faltaba mas, sobrinos! no faltaba más sino que os parezca asunto de risa tan descarada insolencia, tal desprecio de las gentes. Reíos, reíos! ya verémos si se reirá tambien tu recomendado.

Dijo, y se salió de la pieza tan denodadamente

como en ella habia entrado, con direccion á la policía.

Rita se desternillaba de risa.

—¡Válgame Dios, Rita! dijo la Marquesa, que no estaba para fiestas: mas propio sería que te indignases de tamaña falta de seso, que no reirse de ella.

—Tia, contestó la jóven; bien sé lo que el caso merece: pero aunque estuviese en el atahud, me habia de reir. Os prometo, que, para vengar á mi Tio, cuando el Mayor moscon venga á chapurrearme piropos, no me contentaré con volverle la espalda, sino que he de decirle: guardad vuestro resuello para tocar la trompa.

—Mejor harías, dijo Rafael en imitar á las señoritas extranjeras, que se ponen coloradas para dar los buenos dias, y pálidas para dar las buenas noches.

—Eso seria mejor, contestó Rita; pero yo prefiero hacer lo peor.

—A todo esto, dijo Stein con su perseverancia alemana, me habíais prometido, Señor de Arias, contarme un rasgo de valor de José María.

—Será para otro dia, respondió Rafael. He aqui á mi General en Gefe, añadió sacando el reloj: son las tres ménos cuarto, y á las tres estoy convidado á comer en casa del Capitan General. Doctor, si yo fuera vos, iria á suministrar los socorros del arte á mi tia Cabeza de Vaca en el estado crítico en que la ha puesto la trompa del Mayor.

CAPÍTULO V.

Completamente restablecido ya el niño de la Condesa, habia llegado la noche que esta señora habia fijado para recibir á María. Algunos tertulianos estaban ya reunidos, cuando Rafael Arias entró precipitadamente.

—Prima, dijo, vengo á pedirte un favor: si me lo niegas, voy en derechura á echarme de cabeza... en mi cama, bajo pretexto de una jaqueca mónstruo.

—¡Jesus! replicó la Condesa. ¿De qué modo puedo yo evitar tamaña desgracia?

—Vas á saberlo, continuó Rafael. Ayer he tenido carta de uno de mis camaradas de embajada; el Vizconde de Saint Léger.

—Quítale el *Saint* y el *Vizconde*, y deja Léger pelado, repuso el General.

—Bien, dijo Rafael; mi amigo, que segun el Tio, no es ni Vizconde ni Santo, me recomienda á un Príncipe italiano.

—¡Un Príncipe! ¡pues ya! dijo con sorna el General. ¿Porqué no han de llamarse las cosas por sus nombres? Lo que será es un carbonario, un propagandista, una verdadera plaga. ¿Y de dónde es ese Príncipe?

—No lo sé, repuso Rafael; lo que sé es que la carta dice lo siguiente: «Os agradeceré que hagais conocer á mi recomendado las mujeres mas bellas y amables, las reuniones mas escogidas, y las antigüedades más notables de la hermosa Sevilla, ese jardin de las Hespérides.»

—Jardin del Alcázar querrá decir, observó la Marquesa.

—Es probable, prosiguió Rafael. Cuando me ví encargado de esta taréa, sin saber á qué santo encomendarme, se me ocurrió la luminosa idea de acudir á mi prima, y pedirle licencia para traer al Príncipe á su tertulia; porque de este modo podrá conocer las mujeres mas bellas y amables, la sociedad mas escogida, y (añadió en voz baja, y señalando con el dedo la mesa del tresillo) las antigüedades mas notables de Sevilla.

—Mira que mi Madre está ahí, (murmuró la Condesa echándose á reir á pesar suyo): eres un insolente. Y añadió en voz alta, «tendré mucho gusto en recibirle.»

—Bien, muy bien! esclamó el General, barajando violentamente los naipes. ¡Mimarlos, abrirles las puertas de par en par, ponerles andadores! se divertirán á vuestra costa, y despues se burlarán de vosotros.

—Creed, Tio, contestó Rafael, que tomamos la revancha. Es cierto que se prestan á ello admirablemente. Algunos vienen con el único designio de buscar aventuras, muy persuadidos de que España es la tierra clásica de estos lances. El año pasado tuve uno á cuestas, con esta monomanía. Era un irlandés, pariente de lord W.

—Si, ¡como yo del gran Turco! dijo el General aplicando su muletilla.

—El espíritu del héroe de la Mancha, continuó Rafael, se habia apoderado de mi irlandés, á quien llamaré *Verde Erin* (1) por habérseme olvidado su verdadero nombre. Una tarde nos paseábamos en la plaza del Duque. El cielo se oscureció, y estalló de repente una tormenta: yo traté de buscar abrigo; pero él siguió paseando, porque tenia gana de experimentar una tormenta española. A las justas observaciones que le hice, de que iba á calarse hasta los huesos, contestó que todo lo que tenia encima era *water-proof* (2) el sombrero, el gaban, los pantalones, los guantes, las botas, todo.—Le abandoné á su suerte.

(1) Nombre poético de Irlanda.
(2) *A prueba de agua.*

—Es eso creible, Rafael? dijo la Condesa.

—Es mas; es probable, dijo el General; ningun inglés se vá nunca á la cama sin haber hecho una extravagancia.

—Sigue, Rafael, sigue, hijo, suplicó la Marquesa, porque ya prevéo que ese temerario va á saber por experiencia propia, que no se debe tentar á Dios.

—Pues mi Erin, siguió Rafael, estaba recibiendo el agua como el arca de Noé, cuando cayó un rayo en el árbol bajo el cual se habia sentado.

—Vaya, vaya, gritaron todos, eso es cuento; ¡cosas de Rafael!

—Como soy, que es la verdad, exclamó este acalorado: informaos, si quereis, de mas de cien personas que presenciaron el lance. Aseguro que una acacia entera y verdadera se desplomó sobre mi pobre Erin. Por fortuna estaba colocado de tal manera, que evitó el choque del tronco, pero quedó preso entre las ramas, como un pájaro en la jaula. En vano gritaba, en vano prodigaba el juramento nacional y las ofertas de billetes de banco á los que viniesen á socorrerle. Tuvo que aguantarse en su prision vejetal, casi todo el chubasco. Al fin pasó la tormenta, y volvió á salir la gente á la calle. Acudieron en su ayuda; pero la cosa no era tan fácil: hubo que traer sierras y hachas, y cortar las ramas mas gruesas. A medida que caian las paredes de su calabozo, se iba descubriendo parte por

parte, la triste figura del hijo de Irlanda. Todos los *water-proof* habian *fato fiasco*. Sus brazos y sus cabellos, y las alas del sombrero, pendian tiesos y perpendiculares, hácia la tierra. Parecia un navío empavesado en calma chicha. Imagináos los chistes, las bromas que descargaria sobre el pobre Erin nuestra gente sevillana, tan chusca de suyo y tan burlona. El buen hombre tuvo que pasar no solo por el susto y el aguacero, sino por una risa homérica, de la que en su tierra no habia tenido ni aun idéa. Confieso con vergüenza que habiendo vuelto con intencion de reunirme á él, no tuve valor, y eché á correr.

—¿Y no tuvo mas consecuencias ese lance? preguntó la Marquesa. ¿No le indujo á meditar?

—Ninguna consecuencia tuvo este accidente, ni en el órden físico ni en el moral. Los ingleses tienen siete vidas como los gatos. Lo único que resultó fué destruir su fé en los *water-proof*. Pero no fué esa la mas trágica de las aventuras de mi héroe. Le habia traido á España una aficion decidida á ladrones: quería verlos á toda costa. El gusto de ser robado era su idéa, su capricho, el objeto de su viage; habria dado diez mil sacos de patatas por ver de cerca á José María en su hermoso traje andaluz, y con su botonadura de doblones de á cuatro. Traia *exprofeso* para él un puñal con mango de oro, y un par de pistolas de Manton.

—¡Armar á nuestros enemigos! exclamó el Ge-

neral. Ese es su prurito. ¡Siempre los mismos!

—Queriendo irse á Madrid, continuó Rafael, y sabiendo que la Diligencia tenia el mal gusto de llevar escolta, se decidió á irse en el carro del correo. Todos mis argumentos para disuadirle fueron inútiles. Partió en efecto, y mas allá de Córdoba, sus ardientes deseos se realizaron. Encontró ladrones; pero no ladrones de buen tono, no ladrones *fashionables* como José María, que parecia una ascua de oro, montado en su brioso alazan. Eran ladrones de poco mas ó menos; pedestres, comunes y vulgares. Ya sabeis lo que es *ser vulgar* en Inglaterra. No hay apestado, no hay leproso que inspire á un inglés tanto horror como lo que es vulgar. ¡Vulgar! A esta palabra, Albion se cubre de su mas espesa neblina; los *dandys* caen en el *spleen* mas negro; las *Ladys* se llenan de *diablos azules* (1) las *Miss* sienten bascas, y las modistas se tocan de los nérvios. No es extraño, pues, que Erin se creyese degradado, dejándose robar por ladrones vulgares; y asi es que se defendió como un leon. No defendia, sin embargo, su tesoro, pues me lo habia confiado hasta su vuelta, y lo que de él tenia en mas estima, consistia en una rama del sauce que cubria el sepulcro de Napoleon, un zapato de raso de una bolera, tamaño como una nuez, y una coleccion de caricaturas de lord W... su tio.

(1) *To have the blue devils*, tener los diablos azules; expresion familiar inglesa que corresponde á *estar de mal humor*.

—Eso pinta al hombre, dijo el General.

—Pero yo no hago mas que charlar, dijo Rafael. Adios, prima. Me voy y me quedo.

—¿Y qué? ¿Te vas, dejando al pobre Erin en manos de los ladrones? Es preciso que acabes tu relacion, dijo la Condesa.

—Pues bien, continuó Rafael, os diré en dos palabras, que los ladrones exasperados, le maltrataron y dejaron sin conocimiento, atado á un árbol, donde le halló una pobre vieja, quien hizo le llevasen á su choza, y allí le cuidó como una madre, durante una enfermedad que le resultó del lance. Yo estuve algun tiempo sin tener noticias suyas; y como se dice vulgarmente que la esperanza era verde y se la comió un borrico, ya iba creyendo que la misma desgracia habia acontecido á mi verde Erin, cuando me escribió contándome lo ocurrido. Me encargaba que diese diez mil reales á la muger que le habia salvado y cuidado, sin tener la menor idéa de quien podria ser, porque su traje, cuando lo descubrieron, era el mismo con que su madre lo parió. La recompensa era, como veis, decente; porque es menester ser justos: nadie puede negar que los ingleses son generosos. Pero aqui viene Polo con una elegía en los ojos. El Príncipe me aguarda. Me voy corriendo, aunque me caiga.

Con esto desapareció.

—¡Jesus! dijo la Marquesa. Rafael me maréa; pa-

rece hecho de rabos de lagartijas. Se mueve tanto, gesticula tanto, charla tan sin cesar, y tan de prisa, que me quedo en ayunas de la mitad de las cosas que dice.

—Poco pierdes, dijo el General.

—Pues yo, añadió la Condesa, querria á Rafael, por lo mucho que me divierte, si no le quisiera ya tanto por lo mucho que vale.

—Aqui tienes, querida Gracia, dijo Eloisa entrando y abrazando á la Condesa, el *Viaje de Dumas por el Sur de Francia.*

La Condesa tomó los libros.—Polo y Eloisa hicieron una disertacion sobre las obras del escritor: disertacion de cuya lectura dispensamos al lector, que nos dará gracias por ello.

—¡Pobre Dumas! dijo la Condesa al Coronel.

—¡Pobre! exclamó el Coronel. ¿Pobre llamais al que es rico y personaje, al que todos festejan, obsequian y aplauden? ¿O será porque algunas veces le critican?

—¿Porqué le critican? respondió la Condesa: no por cierto: yo me tomo algunas veces la libertad de hacerlo. Todo el que se presenta al público, le dá ese derecho. No digo *pobre* al oirle criticar; lo digo al oir algunos elogios que de él hacen.

—¿Y porqué, Condesa? el elogio siempre es lisonjero.

—No podré explicarme bien, dijo la Condesa, sinó por medio de una comparacion, porque no

soy elocuente como Eloisa. Hace algun tiempo que vino á vernos una de nuestras parientas de Jerez, muger muy devota, cuyo marido es muy aficionado á las artes. Lo primero que traté de enseñarles fué, por supuesto, nuestra hermosa catedral. En el camino se nos pegó, sin que pudiésemos deshacernos de él, otro jerezano, hombre muy ordinario, pero riquísimo, y tuvimos que conformarnos con que fuese de nuestra comitiva. Al entrar en aquel sin igual edificio, mi prima alzó la cabeza, cruzó las manos, atravesó con paso acelerado la nave, y se arrodilló bañada en lágrimas á los pies del altar mayor. Su marido quedó como arrebatado, sin poder dar un paso adelante. Pero el ricacho exclamó: ¡buena posesion! ¡y qué buena bodega haria!—¿Habeis comprendido mi idéa?

—Sin duda, respondió el coronel riéndose, que un nécio elogio es peor que una crítica; ya lo dice la Fábula de Iriarte:

Si el sabio no aprueba, malo!
Si el necio aplaude,.... peor!

Pero el cuentecillo tiene su buena dósis de sal y pimienta.

—Lo sentiria mucho, dijo la Condesa. Es un recuerdo que he tenido al oir hacer la apología de las obras de Dumas. ¡Tantas exclamaciones vacías, y ni siquiera una palabra de elogio para esa historia de la Magdalena y de Lázaro, de la que no puedo leer un renglon sin derramar lágrimas!

—Condesa, dijo el Coronel: si alguna vez viene Dumas á España, me obligo á traerle á vuestros pies, para que os dé gracias por el modo que teneis de juzgar sus obras.

—¿No tendríais gusto en conocerle?

—En general no deja de tener inconvenientes el conocer á escritores de gran mérito.

—¿Y porqué? Condesa.

—Porque, lo comun es que desprestigia al autor. Un amigo mio, persona de mucho talento, decia que los grandes hombres son al revés de las estátuas, porque estas parecen mayores, y aquellos mas pequeños, á medida que uno se les acerca.

En cuanto á mí, si alguna vez me meto á autora, (lo cual podrá suceder, por aquello de que de poeta y loco, todos tenemos un poco) á lo ménos tendré la ventaja de que me oirán sin verme, gracias á mi pequeñez, á la escasa brillantez de mi pluma y á la distancia.

—¿Creeis, pues, que el autor ha de ser uno de los héroes de sus ficciones?

—No; pero temeria verle desmentir las idéas y los sentimientos que expresa, y entónces se disiparía el encanto, porque al leer lo que me habria arrebatado, no podría apartar de mí la idéa de que el hombre lo habia escrito con la cabeza, y no con el corazon.

—¡Cómo escriben esos franceses! decia entretanto Eloisa resumiendo el mencionado certámen literario.

—¿Qué es lo que no hacen bien esos hijos de la libertad? repuso Polo.

—Pero señorita, dijo el General ¿porqué no leeis libros españoles?

—Porque todo lo español lleva el sello de una estupidez chabacana, respondió Eloisa. Estamos en todos ramos y conceptos, en un atraso deplorable.

—¿Qué quereis que escriba un escritor culto, en este detestable pais, añadió Polo algo picado, si no estamos á la altura de nada, y solo podemos imitar? ¿Como hemos de pintar nuestro pais y nuestras costumbres, si nada de elegante, de característico ni de bueno hallamos en él?

—A no ser, dijo Eloisa, con remilgada sonrisa, que celebreis con los alemanes al azahar y las naranjas; con los franceses, el bolero, y con los ingleses, el vino de Jerez.

—¡Ah! Eloisita, exclamó entusiasmado Polo, ese chiste es tan *espiritual*, que sinó es francés, merece serlo.

En lo que decia, plagiába Polo, segun su costumbre, un conocido dicho francés.

Afortunadamente acababan de dar un codillo al General, lo que hizo que no oyese este precioso diálogo.

En este momento entró Rafael con el Príncipe: le presentó á la Condesa, la cual le recibió con su acostumbrada amabilidad, pero sin levantarse, segun el uso español. El Príncipe era alto, delgado;

representaba cuarenta y cinco años, y, aunque Príncipe, no de muy distinguida persona ni maneras. Con esto se hallaba ya reunida toda la tertulia, y todos aguardaban con impaciencia á la cantatriz anunciada, no sin grandes dudas acerca de su mérito.

El Mayor Fly, se contoneaba en su silla, cerca de las jóvenes, distribuyéndolas miradas tan homicidas como los botonazos de su florete. Sir John tenia fijo su lente en Rita, la cual no lo notaba. El Baron, sentado cerca de un Oidor viejo, le preguntaba si los moros blanqueaban sus casas con cal.

—Carezco de datos para responderos, contestó el Magistrado. Es punto que no ha merecido llamar la atencion de Zúñiga, Ponz, D. Antonio Morales, ni Rodrigo Caro.

—¡Qué ignorante! pensaba el Baron.

—¡Qué pregunta tan tonta! pensaba el Oidor.

—Teneis una prima lindísima, dijo el Príncipe á Rafael.

—Sí, respondió este, es una Ondina de agua de rosa, á quien si el amor no dió un alma, en cambio se la dió un Angel (1).

—¿Y ese General que está jugando, y que tiene un aspecto tan distinguido?

—Es el Néstor retirado del ejército. No teneis en Pompeya una antigüedad mejor conservada.

—¿Y la señora con quien juega?

(1) Alusion á la novelita fantástica del autor aleman *La Motte Fouquét*, nombrada *Ondine*. Está traducida al francés.

—Su hermana, la Marquesa de Guadalcanal, una especie de Escorial; es un sólido compuesto de sentimientos monárquicos y monacales, con un corazon, panteon de Reyes sin trono.

En esto se oyó un gran ruido. Era el Mayor, que al levantarse para ir á reunirse con Rafael, habia echado á rodar una maceta.

—El Mayor, dijo Rafael, anuncia su llegada. Sin duda viene á suspirar como un órgano, por el poco caso que de él hacen las damas.

—Serán delicadas de gusto, repuso el Príncipe, pues el Mayor tiene una hermosa figura.

—No digo que no, dijo Rafael; es el mas bello Sanson del mundo; pero, en primer lugar, tiene su Dálila, que va á ser muy en breve legítima (gracias á los millones que ha ganado su Padre con el té y con el ópio). Ella le aguarda entre las nieblas de su isla, mientras que él se recrea bajo el hermoso cielo andaluz. Además, Príncipe, los extrangeros que vienen á España, tienen la preocupacion de contar entre los goces que se proponen disfrutar, esto es, el buen clima, los toros, las naranjas y el bolero, *las conquistas amorosas*; y muchas veces se llevan chasco. ¡Cuántas quejas he oido yo de los que entraron como Césares, y salieron como Daríos!

Entretanto el Baron se habia acercado á las mesas, y veia jugar.

—La señora, dijo, hablando con la Marquesa, es la Madre.....

—De mi hija, sí señor, respondió la Marquesa.

Rita lanzó una de sus carcajadas repentinas.

—Baron, dijo la Condesa, cuyo sofá estaba cerca de la mesa del juego; ¿sois aficionado á la música?

—Sí señora, respondió el Baron. La admiro y la venero; es decir, la música profunda, sabia, séria: la música filosófica, como la han entendido Hayden, Mozart y Beethowen.

—¿Qué está diciendo? preguntó el General á Rafael, que se habia acercado para saludar á Rita. ¡Música séria y sábia! ¡La filosofía del taralá! ¿Cómo pueden decirse tamaños desatinos delante de gentes sensatas? Yo creia que los franceses no gustaban mas que de romances y de contradanzas.

—¿Qué quereis, Tio? respondió Arias. Los silfos de los jardines de Lutecia se han convertido en gnomos teutónicos de la Selva Negra.

—No por eso son mas amables, añadió la Marquesa.

Rafael, huyendo del Mayor, se intercaló en los grupos que formaban los tertulianos. Llegó al de las jóvenes, algunas de las cuales eran sus parientas. Entre ellas tenia gran partido; pero viendo que no les hacia caso por atender á sus recomendados, se habian conjurado contra él, y querían vengarse. Apénas se les acercó, cuando todas quedaron de repente graves y silenciosas.

—¿Si me habré convertido yo, sin saberlo, en cabeza de Medusa? dijo Arias.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo una de las conspiradoras.

—Me parece que sí, Clarita, respondió Rafael.

—Es que hace tanto tiempo que no te véo, que ya te desconocía. Me parece que estás avejentado. ¿Cómo has podido separarte de tus extrangeros?

—¡Mios! repuso Arias, renuncio la propiedad. Y en cuanto á haber envejecido, cuando yo nací, Clarita, era ya el siglo mayor de edad: por consiguiente, ajusta la cuenta.

—Serán los afanes y fatigas que te dan tus recomendados los que te han puesto viejo.

—Hay quien dice, añadió otra muchacha, que los extranjeros están haciendo una suscricion para levantarte una estátua.

—Y que la Reina te va á crear MARQUÉS DE ITÁLICA (1) dijo otra.

—Y que están gastadas las losas del Alcázar con tus botas.

—Y que el San Félix de Murillo te conoce de vista, y te dá la bendicion cuando te vé llegar con un nuevo admirador.

—Señoritas, esclamó Rafael, ¿es esta una declaracion de guerra, una conspiracion? ¿En qué quedamos?

Entonces siguieron todas interpelándole como un fuego graneado.

—¡Jesus, Arias, oleis á carbon de piedra!—Ra-

(1) Santi-Ponce, la Itálica romana, donde se vén muchas antigüedades, que visitan los extrangeros que ván á Sevilla.

fael, mira que cuando hablas, tienes dejo.—Arias, se os ha pegado el *desgavilo*.—Arias, te vas volviendo rubio.—Rafael, cántale al Baron:

Cuando el Rey de Francia
Toca el violin,
Dicen los franceses
Uí, uí, uí, uí, uí.

—Arias, dijo Polo, pareceis un oso en medio de un enjambre de abejas.

—La comparacion, respondió Arias, no es muy poética, para ser de un discípulo de las nueve solteronas. Apolo recusará ser tocayo vuestro. Pero quedáos como la rosa entre estas abejas, prodigándoles los raudales de vuestra miel hibléa, mientras yo voy por un paraguas que me preserve del aguacero.

En este momento, los tertulianos, que estaban reunidos junto á la puertas del patio, hicieron calle para dejar entrar á María, á quien el Duque conducia por la mano; Stein los seguia.

CAPITULO VI.

María, dirigida en su tocador por los consejos de su patrona, se presentó malísimamente pergeñada. Un vestido de *foular* demasiado corto, y matizado de los mas extravagantes colores; un peinado sin gracia, adornado con cintas encarnadas muy tiesas; una mantilla de tul blanco y azulado guarnecida de encaje catalan, que la hacía parecer mas morena: tal era el adorno de su persona, que necesariamente debia causar, y causó mal efecto.

La Condesa dió algunos pasos para salir á su encuentro. Al pasar junto á Rafael, este le dijo al oido, aplicando las palabras de la fábula del cuervo de la Fontaine:

—Si el gorjéo es como la pluma, es el fénix de estas selvas:

—¡Cuánto tenemos que agradeceros, dijo la Condesa á María, vuestra bondad en venir á satisfacer el deseo que teníamos de oiros! ¡El Duque os ha celebrado tanto!

María, sin responder una palabra, se dejó conducir por la Condesa á un sillon colocado entre el piano y el sofá.

Rita para estar mas cerca de ella, habia dejado su puesto ordinario, y colocádose junto á Eloisa.

—¡Jesus! dijo al ver á María: si es mas negra que una morcilla extremeña.

—No parece, añadió Eloisa, sino que la ha vestido el mismísimo enemigo. Parece un Judas de Sábado Santo. ¿Que os parece, Rafael?

—Aquella arruga que tiene en el entrecejo, respondió Arias, le dá todo el aspecto de un unicornio.

Entretanto, María no descubrió el menor síntoma de cortedad ni de encogimiento en presencia de una reunion tan numerosa y tan lucida; ni se desmintieron un solo instante su inalterable calma y aplomo. Con la ojeada investigadora, y penetrante, con la comprension viva, y con el tino exacto de las españolas, diez minutos le bastaron para observar y juzgarlo todo.

—Ya estoy; decia en sus adentros, y dándose cuenta de sus observaciones. La Condesa es buena, y desea que me luzca. Las jóvenes elegantes se burlan de mí y de mi compostura, que debe ser espan-

tosa. Para los extrangeros, que me están echando el lente con desdén, soy una Doña Simplicia de aldéa; para los viejos, soy cero. Los otros se quedan neutrales, tanto por consideracion al Duque que es mi patron, y lo entiende, como para lanzarse despues á la alabanza ó la censura, segun la opinion se pronuncie en pró ó en contra.

Durante todo este tiempo, la buena y amable Condesa, hacía cuantos esfuerzos le eran posibles para ligar conversacion con María; pero el laconismo de sus respuestas frustraba sus buenas intenciones.

—¿Os gusta mucho Sevilla? le preguntó la Condesa.

—Bastante, respondió María.

—¿Y qué os parece la catedral?

—Demasiado grande.

—¿Y nuestros hermosos paséos?

—Demasiado chicos.

—Entónces, ¿qué es lo que mas os ha gustado?

—Los toros.

Aquí se paró la conversacion.

Al cabo de diez minutos de silencio, la Condesa le dijo:

—¿Me permitís que ruegue á vuestro marido que se ponga al piano?

—Cuando gusteis, respondió María.

Stein se sentó al piano. María se puso en pié á su

lado, habiéndola llevado por la mano el Duque.

—¿Tiemblas, María? le preguntó Stein.

—¿Y porqué he de temblar yo? contestó María.

Todos callaron.

Observábanse diversas impresiones en las fisonomías de los concurrentes. En la mayor parte, la curiosidad y la sorpresa; en la Condesa, un interés bondadoso; en las mesas de juego, ó, como decia Rafael, en la cámara alta, la mas completa indiferencia.

El Príncipe se sonreía con desdén.

El Mayor abría los ojos, como si pudiera oir por ellos.

El Baron cerraba los suyos.

El Coronel bostezaba.

Sir John se aprovechó de aquel intervalo, para quitarse el lente y frotarlo con el pañuelo.

Rafael se escapó al jardin para echar un cigarro.

Stein tocó sin floréos ni afectacion el ritornelo de *Casta Diva*. Pero apénas se alzó la voz de María, pura, tranquila, suave y poderosa, cuando pareció que la vara de un conjurador habia tocado á todos los concurrentes. En todos los rostros se pintó y se fijó una expresion de admiracion y de sorpresa.

El Príncipe lanzó involuntariamente una exclamacion.

Cuando acabó de cantar, una borrasca de

aplausos estalló unánimemente en toda la tertulia. La Condesa dió el ejemplo, palmoteando con sus delicadas manos.

—¡Válgame Dios! exclamó el General, tapándose los oidos. No parece sinó que estamos en la plaza de toros.

—Déjalos, Leon, dijo la Marquesa; déjalos que se diviertan. Peor fuera que estuvieran murmurando del prójimo.

Stein hacia cortesías hácia todos lados. María volvió á su asiento, tan fria, tan impasible como de él se habia levantado.

Cantó despues unas variaciones verdaderamente diabólicas, en que la melodía quedaba oscurecida en medio de una intrincada y difícil complicacion de floréos, trinos y *volatas*. Las desempeñó con admirable facilidad, sin esfuerzo, sin violencia, y causando cada vez mas admiracion.

—Condesa, dijo el Duque, el Príncipe deséa oir algunas canciones españolas, que le han celebrado mucho. María sobresale en este género. ¿Quereis proporcionarle una guitarra?

—Con mucho gusto, respondió la Condesa.

Al punto fué satisfecho su deséo.

Rafael se habia colocado junto á Rita, habiendo instalado al Mayor al lado de Eloisa. Esta procuraba persuadir al inglés de que las españolas se iban poniendo al nivel de las estranjeras, en cuanto á tierna afectacion y artificio; porque ya se sabe que

los que imitan servilmente, lo que copian siempre mejor es los defectos.

—¡Qué ojos tiene! decia Rafael á su prima. ¡Qué bien guarnecidos de grandes y negras pestañas! Tienen el color y el atractivo del imán.

—Tu sí que eres un imán para los extranjeros, respondió Rita. ¿Porqué has colocado al Mayor cerca de Eloisa? Escucha las simplezas que le está diciendo. Te advierto, primo, que vas adquiriendo la facha y el garbo de un Diccionario.

—¡Dále y mas dále! exclamó Rafael, descargando un golpe á puño cerrado en el brazo del sillon. No se trata de eso, Rita: se trata del amor que te tengo, y que durará eternamente. Ningun hombre ama en toda su vida mas que á una muger, en *efectivo*. Las otras se aman en *papel*.

—Ya lo sé, dijo Rita. Bastantes veces me lo ha repetido Luis.—Pero ¿sabes lo que digo? Que te vas volviendo un cansadisimo reloj de repeticion.

—¿Qué significa esto? gritó Eloisa, viendo que traían la guitarra.

—Parece que vamos á tener canciones españolas, dijo Rita, y me alegro infinito. Esas sí que animan y divierten.

—¡Canciones españolas! clamó Eloisa indignada. ¡Qué horror! Eso es bueno para el pueblo; no para una sociedad de buen tono. ¿En qué está pensando Gracia? Ved porque los extrangeros dicen con tanta razon qne estamos atrasados: porque no que-

remos amoldar nuestros modales y nuestras aficiones á las suyas; porque nos hemos empestillado en comer á las tres, y no queremos persuadirnos, que todo lo español es ganso *à nativitate*.

—Pero, dijo el Mayor en mal español, creo que hacen muy bien, *indeed*, en ser lo que son.

—Si es esto un cumplimiento, respondió enfáticamente Eloisa, es tan exagerado, que mas bien parece burla.

—Ese señor italiano, dijo Rita, es el que ha pedido canciones españolas. Es aficionado y lo entiende; con que es prueba de que merecen ser oidas.

—Eloisa, añadió Rafael, las barcarolas, las tirolesas, el *ranz des vaches*, son canciones populares de otros paises. ¿Porqué no han de tener nuestras boleras y otras tonadas del país, el privilegio de entrar en la sociedad de la gente decente?

—Porque son mas vulgares, contestó Eloisa.

Rafael se encogió de hombros; Rita soltó una de sus carcajadas; el Mayor se quedó en ayunas.

Eloisa se levantó, pretextó una jaqueca, y se salió acompañada de su Madre á quien iba diciendo:

—Sépase á lo menos que hay señoritas en España bastante finas y delicadas para huir de semejantes chocarrerías.

—¡Qué desgraciado será el Abelardo de esa Eloisa! dijo Rafael al verla salir.

María, además de su hermosa voz y de su excelente método, tenía, como hija del pueblo, la ciencia infusa de los cantos andaluces, y aquella gracia que no puede comprender, y de que no puede gozar un extrangero, sinó despues de una larga residencia en España, y solo identificándose, por decirlo asi, con la índole nacional. En ésta música, así como en los bailes, hay una abundancia de inspiracion, un atractivo tan poderoso, tal série de sorpresas, quejas, estallidos de gozo, desfallecimientos, muestras de despego y atraccion; una cierta cosa que se entiende y no se explica; y todo ésto tan determinado, tan arreglado al compás, tan arrullado, si es lícito decirlo así, por la voz en el canto, y por los movimientos en el baile; la exaltacion y la languidez se suceden tan rápidamente, que suspenden, embriagan y cautivan al auditorio.

Así es que, cuando María tomó la guitarra y se puso á cantar:

Si me pierdo, que me busquen
Al lado del Mediodía,
Donde nacen las morenas,
Y donde la sal se cria,

la admiracion se convirtió en entusiasmo. La gente jóven llevaba el compás con palmadas, repitiendo *bien*, *bien*, como para animar á la *cantaòra*. Los naipes se cayeron de las manos de los formales

jugadores; el Mayor quiso imitar el ejemplo general, y se puso tambien á palmotéar sin tón ni són. Sir John afirmó que aquello era mejor que el *God save the Queen*. Pero el gran triunfo de la música nacional fué que el entrecejo del General se desarrugó.

—¿Te acuerdas, hermano, le preguntó la Marquesa sonriéndose, cuando cantábamos el zorongo y el trípili?

—¿Qué cosas son zorongo y trípili? preguntó el Baron á Rafael.

—Son, respondió, los progenitores del *sereni*, de la *cachucha*, y abuelos de la *jaca de terciopelo*, del *vito* y de otras canciones del dia.

Esas peculiaridades del canto y del baile nacional de que hemos hablado, podrían parecer de mal gusto, y lo serian ciertamente en otros paises. Para entregarse sin reserva á las impresiones que llevan consigo nuestras tonadas y nuestros bailes, es preciso un carácter como el nuestro; es preciso que la grosería y la vulgaridad sean, como lo son en este pais, dos cosas desconocidas; dos cosas que no existen. Un español puede ser insolente; pero rara vez grosero, porque es contra su natural. Vive siempre á sus anchas, siguiendo su inspiracion, que suele ser acertada y fina. He aqui lo que dá al español, aunque su educacion se haya descuidado, esa naturalidad fina, esa elegante franqueza que hace tan agradable su trato.

María salió de casa de la Condesa tan pálida é impasible como en ella habia entrado.

Cuando la Condesa quedó sola con los suyos, dijo con aire de triunfo á Rafael:

—Y ahora, ¿qué dices , mi querido primo?

—Digo, contestó Rafael, que el gorjéo es mejor que la pluma.

—¡Qué ojos! exclamó la Condesa.

—Parecen, dijo Rafael, dos brillantes negros en un estuche de cuero de Rusia.

—Es grave, dijo la Condesa; pero no engreida.

—Y tímida, siguió Rafael, como una manola del Avapies.

—Pero ¡qué voz! añadió la Condesa. ¡Qué divina voz!

—Será preciso, dijo Rafael, grabar en su tumba el epitafio que los portugueses hicieron para su célebre cantor Madureira.

Aqui yaz ó senhor de Madureira,
O melhor cantor do mundo:
Que morreu porque Deus quiseira,
Que si nón quiseira naon morreira;
E por que lo necesitó nasua capella,
Díjole Deus: canta. ¡Cantou cosa bella!
Dijo Deus á os anjos: id vos á pradeira,
Que melhor canta ó senhor de Madureira.

—Rafael, dijo la Condesa, mofador eterno, ¿quien se escapa de tus tijeras? Voy á mandar hacer tu

retrato en figura de pájaro burlon, como se ha hecho el de Paul de Kock en forma de gallo.

—De esa suerte, repuso Rafael al irse, haré una Harpía masculina; lo cual tendrá la ventaja de que se pueda propagar la casta.

CAPITULO VII.

Habia pasado el verano, y era llegado setiembre; los dias conservaban aun el calor del verano, pero las noches eran ya largas y frescas. Serian las nueve; y aun no habia en la tertulia de la Condesa sinó las personas mas allegadas y de mayor confianza, cuando entró Eloisa.

—Toma asiento en el sofá, á mi lado, le dijo la dueña de la casa.

—Te lo agradezco, Gracia; pero vuestros sofás de aquí, son muebles rellenos de estopas ó crin: son de lo mas duro é *inconfortable* que darse puede.

—Así son mas frescos, hija mia, dijo Rita, á cuyo lado se habia sentado Eloisa en una estudiada postura.

—¿Sabeis lo que se dice? dijo á esta última el

poeta Polo, jugando con su guante amarillo y extendiendo la pierna para lucir un lindo calzado de charol. Se dice que nombran á Arias, Mayor de la plaza; pero lo creo un solemne *puff*.

—Cosas de lugaron, de poblachon, de villorro como es este, repuso remilgadamente Eloisa. Rafael merece mejor. Es un hombre muy *espiritual*, un jóven muy *fashionable* y un bravo militar.

—¿Qué estais diciendo, señorita? preguntó el General que absorto escuchaba la conversacion de los dos jóvenes de buen tono.

—Digo, señor, que vuestro sobrino es un bravo oficial.

—¿Y que quereis decir con eso?

—Señor, lo que dice su hoja de servicio, y repiten todos los que lo conocen; que se ha distinguido en la guerra como un hombre de honor.

—Pues.... si lo habeis querido decir, ¿porqué no lo habeis dicho? segun la célebre expresion de Don Juan Nicasio Gallego; el cual, asi como el Duque de Rivas, Quintana, Breton, Martinez de la Rosa, Hartzembusch y otros muchos, han cometido la pifia de ser hombres eminentes y poetas de primer rango sin dejar de ser españoles en la forma ni en la esencia? ¿Habeis por ventura querido decir valiente?

—Pues es claro, General, ¿acaso no lo he dicho?

—No señorita, dijo impaciente el General, lo que habeis dicho es *bravo*, epíteto que solo he oido

aplicar á los toros montaraces, y á los indios salvajes para ponderar su brutal fiereza. No usais á fe mia, tal palabra, por falta de voces adecuadas al caso, pues además de *valiente*, teneis puestas en uso otras muchas, como son: bizarro, valeroso denodado.

—Jesus, señor, esas son voces anticuadas, muy vulgares, y muy gansas; es preciso admitir las que introduce la elegancia y el buen tono, pésele al Diccionario y á sus ramplones compiladores y secuaces.

—¡Hay paciencia para esto! exclamó el General tirando los naipes.

—¿Qué es lo que exalta de esta suerte la bílis de nuestro tio? preguntó Rafael que habia entrado, á su prima Rita.

—La noticia que corre.

—¿Qué noticia?

—Que te nombran Mayor de plaza, y lo ha tomado por una ironía.

—Tiene razon; yo no puedo aspirar á mas dictado que al *mas chico de la plaza*. Pero traigo una noticia que puede aspirar con razon á la primera categoría.

—¿Una noticia? una noticia es un patrimonio de todos. Así, suéltala pronto.

—Pues han de saber Vds., dijo Rafael levantando la voz, que la Grisi de Villamar, está ajustada para salir á las tablas á lucir su voz.

—¡Oh! ¡qué felicidad! esclamó Eloisa, el que algun evento notable saque á esta monótona Sevilla, del carril rutinario en que vejeta desde que San Fernando la fundó.

—La conquistó, le dijo por lo bajo su simpático amigo Polo. Pero Eloisa, sin atenderle, prosiguió:

—¿En que ópera hará su *début*?

—¿Pues qué, se ha ajustado para salir á las tablas de Bú? preguntó la Marquesa.

—Si, Tia, respondió Rafael, y Stein de *cancón*, en una pieza compuesta expresamente para ambos.

—¡Tales cosas! exclamó la buena señora.

—Madre, ¿no echais de ver que Rafael se está chanceando, segun su loable é inveterada costumbre? dijo la Condesa.

—Desde que se ha dado la Pata de Cabra, ningun título de piezas teatrales me sorprende, repuso la Marquesa; y desde que se han representado la Lucrecia, Angela, Antony y Cárlos el Hechizado, no hay argumento que se me haga increible.

—Como el teatro es la *escuela de las costumbres*, dijo con ironía el General, lo ponen al nivel de las que quieren introducir.

—¡Qué bien opinan los franceses, cuando dicen que pasados los Pirinéos empieza el Africa! decia entretanto á media voz Eloisa á Polo.

—Desde que ellos ocupan parte del litoral, repuso este, ya no lo dicen; seria hacernos demasiado favor.

Eloisa sofocó una carcajada en su diminuto pañuelo guarnecido de encaje.

—Aquellos están conspirando, dijo Rita á Rafael. Polo tiene una máquina infernal entre sus gafas y sus ojos, y Eloisa esconde en el pañuelo que lleva á la boca, una asonada en escabeche de almizcle contra la pícara estacionaria España.

—¡Cá! no son conspiradores, repuso Rafael.

—¿Pues qué son, máquina infernal de contradiccion?

—Son..... yo te lo diré para que los juzgues en toda su altura.

—Acaba, pesado.

—Son, dijo solemnemente Rafael, *regeneradores incomprendidos.*

Algunas noches despues de esta escena, las vastas galerías de la casa de la Condesa estaban desiertas. No se veían allí mas figuras que las del antiguo testamento, como Arias llamaba á los jugadores de tresillo.

—¡Cómo tardan! dijo la Marquesa. Las once y media, y todavía no parecen.

—El tiempo, dijo su hermano, no parece largo á los filarmónicos, cuando están en la ópera pasmándose de gusto, como unos panarras.

—¿Quién habia de pensar, continuó la Marquesa, que esa muger tendria los estudios y el valor necesarios para salir tan pronto á las tablas?

—En cuanto á los estudios, dijo el General, una

vez que se sabe cantar, no se necesita tantos como tú crees. En cuanto al valor, no quisiera mas que un Regimiento de granaderos por ese estilo, para asaltar á Numancia ó Zaragoza.

—Contaré á Vds. lo que ha pasado, dijo entonces uno de los concurrentes. Cuando llegó, hace tres meses, esta compañía italiana, nuestra *prima donna* futura, tomó por temporada uno de los palcos mas próximos al tablado. No faltó á una sola representacion, y aun logró asistir á los ensayos. El Duque consiguió de la primera cantatriz que la diese algunas lecciones, y despues, del empresario, que la ajustase en su compañía. Pero el ajuste á que se prestó el empresario, fué en calidad de segunda: propuesta que fué arrogantemente desechada por ella. Por una de aquellas casualidades que favorecen siempre á los osados, la *prima donna* cayó peligrosamente enferma, y la protegida del Duque se ofreció á reemplazarla. Verémos qué tal sale de este empeño.

En este momento, la Condesa, animada y brillante como la luz, entró en la sala acompañada de algunos tertulianos.

—Madre, ¡qué noche hemos tenido! exclamó. ¡Qué triunfo! ¡qué cosa tan bella y tan magnífica!

—¿Me querrás decir, sobrina, la importancia que tiene, ni el efecto que puede causar, el que una gaznápira cualquiera, que tiene buena garganta, cante bien en las tablas, para que pueda inspirarte

un entusiasmo y una exaltacion, como te la podrían causar un hecho heróico ó una accion sublime?

—Considerad, Tio, contestó la Condesa, ¡qué triunfo para nosotros, qué gloria para Sevilla, el ser la cuna de una artista que va á llenar el mundo con su fama!

—¿Como el Marqués de la Romana? replicó el General, ¿como Wellington ó como Napoleon? ¿No es verdad, sobrina?

—¡Pues qué, señor! contestó la Condesa. ¿No tiene la fama mas que una trompeta guerrera? ¡Qué divinamente ha cantado esa mujer sin igual! ¡Con qué desenvoltura de buen gusto se ha presentado en la escena! Es un prodigio. Y luego ¡cómo se comunican de uno en otro el entusiasmo y la exaltacion! Yo, ademas, estaba muy contenta, viendo al Duque tan satisfecho, á Stein tan conmovido.....

—El Duque, dijo el General, deberia satisfacerse con cosas de otro jaez.

—General, dijo el tertuliano, que habia hablado ántes: son flaquezas humanas. El Duque es jóven...

—¡Ah! exclamó la Condesa. No hay cosa mas infame que sospechar, ó hacer que se sospeche el mal donde no existe. El mundo lo marchita todo con su pestífero aliento. ¿No saben todos que el Duque, no satisfecho con practicar las artes, protege á los artistas, á los sábios, y todo lo que puede influir en los adelantos de la inteligencia? ¿Además

no es ella mujer de un hombre á quien el Duque debe tanto?

—Sobrina, repuso el General: todo eso es muy santo y muy bueno; pero no alcanza á justificar apariencias sospechosas. En este mundo, no basta estar exento de censura; es preciso, además, parecerlo. Por lo mismo que eres jóven y bonita, harías bien en no declararte defensora de ciertas causas.

—Yo no tengo la ambicion de que se me crea perfecta, dijo la Condesa, erigiendo en mi casa un tribunal de justicia; lo que sí quiero es, que se me tenga por leal y sólida amiga, cuando hago respetar y defiendo á los que me dan ese título.

Rafael Arias entró en aquel instante.

—Vamos, Rafael, dijo la Condesa: ¿qué dirás ahora? ¿te burlarás de esa encantadora mujer?

—Prima, para darte gusto, voy á reventar de entusiasmo por imitar al público, como hizo la rana, queriendo alcanzar el tamaño del buey. Acabo de ser testigo de la ovacion imperial que se ha hecho á esa octava maravilla.

—Cuéntanos eso, dijo la Condesa. Cuéntanoslo.

—Cuando bajó el telon, hubo un momento en que se me figuró que íbamos á tener una segunda edicion de la torre de Babél.

Diez veces fué llamada á las tablas la *Diva Donna*, y lo hubiese sido veinte, á no haberse puesto los insolentes reverberos, cansados de la prolon-

gacion de sus servicios, á echar pestes y suprimir luz.

Los amigos del Duque se empeñaron en que los llevase á dar la enhorabuena á la heroina. Todos nos echamos á sus pies con el rostro en tierra.

—¡Tú tambien, Rafael! dijo el General: yo te creia mas sensato bajo esas apariencias de tarambana.

—Si no hubiera ido adonde iban los otros, no tendria ahora la satisfaccion de referiros el modo con que nos recibió esta Reina de las Molucas, Emperatriz del Bemol. En primer lugar, todas sus respuestas se hicieron en una especie de escala cromática, de su uso, que consta de los siguientes semitonos: primeramente la calma, ó llámese indiferencia; despues la frescura; en seguida la frialdad, y por último el desdén. Yo fuí el primero en tributarle homenaje. Le enseñé mis manos, desolladas á fuerza de aplaudir, asegurándole que el sacrificio de mi pellejo era un débil homenaje á su sobrenatural habilidad, comparable tan solo con la del señor de Madureira. Su respuesta fué una *gravedosa* inclinacion de cabeza, digna de la Diosa Juno. El Baron le suplicó por todos los santos del cielo, que fuese á París, único teatro capaz de aplaudirla dignamente, en vista de que los *bravos* franceses resuenan en todos los ámbitos del universo, llevados por su bandera tricolor. A esto respondió con la mayor frescura: «Ya veis que no

necesito ir á París para que me aplaudan; y aplausos por aplausos, mas quiero los de mi tierra que los de los franceses.»

—¿Eso dijo? preguntó el General, ¿quién habria pensado que esa muger dijese una cosa tan racional?

—El Mayor moscon, continuó Rafael, con su indefectible desmaña, le dijo que de todas cuantas cantantes habia oido, solo la Grisi lo hacia mejor que ella. A lo cual respondió con frialdad: Pues una vez que la Grisi canta mejor que yo, haceis mal en oirme á mí en lugar de oirla á ella. En seguida llegó Sir John dando la mano y pisando á todo el mundo. Le dijo que su voz era un *wonder*, (*una maravilla*), y que si se la queria vender, estaba muy pronto á pagarle cincuenta mil libras. Ella respondió con desdén que aquello no se vendia. Pero, á todo esto, Prima, ¿qué dices del misterio con que han procedido en este asunto?

—¿De qué misterio se trata? preguntó el Baron, que habia llegado durante esta conversacion.

—De esa brillante salida á las tablas, respondió Arias, que ha venido á reventar de pronto, como una bomba, cuando ménos se pensaba. Ahora, ahora voy cayendo en ciertas cosas... las entrevistas del Duque con el empresario, la constancia con que esa Norma en ciernes asistia á las representaciones...., ya se van despertando mis *quién vives*.

—¡Despertar los *quién vives*! dijo el Baron. ¡Qué expresion tan singular!

—Es una metáfora muy comun, repuso Rafael.

—No lo sabia, continuó el Baron; ni la entiendo. ¿Quereis tener la bondad de explicármela, señor Arias?

Rafael miró al soslayo á su Prima, alzó los ojos al cielo, como si fuera á hacer un sacrificio, y dijo:

—Cuando ocurre un accidente sin percibirlo, es porque la atencion lo ha dejado pasar sin darle el *quién vive*, es decir, sin averiguar de donde viene ni á dónde vá. Si despues otro accidente, que tiene relacion con el primero, nos obliga á pensar en el anterior, se dice que despertamos un *quién vive*; es decir, se despierta la atencion que estaba en el primer caso, ociosa ó adormecida. De este modo tenemos en español muchas palabras sueltas, que explican tanto como una larga frase. Una palabra basta para encerrar un lato sentido. Es cierto que para ello se necesita tanto de la inventiva, como de la comprension. En las gentes del campo, corre una expresion que demuestra esto: suelen decir de un hombre inteligente y vivo «ese es de los de *ya está acá*.» Tiene esta expresion su orígen, en que cuando en el campo, á distancia, tiene el capataz que dar alguna órden, ó hacer algun encargo á alguno de los trabajadores, al darles voces contesta el llamado: *ya está acá*, desde luego que se ha hecho cargo de lo que se le manda. Pero al dicho que ha llamado vuestra atencion, (en

vista de que no todos son de los que designa el pueblo con el epíteto de los de *ya está acá*; se le dá la siguiente etimología. Un español que estaba en San Petersburgo, paseándose una hermosa mañana de primavera con un ruso, amigo suyo, quedó atónito, oyendo en el aire un sonido bastante agradable. Este sonido, que se oia unas veces próximo, otras lejano, cuando á la derecha, cuando á la izquierda, no era mas que una repeticion en diversos tonos de la palabra *quién vive*. El español creia que eran pájaros; pero levantó la cabeza, y no vió nada. ¿Era un canto? ¿Era un eco? no: porque no salia de un punto determinado, sino que se oia en todas partes. Entónces creyó que su amigo era ventríloco, y le miró con atencion. El ruso se echó á reir. «Ya veo, le dijo, que no sabeis de donde provienen estas voces que aqui se dejan oir todos los años por este tiempo. Son los *quién vives* que dan los soldados de la guarnicion, durante el invierno. Con el frio se hielan, y con los primeros calores se deshielan, y resuenan por el aire de la primavera que los vivifica.»

—No está mal discurrido, dijo el Baron, con distraccion.

—Favor que le haceis, contestó Rafael, haciendo una cortesía irónica.

—¡Ah! Aqui tenemos á la señorita Ritita, dijo el Baron, viéndola entrar, despues de haberse quitado la mantilla. Me parece señorita, que he tenido la

honra de veros esta mañana, en la calle de Catalanes.

—Yo no os ví, contestó Rita.

—Esa es una desgracia, dijo Rafael á Rita, que no sucederá al Mayor moscon, ni á la Giralda, á quien él quiere hacer Coronela de su Regimiento de *Life Guards* (*Guardias de la Reina*).

—Os vi, continuó el Baron, cerca de una cruz grande que está pegada á la pared. Pregunté.....

—Me hago cargo, dijo en voz baja Rafael Arias.

—Y me respondieron que se llama la Cruz del Negro. ¿Podeis decirme, señorita, porqué se le ha dado un nombre tan extraño?

—No lo sé, contestó Rita. Quizás será porque habrán crucificado en ella á algun negro.

—Sin duda así es, dijo el Baron; seria en tiempo de la Inquisicion. Y murmuró en voz baja: ¡qué pais! ¡qué religion! —Pero ¿podréis decirme, añadió con aquella insoportable ironía, con aquella insolencia de que hacen uso los incrédulos, con los que creen, y están de buena fé; ¿podréis decirme, ¿porqué está colgado del techo un cocodrilo, en aquel corredor de la Catedral, cerca del patio de los Naranjos, entrando por la puerta á la derecha de la Giralda? ¿Sirve tambien la Catedral de muséo de historia natural?

—¿Aquel gran lagarto? dijo Rita. Está allí porque lo cogieron sobre la bóveda del techo de la iglesia.

—¡Ah! exclamó el Baron, riéndose. Todo es gigantesco en esta catedral; hasta los lagartos!

—Esa es una vulgaridad propagada en el pueblo, dijo la Condesa, mientras que Rita sin oir las palabras del Baron, habia ido á ocupar su acostumbrado asiento. —Ese cocodrilo fué presentado al Rey D. Alfonso el Sabio, por la famosa embajada que le envió el Soldán de Egipto. Tambien están colgados de la misma bóveda un colmillo de elefante, un freno, y una vara; y estos objetos, juntamente con el lagarto, representan las cuatro virtudes cardinales. El lagarto es símbolo de la prudencia; la vara, de la justicia; el colmillo del elefante, de la fortaleza; y el freno, de la templanza. Así, pues, hace seiscientos años que estos símbolos están á la entrada de aquel grande y noble edificio, como una inscripcion que el pueblo comprende, sin saber leer.

El Baron sentia mucho no poder adoptar la version de Rita. La cruel Condesa le habia privado de un precioso artículo satírico, crítico, humorista, burlesco. ¿Quién sabe si el cocodrilo no habria hecho el papel de un Espíritu Santo, de nueva invencion, en el chistoso relato de ese francés, que tenia la ventaja nacional de haber nacido *malin (satírico)*? Entretanto la Marquesa dijo á Rita:

—¿Porqué has ido á decirle esa tontería del negro crucificado? ¿No habria sido mejor contarle la verdad?

—Pero, Tia, contestó la jóven, yo no sé por qué esa cruz se llama del Negro: además, ya me tenia seca tanta conversacion.

—Entónces, prosiguió la Tia, deberías haberle dicho, que lo ignorabas; y no inducirle en un error tan craso. Estoy segura de que insertará ese disparaton cuando escriba su *Viaje á España.*

—¿Y qué importa? dijo Rita.

—Importa, sobrina, repuso la Marquesa; porque no me gusta que hablen mal de mi patria.

—Sí, dijo el General con acritud, anda á atajar el rio cuando se sale de madre! —Pero ¿qué extraño es que digan mal del pais los extranjeros, si nosotros somos los primeros en denigrarnos? Sin tener presente el refran de que «ruin es, quien por ruin se tiene.»

—Has de saber, Rita, prosiguió la Marquesa, para que de ahora en adelante no dés lugar á semejantes errores, que el nombre de esa cruz viene de un negro devoto y piadoso, que en el séptimo siglo viendo que se atacaba el misterio de la Pura Concepcion de la Vírgen, se vendió á sí mismo en el sitio en que se hallaba esa cruz, para costear con el dinero de su venta una solemne funcion de desagravio á la Vírgen, por las ofensas que se le hacian. Algo se diferencia este rasgo piadoso y fervoroso de abnegacion, de la necedad que has hecho creer al Baron.

—Bien puedes tambien, hermana, dijo el General, regañar al loco de Rafael, por haber respondido á ese *Monsieur le Baron*, á una pregunta por el mismo estilo, acerca de la Cruz de los ladrones,

junto á la Cartuja, que se llamaba así, porque á ella iban á rezar los ladrones, para que Dios favoreciese sus empresas.

—¿Y el Baron se lo ha creido? preguntó la Marquesa.

—Tan de fijo, como yo creo que no es Baron, repuso el General,

—Es una picardía, continuó la Marquesa irritada, dar lugar nosotros mismos á que se créan y repitan tales desatinos.

La cruz fué erigida en aquel sitio por un milagro que hizo allí Nuestro Señor; porque en aquellos tiempos, como habia fé, habia milagros. Unos ladrones habian penetrado en la Cartuja, y robado los tesoros de la iglesia. Huyeron espantados, corrieron toda la noche, y á la mañana siguiente se encontraron á corta distancia del convento. Entónces viendo claramente el dedo del Señor, se convirtieron; y en memoria de este milagro, erigieron esa cruz, á la que el pueblo ha conservado su nombre. Voy á decirle cuatro palabras bien dichas á ese calavera.—Rafael, Rafael.

Entretanto su prima Gracia, sentada en el sofá, le decia:

—Estoy en mis glorias. ¡Qué buenos ratos vamos á pasar!

—No durarán mucho, Condesa, dijo el Coronel. Corren voces de que el Duque quiere llevarse á Madrid á la nueva Malibran.

—Y á todo esto, dijo la Condesa, ¿qué nombre de guerra ha tomado? Supongo que no será el de Marisalada; que muy bonito, y con algo de cariñoso, no es bastante grave para una artista de primer órden.

—Quizá continuará bajo el apodo de Gaviota, dijo Rafael. Un criado del Duque ha dicho al mio, que asi era como la llamaban en su lugar.

—Puede que adopte el nombre de su marido, observó el Coronel.

—¡Qué horror! exclamó la Condesa: necesita un nombre sonoro.

—Pues bien, que tome el de su Padre: Santaló.

—Nó, señor, dijo la Condesa. Es preciso que acabe en *i* para que le dé prestigio: mientras mas *ies*, mejor.

—En ese caso, dijo Rafael, que se nombre Missisipí.

—Consultarémos á Polo, dijo la Condesa. Y á propósito. ¿Dónde se ha escabullido nuestro poeta?

—Apuesto cualquier cosa, dijo Rafael, á que á la hora ésta se ocupa en confiar al papel las inspiraciones armónicas que ha hecho brotar en su alma la divinidad del dia. Mañana sin falta leerémos en *El Sevillano* una de esas composiciones que, segun mi tio, si no es fácil que le lleven al Parnaso, le precipitarán indefectiblemente en el Letéo.

En este instante fué cuando la Marquesa llamó á Rafael.

—Seguro estoy, dijo éste á su prima, de que mi Tia me hace la honra de llamarme, para tener la satisfaccion de echarme una peluca. Ya veo despuntar un sermon entre sus labios apretados, una filípica en su nebuloso entrecejo, y una reprimenda de á fólio, á caballo sobre su amenazante nariz. Pero... ¡qué feliz ocurrencia! Voy á armarme de un broquel.

Diciendo estas palabras, Rafael se levantó, se acercó al Baron, á quien el Oidor ofrecia á la sazon un polvo de rapé, le dió el brazo, y en su compañía se acercó á la mesa del juego. La Marquesa se guardó la regañadura para mejor ocasion.

Rita se tapaba la cara con el pañuelo para comprimir la risa. El General golpeaba el suelo con el tacon de las botas, que en él era señal indefectible de impaciencia.

—¿Está incomodado el General? preguntó el Baron.

Padece ese movimiento nervioso, respondió á media voz Rafael.

—¡Qué desgracia! esclamó el Baron, eso es un *tic douloureux* (1). ¿Y de qué le ha provenido? ¿Algun tendón dañado en la guerra quizás?

—No, contestó Rafael. Ha sido efecto de una fuerte impresion moral.

—Debió ser terrible, observó el Baron. ¿Y qué se la causó?

1 *Tic* es la enfermedad del *tiro*, que padecen los caballos.

—Una palabra de vuestro Rey Luis XIV.

—¿Qué palabra? insistió el Baron espantado.

—El célebre dicho, contestó Rafael, YA NO HAY PIRINÉOS.

Con tanto como se hablaba en las tertulias acerca de la nueva cantatriz, se ignoraba un hecho significativo, que habia ocurrido aquella misma noche.

Pepe Vera no habia cesado de seguir los pasos de María; y como era favorito del público, le habia sido fácil penetrar en lo interior del templo de las Musas, no obstante la enemistad que éstas han jurado á las corridas de toros.

María salía á la escena, al ruido de los aplausos, cuando se dió de manos á boca en el vestuario con Pepe Vera, y algunos otros jóvenes.

—¡Bendita sea—dijo el célebre torero, tirando al suelo y extendiendo la capa, para que sirviese de alfombra á María;—¡bendita sea esa garganta de cristal, capaz de hacer morir de envidia á todos los ruiseñores del mes de Mayo.

—Y esos ojos, añadió otro, que hieren á más cristianos que todos los puñales de Albacete.

María pasó tan impávida y desdeñosa como siempre.

—¡Ni siquiera nos mira! dijo Pepe Vera.—Oiga Vd., prenda. Un Rey es, y mira á un gato. Y cuidado, caballeros, que es buena moza; á pesar de que...

—¿A pesar de qué? dijo uno de sus compañeros.

—A pesar de ser tuerta; dijo Pepe.

Al oir estas palabras, María no pudo contener un movimiento involuntario, y fijó en el grupo sus grandes ojos atónitos. Los jóvenes se echaron á reir, y Pepe Vera le envió un beso en la punta de los dedos.

María comprendió inmediatamente que aquella expresion no habia sido dicha sinó para hacerle volver la cara. No pudo menos de sonreirse, y se alejó dejando caer el pañuelo. Pepe lo recogió apresuradamente, y se acercó á ella, como para devolvérselo.

—Os lo entregaré esta noche en la reja de vuestra ventana, le dijo en voz baja y con precipitacion.

Al dar las doce salió María de su cama con pasos cautelosos, despues de asegurarse de que su marido yacia en profundo sueño. Stein dormia, en efecto, con la sonrisa en los labios, embriagado con el incienso que habia recibido aquella noche María, su esposa, su alumna, la amada de su corazon. Entretanto un bulto negro se apoyaba en una de las rejas del piso bajo de la casa que habitaba María, y quedaba á una de las angostas callejuelas tan comunes en aquella ciudad. No era posible distinguir las facciones de aquel individuo, porque una mano oficiosa habia apagado de antemano los faroles que alumbraban la calle.

CAPITULO VIII.

Era ya Sevilla teatro demasiado estrecho para las miras ambiciosas, y para la sed de aplausos que devoraban el corazon de María. El Duque, además, obligado á restituirse á la capital, deseaba presentar en ella aquel portento, cuya fama le habia precedido. Pepe Vera, por otra parte, ajustado para lidiar en la plaza de Madrid, exigió de María que hiciese el viage. Asi sucedió en efecto.

El triunfo que obtuvo María al estrenarse en aquella nueva liza, sobrepujó al que habia logrado en Sevilla. No parecia sino que se habian renovado los dias de Orféo y de Anfion, y las maravillas de la lira de los tiempos mitológicos. Stein estaba confuso. El Duque embriagado. Pepe Vera dijo un dia á la *cantaöra*: ¡Caramba, María, te palmotéan

que ni que hubieses matado un toro de siete años!

María estaba rodeada de una córte numerosa. Formaban parte de ella todos los extrangeros distinguidos que se hallaban á la sazon en la capital, y entre ellos habia algunos notables por su mérito, otros por su categoría ¿Qué motivos los impulsaba? Unos iban por darse tono; segun la locucion moderna. ¿Y qué es tono? Es una imitacion servil de lo que otros hacen. Otros eran movidos por la misma especie de curiosidad que incita al niño á examinar los secretos resortes del juguete que le divierte.

María no tuvo que hacer el menor esfuerzo, para sentirse muy á sus anchas en medio de aquel gran círculo. No habia cambiado en lo mas pequeño su índole fria y altanera; pero habia mas elegancia en su talante, y mejor gusto en su modo de vestir; adquisiciones maquinales y exteriores, que á los ojos de ciertas gentes, pueden suplir la falta de inteligencia, de tacto y de buenos modales. Por la noche, en las tablas, cuando el reflejo de las luces blanqueaba su palidez, y aumentaba el realce de sus ojos grandes y negros, parecia realmente hermosa.

El Duque estaba de tal modo fascinado por aquella mujer, en cuyos triunfos le tocaba alguna parte, pues cumplian sus pronósticos, y tal era el entusiasmo que su canto le inspiraba, que no tuvo inconveniente en pedirle que diese lecciones de mú-

sica á su hija, no obstante que recordaba el pronóstico de su amable amiga de Sevilla, y se estremecia al reflexionar sobre el aplazamiento que le habia dirigido la Condesa. Entónces hacía propósito de respetar á la mujer inocente que él mismo habia introducido en la escena resbaladiza y brillante que pisaba.

Digamos ahora algunas palabras de la Duquesa.

Era esta señora virtuosa y bella. Aunque habia entrado en los treinta años, la frescura de su téz y la expresion de candor de su semblante le daban un aspecto mas jóven. Pertenecia á una familia tan ilustre como la de su marido, con la cual estaba estrechamente emparentada. Leonor y Cárlos se habian querido casi desde su infancia, con aquel afecto verdaderamente español, profundo y constante, que ni se cansa ni se enfria. Se habian casado muy jóvenes. A los diez y ocho años, Leonor dió una niña á su marido, el cual tenia veinte y dos á la sazon.

La familia de la Duquesa, como algunas de la grandeza, era sumamente devota; y en este espíritu habia sido educada Leonor. Su reserva y su austeridad la alejaban de los placeres y ruidos del mundo, á los cuales por otra parte no tenia la menor inclinacion. Leia poco, y jamás tomó en sus manos una novela. Ignoraba enteramente los efectos dramáticos de las grandes pasiones. No habia aprendido ni en los libros ni en el teatro, el gran

interés que se ha dado al adulterio, que por consiguiente no era á sus ojos sinó una abominacion, como lo era el asesinato. Jamás habria llegado á creer, si se lo hubiesen dicho, que estaba levantado en el mundo un estandarte, bajo el cual se proclama la emancipacion de la mujer. Más es; aun creyéndolo, jamás lo hubiera comprendido; como no lo comprenden muchas, que ni viven tan retiradas, ni son tan estrictas como lo era la Duquesa. Si se le hubiera dicho que habia apologistas del divorcio, y hasta detractores de la santa institucion del matrimonio, habria creido estar soñando, ó que se acercaba el fin del mundo. Hija afectuosa y sumisa, amiga generosa y segura, madre tierna y abnegada, esposa esclusivamente consagrada á su marido, la Duquesa de Almansa era el tipo de la mujer que Dios ama, que la poesía dibuja en sus cantos, que la sociedad venera y admira, y en cuyo lugar se quieren hoy ensalzar *esas amazonas*, que han perdido el bello y suave instinto femenino.

El Duque pudo entregarse largo tiempo al atractivo que María ejercía en él, sin que la mas pequeña nube empañase la paz sosegada, y, como el cielo, pura, del corazon de su mujer. Sin embargo el Duque, hasta entónces tan afectuoso, la descuidaba cada dia mas. La Duquesa lloraba; pero callaba.

Despues llegó á sus oidos que aquella cantatriz

que alborotaba á todo Madrid, era protegida de su marido; que este pasaba la vida en casa de aquella mujer. La Duquesa lloró; pero dudando todavía.

Despues el Duque llevó á Stein á su casa, para dar lecciones á su hijo, y luego quiso, como hemos dicho, que María las diese á su hija, preciosa criatura de once años de edad.

Leonor se opuso con vigor á esto último, alegando no poder permitir que una mujer de teatro tuviese el menor punto de contacto con aquella inocente. El Duque, acostumbrado á las fáciles condescendencias de su mujer, vió en esta oposicion, un escrúpulo de devota, una falta de mundo y persistió en su idéa. La Duquesa cedió, siguiendo el dictámen de su confesor: pero lloró amargamente, impulsada por un doble motivo.

Recibió, pues, á María con excesiva circunspeccion; con una reserva fria, pero urbana.

Leonor, que vivia segun sus propensiones tranquilas, muy retirada, no recibia, sino pocas visitas, la mayor parte de parientes; los demas eran sacerdotes y algunas otras personas de confianza. Asi, pues asistia con no desmentida perseverancia á las lecciones de su hija; y tanto empeño puso en no alejarla de sus miradas maternas, que este sistema no pudo menos de ofender á María. Las personas que iban á ver á la Duquesa, no hacian mas que saludar friamente á la maestra, sin volver á dirigirle

la palabra. De este modo, llegaba á ser en extremo humillante la posicion que ocupaba en aquella noble y austera residencia, la mujer que el público de Madrid adoraba de rodillas. María lo conocia, y su orgullo se indignaba: pero como la exquisita cortesía de la Duquesa no se desmintió jamás; como en su grave, modesto y hermoso rostro, no se habia manifestado nunca una sonrisa de desdén, ni una mirada de altanería, María no podia quejarse. Por otra parte, el Duque que era tan digno y tan delicado, ¿cómo habia de permitir que nadie se le quejase de su mujer? María tenia bastante penetracion para conocer que debia callar y no perder la amistad del Duque, que la lisonjeaba, su proteccion que le era necesaria, y sus regalos que le eran muy gratos. Tuvo, pues, que tascar el freno, hasta que ocurriese algun suceso, que pusiese término á tan tirante situacion.

Un dia en que, vestida de seda, y deslumbrando á todos con sus joyas, cubierta con una magnífica mantilla de encajes, entraba en casa de la Duquesa, se encontró allí con el Padre de ésta, el Marqués de Elda, y con el Obispo de.....

El Marqués era un anciano grave, de los mas chapados á la antigua. Era por los cuatro costados español, católico y realista neto. Vivia retirado de la córte desde la muerte del Rey, á quien habia servido en la guerra de la independencia.

Habia un poco de tibieza entre el Marqués y

su yerno, á quien el primero acusaba de condescender demasiado con las idéas del siglo. Esta tibieza subió de punto, cuando llegaron á oidos del severo y virtuoso anciano, los rumores ya públicos de la proteccion que el Duque daba á una cantatriz de teatro.

Cuando María entró en la sala, la Duquesa se levantó, con intencion de darle gracias, y despedirla por aquel dia, en vista del respeto debido á las personas presentes. Pero el Obispo que ignoraba todo lo que pasaba, manifestó deseos de oir cantar á la niña, que era su ahijada. La Duquesa se volvió á sentar; saludó á María con su urbanidad acostumbrada, y mandó llamar á su hija, quien no tardó en presentarse.

Apénas terminaba la niña los últimos compases de la plegaria de Desdémona, cuando se oyeron tres golpes suaves á la puerta.

—Adelante, adelante, dijo la Duquesa, dando á entender que conocia á la persona en su modo de llamar, y con una viveza nueva á los ojos de María, se puso en pié, y salió obsequiosamente al encuentro de aquella visita.

Pero María se sorprendió todavía mas al ver este nuevo personaje. Era una muger féa, de unos cincuenta años de edad, y de aspecto comun. Su traje era tan basto como desairado y extraño.

La Duquesa la recibió con grandes muestras de consideracion, y una cordialidad tanto mas nota-

ble, cuanto mas contrastaba con la reserva glacial que con la maestra habia usado; la tomó de la mano, y la presentó al Obispo,

María no sabia qué pensar. Jamás habia visto un vestido semejante, ni una persona que le pareciese ménos en armonía con la posicion que parecia ocupaba cerca de gentes tan distinguidas y elevadas.

Despues de un cuarto de hora de una conversacion animada, aquella mujer se levantó. Estaba lloviendo. El Marqués la ofreció su coche, con grandes instancias: pero la Duquesa le dijo:

—Padre, ya he mandado que pongan el mio.

Dijo estas palabras acompañando á la recien-venida, que ya se retiraba, y que se negó tenazmente á hacer uso del carruaje.

—Ven, hija mia, dijo la Duquesa á su hija, ven, con permiso de tu maestra, á saludar á tu buena amiga.

María no sabia qué pensar de lo que estaba viendo y oyendo. La niña abrazó á aquella que la Duquesa llamaba su buena amiga.

—¿Quién es esa mujer? le preguntó María, cuando volvió á su puesto.

—Es una hermana de la Caridad, respondió la niña.

María quedó anonadada, Su orgullo, que luchaba con la frente erguida contra toda superioridad: que desafiaba la dignidad de la nobleza, la riva-

lidad de los artistas, el poder de la autoridad, y aun las prerogativas del genio, se dobló como un junco ante la grandeza y la elevación de la virtud,

Poco despues se levantó para irse; seguia llo-viendo.

—Tiene Vd. un coche á su disposicion, le dijo la Duquesa al despedirla.

Al bajar al patio, María observó que estaban quitando los caballos del de la Duquesa. Un lacayo bajó con aire respetuoso el estribo de un coche si-mon. María entró en él henchido el corazon de im-potente rabia.

Al dia siguiente declaró resueltamente al Duque que no continuaría dando lecciones á su hija. Tuvo buen cuidado de ocultarle el verdadero motivo, y la astucia de dar á esta reserva, todo el aspecto de un acto de prudencia. El Duque alucinado, tanto por el entusiasmo que María le inspiraba, como por los amaños de que ella supo valerse, supuso que su mujer habria dado motivo para aquella determina-cion, y se mostró aun mas frio con ella.

CAPITULO IX.

La llegada á Madrid del célebre cantor Tenorini, puso cima á la gloria de María, por la admiracion con que la encomiaba aquel coloso, y por el empeño que manifestó en cantar acompañado de una voz digna de unirse á la suya. Tonino Tenorini, alias el Magno, habia salido no se sabe de dónde: algunos decian que habia venido al mundo, como Castor y Pollux, dentro de un huevo, no de cisne, sino de ruiseñor. Su espléndida y ruidosa carrera empezó en Nápoles, donde habia eclipsado enteramente al Vesubio. Despues pasó á Milan, y de allí sucesivamente á Florencia, San Petersburgo y Constantinopla. A la sazon llegaba deNueva-York pasando por la Habana, con ánimo de dirigirse á París, cuyos habitantes, furiosos por no haber dado

todavía su voto decisivo sobre tan gigantesca reputacion, habian hecho un motin para desahogar su bilis. De allí Tenorini se dignaria ir á Lóndres, cuyos filarmónicos tenian un terrible *spleen* de pura envidia, y donde la *season* (1) corria riesgo de suicidarse, si la gran *notabilidad* no se compadecia de los males que su ausencia originaba.

¡Cosa extraña, y que dejó sorprendidos á todos los Polos y á todas las Eloisas! Este sublime artista no llegaba en las alas del génio. Los delfines mal criados del Océano, no le habian cargado en sus filarmónicas espaldas, como hicieron los del Mediterráneo con Arión en tiempos más felices. Tenorini habia llegado en la dilijencia..... ¡Qué horror!...

—¡Y—lo que es más—traia un saco de noche!

Hubo proyectos de celebrar su llegada, tocando un repique general de campanas, de iluminar las casas, y de erigir un arco de triunfo con todos los instrumentos de la orquesta del Circo. El Alcalde no consintió en ello, y poco faltó para que éste *cangrejo* reaccionario fuese obsequiado con una cencerrada.

Miéntras María participaba con el *gran cantante* de la desaforada ovacion que le ofrecia un público, que de rodillas los veneraba humildemente; se representaba una escena de diferente carácter en la

(1) Estacion, época de la apertura de los Parlamentos, en la cual se reune la gente del buen tono en Lóndres.

pobre choza de que ella saliera poco más de un año ántes.

Pedro Santaló yacía postrado en su lecho. Desde la separacion de su hija no habia levantado cabeza. Tenia los ojos cerrados, y no los abria sinó para fijar sus miradas en el cuartito que habia ocupado María, y que no estaba separado del suyo, sino por el estrecho pasadizo que subia al desván. Todo allí permanecía en el mismo estado en que su hija lo habia dejado; colgaba de la pared su guitarra, con un lazo de cinta que habia sido color de rosa y que ahora, pendia sin forma, como una promesa que se olvida, y descolorido como un recuerdo que se disipa. Sobre la cama habia un pañuelo de seda de la India, y unos zapatos pequeños se veían aún debajo de una silla. La tia María estaba sentada á la cabecera del enfermo.

—Vamos, vamos, tio Pedro, le decia la buena anciana, olvídese de que es Catalan, y no sea tan testarudo: déjese Vd. gobernar siquiera una vez en su vida, y véngase con nosotros al convento; que ya vé Vd. que allí no falta lugar. Asi podré asistirle mejor, y no estará aquí aislado y solo en un solo cabo como el espárrago.

El pescador no respondía.

—Tio Pedro, continuó la tia María; D. Modesto ya ha escrito dos cartas, y se han puesto en el correo, que dicen es la manera de que lleguen más presto y con más seguridad.

—¡No vendrá! murmuró el enfermo.

—Pero vendrá su marido, y por ahora eso es lo que importa, repuso la tia María.

—¡Ella! ¡ella! exclamó el pobre padre.

Una hora despues de esta conversacion, la tia María caminaba de vuelta al convento, sin haber logrado que el uraño y obstinado Catalán accediese á trasladarse á él. Cabalgaba la buena anciana en la insigne Golondrina, decana apacible del gremio borrical de la comarca. No hemos averiguado, en vista de lo remoto de la fecha en que fué bautizada, el porqué mereció el nombre de Golondrina, pues nos consta que jamás hizo el menor esfuerzo, no ya para volar, pero ni aun para correr; ni nunca se le notó en Otoño la mas mínima inclinacion á trasladarse á las regiones del Africa.

Momo hecho ya un hombron, sin haber perdido un ápice de su fealdad nativa, iba arreando la burra.

—Oiga Vd., Madre abuela, dijo; ¿y van á durar mucho estos paseitos de recréo cuotidianos para venir á ver á este lobo marino?

—Por decontado, respondió su Abuela; ya que no se quiere venir al convento. Me temo que se muera si no vé á su hija.

—No me he de morir yo de esa enfermedad, dijo Momo, soltando una carcajada de grueso calibre.

—Mira, hijo, prosiguió la Tia María, yo no me fio mucho del correo, por mas que digan que es

seguro. Tampoco D. Modesto se fia de él; asi para que D. Federico y Marisalada lleguen á saber lo malo que está el Tio Pedro, no queda medio seguro, sino el que tú mismo vayas á Madrid á decírselo; porque al fin no podemos estar asi, cruzados de brazos, viendo morir á un Padre que clama por su hija, sin hacer por traérsela.

—¡Yo! ¡yo ir á Madrid, y para buscar á la Gaviota! esclamó Momo horripilado. ¿Está Vd. en su juicio, señora?

—Tan en mi juicio y tan en ello, que si tú no quieres ir, iré yo. A Cádiz fuí, y no me perdí, ni me sucedió nada; lo mismo será si voy á Madrid. Parte el corazon oir á ese pobrecito Padre clamar por su hija. Pero tú, Momo, tienes malas entrañas; con harta pena lo digo. Y no sé de donde las has sacado, pues ni son de la casta de tu Padre ni de la de tu Madre; pero en cada familia hay un Judas.

—¡Ni al mismísimo demonio que no piensa sino en el modo de condenar á un cristiano, murmuraba Momo, se le ocurre otra! Y no es eso lo peor; sino que si se le mete á su mercé semejante chochera en la cabeza, lo ha de llevar á cabo ¡Que no me diera un aire, que me dejase baldado de pies y piernas, siquiera por un mes!

Asi pensando, desahogó Momo su coraje, descargando un cruel varazo sobre las ancas de la pobre Golondrina.

—¡Bárbaro! exclamó su Abuela, ¿á que la pegas con ese pobre animal?

—¡Toma! repuso Momo; para llevar palos ha nacido.

—¿De dónde has sacado semejante herejía? ¿de dónde, alma de Herodes? Nadie sabe lo que compadezco yo á los pobres animales que, padecen sin quejarse, y sin poder valerse; sin consuelo y sin premio.

—La lástima de Vd., Madre, es como la capa del cielo, que todo lo cobija.

—Sí, hijo, sí; ni permita Dios que vea yo un dolor sin compadecerlo, ni que sea como esos desalmados, que oyen un ay como quien oye llover.

—Que diga Vd. eso, tocante al prójimo, ¡anda con Dios! Pero los animales, ¿qué demonio?....

—¿Y acaso no padecen? ¿Y acaso no son criaturas de Dios? acá, nosotros, estamos cargados con la maldicion y el castigo que mereció el pecado del primer hombre; pero, ¿qué pecado cometieron el Adan y Eva de los burros, para que estos pobres animales tengan la vida tan mortificada? ¡Eso me pasma!!!

—Se comerían la peladura de la manzana, dijo Momo con una carcajada como un redoble de bombo.

Encontraron entónces á Manuel y á José, que iban de vuelta al convento.

—Madre, ¿cómo está el tio Pedro? preguntó el primero.

—Mal, hijo, mal. Se me parte el corazon de verle tan malo, tan triste, y tan solo. Le dije que se viniese al convento; pero ¡qué! mas fácil era traerse al fuerte de San Cristóbal, que no á ese cabezudo. Ni un cañon de á veinte y cuatro lo menéa. Preciso es que el hermano Gabriel se mude allá con él: y tambien que Momo vaya á Madrid á traerse á su hija y á D. Federico.

—Que vaya, dijo Manuel; asi verá mundo.

—¡Yo! exclamó Momo, ¿cómo he de ir yo, señor?

—Con un pié tras otro, respondió su Padre; ¿tienes miedo de perderte, ó de que te coma el cancón?

—Lo que es que no tengo ganas de ir, replicó Momo, exasperado.

—Pues yo te las daré con una vara de acebuche; ¿estás, mal mandado? dijo su Padre.

Momo, renegando del tio Pedro y de su casta emprendió su viaje, y uniéndose á los arrieros de la sierra de Aracena que venian á Villamar por pescado, llegó á Valverde, y de alli pasando por Aracena, la Oliva y Barcarota, á Badajoz, por el cual pasa la antigua carretera de Madrid á Andalucía. De allí, sin detenerse siguió á Madrid. Don Modesto habia copiado con letras tamañas como nueces, las señas de la casa en que vivia Stein, y que éste habia enviado cuando llegaron á Madrid con el Duque. Con esta papeleta en la mano, salió Momo para la córte, entonando unas nuevas letanías de imprecaciones contra la Gaviota.

Una tarde salia la tia María mas desazonada que nunca, de en casa del pobre pescador.

—Dolores, dijo á su nuera, el tio Pedro se nos vá. Esta mañana enrollaba las sábanas de su cama; y eso es que está liando el hato para el viaje de que no se vuelve. Palomo, que fué conmigo, se puso á aullar. ¡Y esa gente no viene! estoy que no se me calienta la camisa en el cuerpo. Me parece que Momo deberia ya estar de vuelta; diez dias lleva de viaje.

—Madre, contestó Dolores, hay mucha tierra que pisar hasta Madrid. Manuel dice que no puede estar de vuelta, sinó de aquí á cuatro ó cinco dias.

Pero ¡cuál no sería el asombro de ambas, cuando de repente vieron ante sí con aire azorado y mal gesto, al mismísimo Momo en persona!

—¡Momo! exclamaron las dos á un tiempo.

—El mismo en cuerpo y alma, contestó este.

—¿Y Marisalada? preguntó ansiosa la tia María.

—¿Y D. Federico? preguntó Dolores.

—Ya los pueden Vds. aguardar hasta el dia del juicio, respondió Momo, ¡Vaya que ha estado bueno mi viaje! gracias á Madre abuela, que me he visto metido en un berengenal, que ya.....

—¿Pero qué es lo que hay? ¿qué te ha sucedido? preguntaron su Abuela y su Madre.

—Lo que van Vds. á oir, para que admiren los juicios de Dios, y le bendigan por verme aqui salvo y libre; gracias á que tengo buenas piernas.

La Abuela y la Madre se quedaron sobresaltadas al oir aquellas palabras que anunciaban graves acontecimientos.

—Cuenta, hombre, dí, ¿qué ha sucedido? volvieron ambas á exclamar; mira que tenemos el alma en un hilo.

—Cuando llegué á Madrid, dijo Momo, y me ví solo en aquel cotarro, se me abrieron las carnes. Cada calle me parecia un soldado; cada plaza una patrulla: con la papeleta que me dió el Comendante, que era un papel que hablaba, fuí á dar en una taberna, donde topé con un achispado, amigo de complacer, que me llevó á la casa que rezaba el papel. Allí me dijeron los criados que sus amos no estaban en casa: y con eso, iban á darme con la puerta en los hocicos; pero no sabian esas almas de cántaro con quien se las tenian que haber. ¡Hé! les dije; miren Vds. con quien hablan, que yo no soy criado de nadie, ni nada vengo á pedir; aunque pudiera hacerlo, porque en mi casa fué donde recogimos á Don Federico, cuando se estaba muriendo, y no tenia ni sobre qué caerse muerto.

—¿Eso dijiste, Momo? exclamó su abuela; ¡quita allá! ¡esas cosas no se dicen! ¡qué bochorno! ¿que habrán pensado de nosotros? ¡echar en cara un favor! ¿quién ha visto eso?

—¿Pues qué; no se lo diria? ¡vaya! Y dije más; para que Vds. se enteren, dije que mi Abuela habia sido quien se habia traido á su casa á su ama.

cuando se puso mala de puro correr y desgañitarse sobre las rocas, como una Gaviota que era. Los mostrencos aquellos se miraban unos á otros riéndose, y haciendo burla de mí, y me dijeron que venía equivocado, que era hija de un General de las tropas de Don Cárlos. ¡Hija de un General! ¿se entera Vd? ¡Por *via* de los moros! ¿Puede darse mas descarada embustera? ¡decir que el tio Pedro es General! ¡el tio Pedro, que ni ha servido al Rey!—Al avío, les dije; que la razon que traigo, urge, y lo que quiero yo es largarme presto, y perder á Vds., á sus amos y á Madrid de vista.

—Nicolás, dijo entonces una moza que tenia trazas de ser tan farota como su ama; lleva ese ganso al *treato*: allí podrá ver á la Señora.

—Noten Vds. que cuando hablaba de mí, decia la muy deslenguada *ganso*, y cuando hablaba de la tuna de la Gaviota, decia *Señora*; ¿podria eso creerse? ¡cosas de Madrid! ¡confundío se vea!

—Pues, señor, el criado se puso el sombrero, y me llevó á una casa muy grandísima y muy alta, que era á *moo* de iglesia; solo que en lugar de cirios, tenia unas lámparas que alumbraban como soles. En rededor habia como unos asientos; en que estaban sentadas, mas tiesas que husos, mas de diez mil mugeres, puestas en feria, como redomas en botica. Abajo habia tanto hombre, que parecia un hormiguero. ¡Cristianos! ¡yo no sé de donde salió tanta criatura! Pues no es nada, dije para mi chaleco,

¡las hogazas de pan que se amasarán en la Villa de Madrid!... Pero asómbrense Vds.; toda esa gente habia ido alli, ¿á qué?... ¡á oir cantar á la Gaviota!!!

Momo hizo una pausa, teniendo las manos extendidas, y abiertas á la altura de su cara.

La tía María bajó y levantó la cabeza en señal de satisfaccion.

—En todo esto no veo motivo para que te hayas vuelto tan de prisa y tan azorado, dijo Dolores.

—Ya voy, ya voy, que no soy escopeta, repuso Momo. Cuento las cosas como pasaron.

—Pues cáte Vd. ahí, que de repente, y sin que nadie se lo mandase, suenan á la par mas de mil instrumentos, trompetas, pitos y unos violines tamaños como confesonarios, que se tocaban para abajo. ¡María Santísima, y que atolondro! yo dí una encojida, que fué floja en gracia de Dios.

—Pero, ¿de dónde salió tanto músico? preguntó su Madre.

—¿Qué sé yo? habria leva de ciegos por toda España.—Pero no es esto lo mejor; sinó que cate Vd. ahí, que sin saber ni cómo, ni por dónde, desaparece un á *moo* de jardin que habia al frente. No parecia sino que el demonio habia cargado con él.

—¿Qué estás diciendo, Momo? dijo Dolores.

—*Naita* mas que la purísima verdad. En lugar de la arboleda, habia al frente un á *moo* de estrado

con redondeles de trapo (1) que seria de un palacio. Alli se presenta una muger más *ajicarada*, con más terciopelos, bordaduras de oro, y más dijes que la Vírgen del Rosario.

—Esta es la Reina Doña Isabel II, dije yo para mí. Pues, no Señor, no era la Reina. ¿Saben Vds. quién era? Ni mas ni ménos que la Gaviota, la malvada Gaviota, que andaba aqui descalza de pies y piernas! Lo primero que sucedió con el vergel, habia sucedido con ella; la Gaviota descalza de pies y piernas, se la habia llevado el demonio, y en su lugar habia puesto una *principesa*. Yo estaba cuajado. Cuando menos se pensaba, entra un Señor mayor muy engalanado. Estaba que echaba bombas ¡qué enojado! ponía unos ojos... ¡caramba! dije yo para mi chaleco, no quisiera yo estar en el pellejo de esa Gaviota. A todo esto, lo que me tenia parado era que reñian cantando. Vaya! será la *moa* por allá, entre la gente de fuste. Pero con eso no me enteraba yo bien de lo que platicaban : lo que vine á sacar en limpio fué, que aquel sería el General de Don Cárlos, porque ella le decia *Padre*, pero él no la queria reconocer por hija, por mas que ella se lo pidió de rodillas.

—¡Bien hecho! le grité, duro, á la embustera descarada.

¿A qué te metiste en eso? le dijo su Abuela.

(1) Alfombra.

—¡Toma! como que yo la conocia y podia atestiguarlo; ¿no sabe Vd. que quien calla otorga? Pero parece que allá no se puede decir la verdad, porque mi vecino que era un celador de policía me dijo: ¿quiére Vd. callar, amigo?

—No me dá la gana, le respondí; y he de decir en voz y en grito, que ese hombre no es su Padre.

—¿Está Vd. loco, ó viene de las Batuecas? me dijo el polizonte.

—Ni uno ni otro, só desvergonzado, le respondí; estoy mas cuerdo que Vd., y vengo de Villamar, donde está su padre *ligitimo*, tio Pedro Santaló.

—Es Vd., me dijo el madrileñito, un pedazo de alcornoque muy basto: vaya Vd. á que lo descorchen.

Me amostacé y levanté el codo, para darle una *guantáa*, cuando Nicolás me cogió por un brazo y me sacó fuera para ir á echar un trago.

—Ya he caido en la cuenta, le dije; ese General, es el que quiere esa renegada Gaviota que sea su Padre. De muchas iniquidades habia yo oido hablar; de muertes, robos, hasta de piratas; pero eso de renegar de su Padre, en mi vida he oido otra.

Nicolás se desternillaba de risa; por lo visto, esa *indiniá* no les coje allá de susto.

Cuando volvimos á entrar, es de presumir el que le habria mandado el General á la Gaviota, que se quitase los arrumacos, porque salió toda vestida de blanco que parecia amortajada. Se puso

á cantar, y sacó una guitarra muy grande que puso en el suelo y tocó con las dos manos, (¡qué no es capaz de inventar esa Gaviota!!.—y ahora viene lo gordo; pues de repente, sale un moro.

—¿Un moro?

—¡Pero qué moro!! mas negro y mas feróstico que el mismísimo Mahoma; con un puñal en la mano, tamaño como un machete. Yo me quedé muerto.

—¡Jesus María! exclamaron su Madre y su Abuela.

—Pregunté á Nicolás, que quien era aquel Fierabrás, y me respondió que se llamaba *Telo.* Para acabar presto; el moro le dijo á la Gaviota que la venia á matar.

—Vírgen del Cármen, exclamó la tia María, ¿era acaso el verdugo?

—No sé si era el verdugo, ni sé si era un matador pagado, respondió Momo; lo que si sé es que la agarró por los cabellos, y la dió de puñaladas: lo ví con estos ojos que ha de comer la tierra; y puedo dar testimonio.

Momo apoyaba sus dos dedos, debajo de sus ojos, con tal vigor de expresion, que aparecieron como queriendo salirse de sus órbitas.

Las dos buenas mugeres, lanzaron un grito. La tia María sollozaba, y se retorcía las manos de dolor.

—¿Pero qué hicieron tantos como presentes estaban? preguntó Dolores llorando, ¿no hubo nadie que prendiese á ese desalmado?

—Eso es lo que yo no sé, contestó Momo, pues

al ver aquello, cogí dos de luz y cuatro de traspón, no fuese que me llamasen á declarar. Y no paré de correr hasta no poner algunas leguas entre la villa de Madrid, y el hijo de mi Padre.

—Preciso es, dijo entre sus sollozos la tia María, ocultarle esta desdicha al pobre tio Pedro. ¡Ay! ¡qué dolor! ¡qué dolor!!

—¿Y quién habia de tener valor para decírselo? repuso Dolores. ¡Pobre María! Hizo lo del español, que estando bien quiso estar mejor; y cáte Vd. ahí las resultas.

—Cada uno lleva su merecido, dijo Momo; esa embrollona descastada habia de parar en mal: no podia eso marrar. Si no estuviese cansado, iba sobre la marcha á contárselo á Raton Perez.

CAPÍTULO X.

No tardó en esparcirse por todo el lugar la voz de que la hija del pescador habia sido asesinada.

Así pues, el egoista, torpe y díscolo Momo, que ayudado de su espíritu hostil é instintos egoistas, creyó realidad lo que vió en el teatro, no solo habia hecho un viaje inútil, por no haber cumplido su comision, sinó que indujo en el error en que su torpeza indócil le hizo caer, á todas aquellas buenas gentes.

La cara de D. Modesto se le alargó dos pulgadas.

El Cura dijo una misa por el alma de María.

Ramon Perez ató un lazo negro á su guitarra.

Rosa Mística dijo á D. Modesto:

—Dios la haya perdonado! Bien dije yo, que

acabaria mal. Vd. recordará que por mas que procuraba yo guiarla á la derecha, ella siempre tiraba á la izquierda.

La tia María, calculando que en vista de la catástrofe, no le seria posible á D. Federico venir por entónces, se decidió á confiar la cura del tio Pedro, á un médico jóven que habia reemplazado á Stein en Villamar.

—No fio de su ciencia, le decia á D. Modesto, que se le recomendaba; no sabe recetar mas que aguas cocidas, y no hay cosa que debilite mas el estómago. Por alimento manda caldo de pollo; ahora ¿me querrá Vd. decir las fuerzas que podrá reponer semejante bebistrajo? Todo está trastornado, mi Comandante; pero deje Vd. que pase un poco de tiempo, y desengañados, se volverán á lo que la experiencia de muchos siglos ha acreditado de bueno; que al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solian ir. Lo que atrevidas manos echaron abajo, el tiempo lo levantará; pero despues de haber echado algunas almas á su perdicion, y enviado muchos cuerpos al hoyo.

El médico halló al tio Pedro tan grave, que declaró ser necesario al prepararlo.

Prepararse á la muerte es, en el lenguage católico, ponerse en estado de gracia, esto es, zanjar sus cuentas en la tierra, haciendo el bien y deshaciendo el mal, en cuanto á nuestro alcance esté, tanto en el órden de las cosas eternas, como en el

de las temporales, y grangear así, con la oracion y el arrepentimiento, la clemencia de Dios en favor de nuestras almas.

Si damos esta definicion de una cosa tan sabida y cuotidiana, es no solo porque es factible que caiga esta relacion en manos de algunos que no pertenezcan al gremio de nuestra santa Religion católica, sinó porque hemos visto muchos que no consideran esta santa práctica, bajo todas sus grandes y magníficas fases.

La tia María se echó á llorar amargamente al oir aquel fallo; llamó á Manuel, y le encargó que fuese á notificárselo al enfermo, con todas las precauciones debidas, pues ella no se sentia con ánimo para hacerlo.

Manuel entró en el cuarto del paciente.

—¡Hola! tio Pedro, le dijo, ¿cómo vamos?

—Vamos para abajo, Manuel, contestó el enfermo; ¿quiéres algo para el otro mundo? dílo pronto, que estoy levando el ancla, hijo.

—¡Qué! tio Pedro, no está Vd. en ese caso. Ha de vivir Vd. mas que yo. Pero... como dice el refran, que hacienda hecha no estorba.... quiere decir....

—No digas más, Manuel; repuso al tio Pedro sin alterarse. Dile á tu Madre, que dispuesto estoy. Ya ha tiempo que véo venir este trance, y no pienso mas que en eso; y (añadió en voz baja y fatigada) ¡y en ella!

Manuel salió conmovido enjugándose los ojos,

á pesar de haber visto tanta sangre y tantas agonías en su carrera militar; ¡tan cierto es, que el alma más estóica se ablanda á vista de la muerte, cuando no se fuerza al hombre á considerarla como un átomo lanzado en el insondable abismo, que abren á tantos miles el orgullo y la ambicion de los que sin autoridad, sin derecho ni razon, han querido imponer al mundo su personalidad ó sus idéas!

Al dia siguiente reinaba uno de aquellos violentos, ruidosos y animados temporales que consigo trae el equinoccio. Oíase el viento soplar en diferentes tonos, como una hidra cuyas siete cabezas estuviesen silbando á un tiempo.

Estrellábase contra la cabaña, que crujía siniestramente: oíase este invisible elemento, lúgubre entre las bóvedas sonoras de las altas ruinas del fuerte; violento entre las agitadas ramas de los pinos; plañidero entre las atormentadas cañas del navazo; y se desvanecia gimiendo en la dehesa, como se disipa la sombra gradualmente en un paisaje.

La mar agitaba las olas de su seno, con la ira y violencia con que sacude una Furia las sierpes de su cabellera. Las nubes, cual las Danáides, se relevaban sin cesar, vertiendo cada cuál su contingente, que caia á raudales sobre las ramas, que se tronchaban, abriendo sus corrientes hondos surcos en la tierra. Todo se estremecía, temblaba ó se

quejaba. El sol habia huido, y el triste color del dia era uniforme y sombrío como el de una mortaja.

Aunque la cabaña estaba resguardada por la peña, la tempestad habia arrebatado parte de su techo durante la noche. Para impedir su total destruccion, Manuel, ayudado por Momo, lo habia sujetado con el peso de algunos cantos traidos de las ruinas.—Ya que no quieras albergar mas á tu dueño, le decia Manuel, aguarda al ménos á que muera, para hundirte.

Si alguna otra mirada que la de Dios, hubiera podido llegar á aquel desierto, cruzando la tempestad que lo azotaba, habria descubierto una cuadrilla de hombres, que caminaban en direccion paralela al mar, arrostrando los furores del temporal, envueltos en sus capas, en actitud recogida y silenciosa, los cuerpos inclinados hácia adelante, y las cabezas bajas. Seguíalos grave y mesuradamente un anciano, cruzados los brazos sobre el pecho á la manera de los orientales, precedido por un muchacho que agitaba de cuando en cuando una campanilla. Se oia por intervalos, y á pesar de las ráfagas del huracán, la voz tranquila y sonora del anciano, que decia: *Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam.* El coro de hombres respondia: *Et secundum multitudinem miserationum tuarum, de le iniquitatem meam.*

Penetrábalos la lluvia, azotábalos el viento; y

ellos seguian impávidos en su marcha grave y uniforme.

Esta comitiva se componia del Cura y de algunos católicos piadosos, hermanos de la cofradía del Santísimo Sacramento, que presididos por Manuel, iban á llevar á un cristiano moribundo, con los últimos Sacramentos, los últimos consuelos del cristiano.

Nada podia, como lo que acabamos de describir, dar realce y vida á esta verdad moral: que en medio del tumulto y de las borrascas de las malas pasiones, la voz de la religion se deja oir por intervalos, grave y poderosa, suave y firme, aun á aquellos mismos que la olvidan y la reniegan.

El Cura entró en el cuarto del enfermo.

Los niños que habían acudido, recitaban estos versos, que aprendieron al mismo tiempo que aprendieron á hablar.

Jesucristo vá á salir.
Yó por Dios quiero morir,
Porque Dios murió por mí.

Los ángeles cantan,
Todo el mundo adora,
Al Dios tan piadoso
Que sale á estas horas.

Aquella pobre morada se habia aseado y dispuesto con esmero y decencia, gracias á los cuidados de la tia María y del hermano Gabriel. Sobre

una mesa se habia colocado un Crucifijo con luces y flores; porque las luces y los perfumes son los homenajes externos que se tributan á Dios. La cama estaba limpia y primorosa.

Concluida la ceremonia, nadie quedó con el enfermo, sino el Cura, la buena tia María y Fr. Gabriel. Tio Pedro yacía tranquilo. Al cabo de algun tiempo abrió los ojos, y dijo:

—¿No ha venido?

—Tio Pedro, respondió la tia María, miéntras corrian por sus arrugadas mejillas dos lágrimas que no alcanzaba á ver el enfermo:—hay mucho trecho de aquí á Madrid. Ha escrito que iba á ponerse en camino, y pronto la verémos llegar.

Santaló volvió á caer en su letargo. Una hora despues recobró el sentido, y fijando sus miradas en la tia María, le dijo:

—Tia María, he pedido á mi divino Salvador, que se ha dignado venir á mí, que me perdone, que la haga feliz, y que le pague á Vd. cuanto por nosotros ha hecho.

Despues se desmayó; volvió en sí, abrió los ojos que ya cristalizaba la muerte, y pronunció con acento ininteligible estas palabras:

—¡No ha venido!!

En seguida dejó caer la cabeza en la almohada, y exclamó en voz alta y firme:

—Misericordia, Señor.

—Rezad el Credo, dijo el Cura tomando entre sus

manos las del moribundo, y acercándose á su oido, para hacer llegar á su inteligencia algunas palabras de Fé, Esperanza y Caridad, enmedio del entorpecimiento creciente de sus sentidos.

La tia María y el hermano Gabriel se postraron.

Los católicos conservan á la muerte todo el respeto solemne que Dios le ha dado, adoptándola Él mismo como sacrificio de expiacion.

Reinaban un silencio y una calma llena de magestad, en aquel humilde recinto donde acababa de penetrar la muerte.

Fuera, seguia desencadenada y rugiente la tempestad.

Adentro todo era reposo y paz. Porque Dios despoja á la muerte de sus horrores y de sus inquietudes, cuando el alma se exhala hácia el cielo al grito de ¡misericordia!, rodeada de corazones fervorosos, que repiten en la tierra: «¡misericordia, misericordia!»

CAPITULO XI.

El mundo es un compuesto de contrastes. No es muy nueva, ni muy original esta observacion; pero cada dia se nos presentan á la vista la aurora y el ocaso, y cada vez nos sorprenden y admiran, á pesar de su repeticion.

Así es, que miéntras el pobre pescador ofrecia á sus humildes y piadosos amigos el grande y augusto espectáculo de la santa muerte del cristiano, su hija daba al público de Madrid, frenéticamente entusiasmado, el de una *prima donna* sin una gota de sangre italiana en las venas, y que eclipsaba ya en el ejercicio de su arte al mismo gran Tenorini. Habia lo bastante con esto para restablecer el antiguo y noble orgullo de los tiempos de Cárlos III; para libertarnos por siempre jamás amén de

la rabia y comezon de imitar, recobrando nuestra inmaculada y pura nacionalidad; en fin, habia lo bastante para decir al monumento del Dos de Mayo, á la estátua de Felipe IV y á la de Cervantes: «Humilláos, sombras ilustres, que aquí viene quien sobrepuja vuestra grandeza y vuestra gloria.» No faltaron entusiastas que pensasen acudir á la Reina, para que se dignase ennoblecer á María, dándole un escudo de armas, cuyo lema, imitando el de los Duques de Veragua, en lugar de: A CASTILLA Y Á LEON, NUEVO MUNDO DIÓ COLON, dijese: A ALTA Y BAJA ANDALUCIA, NUEVA GLORIA DIÓ MARÍA. En fin, tal era la impresion hecha por la cantatriz en el público de Madrid, que ya no se escribia en las oficinas, ni se estudiaba en los colegios: hasta los fumadores se olvidaban de acudir al estanco. La fábrica de tabacos se estremeció de indignacion en sus cimientos, á pesar de que, como es público y notorio, son tan profundos, que llegan hasta América.

Todo el entusiasmo que hemos procurado bosquejar sin haberlo conseguido, se manifestaba una noche á la puerta del teatro, en un grupo de jóvenes, que se esforzaban en comunicárselo á dos extranjeros recienvenidos. Aquellos inteligentes no solo encomiaron, examinaron y analizaron la calidad del órgano, la flexibilidad de garganta, y todo lo que hacía tan sobresaliente el canto de María, sino que tambien pasaron revista de inspeccion á

sus prendas personales. Otro jóven, embozado hasta los ojos en su capa, estaba cerca de aquel grupo, y se mantenia inmóvil y callado; pero cuando se trató de las dotes físicas, dió colérico con el pié un golpe en el suelo.

—Apuesto cien guinéas, Vizconde de Fadièse, (*fá sostenido*), decia nuestro amigo Sir John Burnwood, (que no habiendo obtenido licencia para llevarse el Alcázar, pensaba en renovar la misma demanda con respecto al Escorial), apuesto á que esta mujer hará mas ruido en Francia que Mad. Laffarge; en Inglaterra, que Tom Pouce, y en Italia que Rossini.

—No lo dudo, Sir John, respondió el Vizconde.

—¡Qué ojos tan árabes! añadió el jóven D. Celestino Armonía. ¡Qué cintura tan esbelta! En cuanto á los pies, no se vén, pero se sospechan; en cuanto al cabello, la Magdalena se lo envidiaría.

—Estoy impaciente por ver y oir ese portento, exclamó con exaltacion el Vizconde, el cual siempre estaba, como lo indicaba su nombre, montado medio tono mas alto que todos los demás Vizcondes. Preparémos los anteojos, y entremos.

Entretanto el jóven embozado habia desaparecido.

María, en traje de Semíramis, estaba preparada para salir á la escena. Rodeábanla algunas personas.

El embozado, que no era otro que Pepe Vera,

entró á la sazon, se aproximó á ella, y sin que nadie lo oyese, le dijo al oido:

—No quiero que cantes:—y siguió adelante con impasible aire de indiferencia.

María se puso pálida de sorpresa, y enrojeció de indignacion en seguida.

—Vamos, dijo á su doncella; Marina, ajusta bien los pliegues del vestido. Van á empezar: (y añadió en voz alta para que lo oyese Pepe Vera, que se iba alejando): —con el público no se juega.

—Señora, le dijo uno de los empleados, ¿puedo mandar que alcen el telon?

—Estoy lista, respondió.

Pero, no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando lanzó un grito agudo.

Pepe Vera habia pasado por detrás, y cogiéndole el brazo con fuerza brutal, habia repetido:

—No quiero que cantes.

Vencida por el dolor, María se habia arrojado en una silla llorando. Pepe Vera habia desaparecido.

—¿Qué tiene? ¿Qué ha sucedido? preguntaban todos los presentes.

—Me ha dado un dolor, respondió María llorando.

—¿Qué teneis, Señora? preguntó el Director, á quien habian dado aviso de lo que pasaba.

—No es nada, contestó María, levantándose y enjugándose las lágrimas. Ya pasó; estoy pronta. Vamos.

En este momento, Pepe Vera, pálido como un cadáver, y ardiéndole los ojos como dos hornillos, vino á interponerse entre el Director y María.

—Es una crueldad, dijo con mucha calma, sacar á las tablas á una criatura que no puede tenerse en pié.

—¡Pero qué! Señora, exclamó el Director, ¿estais enferma? ¿Desde cuándo? Hace un momento que os he visto tan rozagante, tan alegre, tan animada!

María iba á responder, pero bajó los ojos, y no desplegó los lábios. Las miradas terribles de Pepe Vera la fascinaban, como fascinan al ave las de la serpiente.

—¿Porqué no ha de decirse la verdad? continuó Pepe Vera sin alterarse. ¿Porqué no habeis de confesar que no os hallais en estado de cantar? ¿Es pecado por ventura? ¿Sois esclava, para que os arrastren á hacer lo que no podeis?

Entretanto el público se impacientaba. El Director no sabia qué hacer. La autoridad envió á saber la causa de aquel retardo; y mientras el Director explicaba lo ocurrido, Pepe Vera se llevaba á María, bajo el pretexto de necesitar asistencia, agarrándola por el puño con tanta fuerza que parecia romperle los huesos, y diciéndola con voz ahogada, pero firme:

—¡Caramba! ¿No basta decir que no quiero?

Cuando estuvieron solos en el cuarto que servia de vestuario á María, estalló la cólera de ésta.

—Eres un insolente, un infame, exclamó con voz sofocada por la ira. ¿Qué derecho tienes para tratarme de esta suerte?

—El quererte, respondió Pepe Vera, con flema.

—Maldito sea tu querer, dijo María.

Pepe Vera se echó á reir.

—¡Lo dices eso, como si pudieras vivir sin él! dijo volviendo á reir.

—Véte, vete! exclamó María, y no vuelvas jamás á ponérteme delante.

—Hasta que me llames.

—¡Yo á tí! Ántes llamaria al demonio.

—Eso puedes hacer; que no tendré celos.

—¡Véte, marcha al instante, déjame!

—Concedido, dijo el torero: de hilo me voy en casa de Lucía del Salto.—María estaba celosísima de aquella muger, que era una bailarina á quien Pepe Vera cortejaba antes de conocer á María.

—¡Pepe! ¡Pepe! gritó María, ¡villano! ¡La perfidia despues de la insolencia!

—Aquella, dijo Pepe Vera, no hace mas que lo que yo quiero. Tú eres demasiado Señorona para mí. Con qué.... si quieres que hagamos buenas migas, se han de hacer las cosas á mi modo. Para mandar tú y no obedecer, ahí tienes á tus Duques, á tus Embajadores, á tus desaboridas y achacosas Excelencias.

Dijo y echó á andar hácia la puerta.

—¡Pepe! ¡Pepe! gritó María, desgarrando su pañuelo entre sus dedos engarrotados.

—Llama al demonio, le respondió irónicamente Pepe Vera.

—¡Pepe! ¡Pepe! tén presente lo que voy á decirte. Si te vás con la Lucía, me dejo enamorar por el Duque.

—¿A que no te atreves? respondió Pepe, dando algunos pasos atrás.

—¡A todo me atrevo yo por vengarme!

Pepe se quedó plantado delante de María, con los brazos cruzados, y los ojos fijos en ella.

María sostuvo sin alterarse, aquellas miradas penetrantes como dardos.

Aquellos amores parecian mas bien de tigres que de seres humanos. ¡Y tales son, sin embargo, los que la literatura moderna suele atribuir á distinguidos caballeros y á damas elegantes!

En aquel corto instante, aquellas dos naturalezas se sondearon recíprocamente, y conocieron que eran del mismo temple y fuerza. Era preciso romper, ó suspender la lucha. Por mútuo consentimiento, cada cual renunció el triunfo.

—Vamos, Maruja, dijo Pepe Vera, que era realmente el culpable. Seamos amigos, y pelillos á la mar. No iré en casa de Lucía: pero en cambio, y para estar seguros uno de otro, me vas á esconder esta noche en tu casa, de modo que pueda ser testigo de la visita del Duque, y convencerme por mí mismo, de que no me engañas.

—No puede ser, respondió altiva María.

—Pues bien, dijo Pepe, ya sabes donde voy en saliendo de aqui.

—Infame! contestó María apretando los puños con rabia, me pones entre la espada y la pared.

Una hora despues de esta escena, María estaba medio recostada en un sofá; el Duque sentado cerca de ella; Stein en pie, tenia en sus manos las de su mujer, observando el estado del pulso.

—No es nada, María, dijo Stein. No es nada, señor Duque: un ataque de nervios que ya ha pasado. El pulso está perfectamente tranquilo. Reposo, María, reposo. Te matas á fuerza de trabajo. Hace algun tiempo que tus nervios se irritan de un modo extraordinario. Tu sistema nervioso se resiente del impulso que dás á los papeles. No tengo la menor inquietud, y así me voy á velar un enfermo grave. Toma el calmante que voy á recetar; cuando te acuestes, una horchata, y por la mañana leche de burra;—y dirigiéndose al Duque,—mi obligacion me fuerza, mal que me pese, á ausentarme, Señor Duque.

Y volviendo á recomendar á su mujer el sosiego y el reposo, Stein se retiró, haciendo al Duque un profundo saludo.

El Duque, sentado en frente de María, la miró largo tiempo.

Ella parecia extraordinariamente aburrida.

—¿Estais cansada, María? dijo aquel con la suavidad que solo el amor puede dar á la voz humana.

—Estoy descansando, respondió.

—¿Quereis que me vaya?

—Si os acomoda....

—Al contrario, me disgustaría mucho.

—Pues, entónces, quedáos.

—María, dijo el Duque despues de algunos instantes de silencio, y sacando un papel del bolsillo; cuando no puedo hablaros, canto vuestras alabanzas. Hé aquí unos versos que he compuesto anoche; porque de noche, María, sueño sin dormir. El sueño ha huido de mis ojos, desde que la paz ha huido de mi corazon. Perdon, perdon, María, si estas palabras que rebosan de mi corazon, ofenden la inocencia de vuestros sentimientos, tan puros como vuestra voz. Tambien he padecido yo, cuando padecíais vos.

—Ya veis, repuso ella bostezando, que no ha sido cosa de cuidado.

—¿Quereis, María, le preguntó el Duque, que os lea los versos?

—Bien, respondió friamente María.

El Duque leyó una linda composicion.

—Son muy hermosos, dijo María algo mas animada: ¿van á salir en *El Heraldo*?

—¿Lo deseais? preguntó el Duque suspirando.

—Creo que lo merecen, contestó María.

El Duque calló apoyando su cabeza en sus manos.

Cuando la levantó vió en los ojos de María, fijos

en la puerta de cristales de su alcoba, un vivo rayo, inmediatamente apagado. Volvió la cara hácia aquel lado: pero no vió nada.

El Duque, en su distraccion, habia hecho un rollo del papel en que estaban escritos sus versos, que María no habia reclamado.

—¿Vais á hacer un cigarro con el soneto? preguntó María.

—Al ménos, así serviria para algo, respondió el Duque.

—Dádmelos, y los guardaré, dijo María.

El Duque puso en el papel enrollado una magnífica sortija de brillantes.

—¡Qué! dijo María, ¿la sortija tambien?

Y se la puso en el dedo, dejando caer al suelo el papel.

—¡Ah! pensó entonces el Duque: ¡no tiene corazon para el amor, ni alma para la poesía! ¡ni aun parece que tiene sangre para la vida! Y sin embargo, el cielo está en su sonrisa; el infierno en sus ojos; y todo lo que el cielo y la tierra contienen, en los acentos de su soberana voz.

El Duque se levantó.

—Descansad, María, le dijo. Reposad tranquila en la venturosa paz de vuestra alma, sin que la importune la idéa de que otros velan y padecen.

CAPITULO XII.

Apénas cerró el Duque la puerta, cuando Pepe Vera salió por la de la alcoba, riéndose á carcajadas.

—¿Quieres callar? le dijo María haciendo reflejar los rayos de la luz en el solitario que el Duque acababa de regalarle.

—No, respondió el torero, porque me ahogaria la risa. Ya no estoy celoso, Mariquita. Tantos celos tengo como el sultan en su serrallo. ¡Pobre muger! ¿Qué seria de tí, con un marido que te enamora con recetas, y un cortejo que te obsequia con coplas, sino tuvieras quien supiera camelarte con zandunga? Ahora que el uno se ha ido á *soñar despierto*, y el otro á *velar dormido*, vámonos tú y yo á cenar con la gente alegre, que aguardándonos está.

—No, Pepe. No me siento buena. El sofocon que he tomado, el frio que hacía al salir del teatro, me han cortado el cuerpo. Tengo escalofrios.

—Tus dengues de Princesa, dijo Pepe Vera. Vente conmigo. Una buena cena te sentará mejor que no esa zonzona horchata, y un par de vasos de buen vino, te harán mas provecho que la asquerosa leche de burra: vamos, vamos.

—No voy, que hace un Norte de Guadarrama, de esos que no apagan una luz, y matan á un cristiano.

—Pues bien, dijo Pepe, si esa es tu voluntad, y quieres curarte en salud, buenas noches.

—¡Cómo! exclamó María. ¿Te vas á cenar y me dejas? ¿Me dejas sola y mala como lo estoy, por tu causa?

—¡Pues qué! replicó el torero, ¿quiéres que yo tambien me ponga á dieta? Eso no, morena. Me aguardan y me largo. Buen rato te pierdes.

María se levantó con un movimiento de coraje, dejó caer una silla, salió del cuarto cerrando la puerta con estrépito, y volvió en breve, vestida de negro, cubierta de una mantilla cuyo velo le ocultaba el rostro, y envuelta en un pañolon, y salieron los dos juntos.

Muy entrada la noche, al volver Stein á su casa el criado le entregó una carta. Cuando estuvo en su cuarto, la abrió. Su contenido y su ortografía eran como sigue:

«Señor dotor.

«No creha V. que esta es una carta nónima: yo hago las cosas claras; comienzo por decirle mi nombre, que es Lucía del Salto; me parece que es nombre bastante conocido.

«Señor marío de la Santaló, es menester ser tan bueno ó tan bolo como V. lo es, para no caher en la qüenta de que su muger de V. esta mal entretenía por Pepe Vera, que era mi novio, que yo lo puedo decir, por que no soy casada y á nadie engaño. Si V. quiere que se le caigan las cataratas, vaya V. esta noche á la calle de*** número 13, y alli ará V. como santo Tomas.»

—¡Puede darse una infamia semejante! exclamó Stein, dejando caer la carta al suelo. Mi pobre María tiene envidiosos, y sin duda son mujeres de teatro. ¡Pobre María! enferma, y quizás durmiendo ahora sosegadamente. Pero veamos si su sueño es tranquilo. Anoche no estaba bien. Tenia el pulso agitado, y la voz tomada. ¡Hay tantas pulmonías ahora en Madrid!

Stein tomó una luz, salió de su cuarto, pasó á la sala, por la cual comunicaba con la alcoba de su mujer, entró en ella, pisando con las puntas de los pies, se acercó á la cama, entreabrió las cortinas... no habia nadie!

En un ser tan íntegro, tan confiado como Stein, no era fácil que penetrase de pronto y sin combate, la conviccion de tan infame engaño.

—No, dijo despues de algunos instantes de reflexion. No es posible! Debe haber alguna causa, algun motivo imprevisto.

—Sin embargo, continuó despues de otra pausa; es preciso que no me quede nada sobre el corazon. Es preciso que yo pueda responder á la calumnia, no solo con el desprecio, sino con un solemne mentís y con pruebas positivas.

Con el auxilio de los serenos, Stein pudo hallar fácilmente el lugar indicado en la carta.

La casa indicada no tenia portero: la puerta de la calle, estaba abierta. Stein entró, subió un tramo de la escalera, y al llegar al primer descanso, no supo donde dirigirse.

Debilitado el primer ímpetu de su resolucion, empezó á avergonzarse de lo que hacia. Espiar, decia, es una bajeza. Si María supiera lo que estoy haciendo, se resentiria amargamente, y tendria razon. ¡Dios mio! ¿sospechar á la persona que amamos, no es crear la primera nube en el puro cielo del amor? ¡yo espiar! ¿á esto me ha rebajado el despreciable escrito de una mujer mas despreciable aun?

Vuélvome. Mañana le preguntaré á María cuánto saber déseo, que este medio es el debido, el natural y el honrado. Alto allá, corazon mio; limpia mi pensamiento de sospechas, como limpia el sol la atmósfera de negras sombras.

Stein lanzó un profundo suspiro, que parecia

estarle ahogando, y pasó su pañuelo por su húmeda frente. ¡Oh! exclamó ¡la sospecha, que créa la idéa de la posibilidad del engaño que no existia en nuestra alma! ¡oh! la infame sospecha, hija de malos instintos ó de peores insinuaciones, por un momento este mónstruo ha envilecido mi alma, y ya para siempre tendré que sonrojarme ante María!

En aquel instante se abrió una puerta que daba al descanso en que se habia parado Stein, y dió salida á un rumor de vasos, de cantos y de risas: una criada que salía de adentro sacando botellas vacias, se hizo atrás, para dejar pasar á Stein, cuyo aspecto y traje le inspiraron respeto.

—Pasad adelante, le dijo; aunque venís tarde, porque ya han cenado; y siguió su camino.

Stein se hallaba en una pequeña antesala. Estaba abierta una puerta que daba á una sala contigua. Stein se acercó á ella. Apenas habian echado sus ojos una mirada á lo interior de aquella pieza, cuando quedó inmóvil y como petrificado.

Si todos los sentimientos que elevan y ennoblecen el alma, cegaban al Duque, todos los impulsos buenos y puros del corazon, cegaban á Stein con respecto á María. ¡Cuál seria, pues, su asombro al verla sin mantilla, sentada á la mesa en un taburete, teniendo á sus pies una silla baja, en que estaba Pepe Vera, que tenia una guitarra en la mano y cantaba:

Una muger andaluza
Tiene en sus ojos el sol;
Una aurora en su sonrisa,
Y el Paraiso en su amor.

¡Bien, bien, Pepe! gritaron los otros comensales. Ahora le toca cantar á Marisalada. Que cante Marisalada. Nosotros no somos gente de levita ni de paletós; pero tenemos oidos como los tienen ellos; que en punto á orejas, no hay pobres ni ricos. Ande Vd. Mariquita, cante Vd. para sus paisanos que lo entienden; que las gentes de bandas y cruces no saben jalear sino en frances.

María tomó la guitarra que Pepe Vera le presentó de rodillas, y cantó:

Mas quiero un jaléo pobre,
Y unos pimientos asados,
Que no tener un usía
Desaborïo á mi lado.

A esta copla respondió un torbellino de aplausos, vivas y requiebros, que hicieron retemblar las vidrieras.

Stein se puso rojo como la grana, ménos de indignacion, que de vergüenza.

—Sobre que ese Pepe Vera nació de pié, dijo uno de sus compañeros.

—¡Tiene mas suerte que quiere!

—Cómo que hoy por hoy, no la cambio por un Imperio, repuso el torero.

—¿Pero qué dice á eso el marido? preguntó un picador, que contaba mas años que todos los demas de la cuadrilla.

—¿El marido? respondió el torero: no conozco á su mercé sino para servirlo. Pepe Vera no se las aviene sino con toros bravos.

Stein habia desaparecido.

CAPITULO XIII.

El dia siguiente al de los sucesos referidos en el capítulo que precede, el Duque estaba sentado en su librería en frente de su carpeta. Tenia en la mano la pluma inmóvil y derecha, semejante á un soldado de ordenanza que no aguarda más que una órden para ponerse en movimiento.

Abrióse lentamente la puerta, por la que se vió aparecer la hermosa cabeza de un niño de seis años, casi sumergida en una profusion de rizos negros.

—Papá Cárlos, dijo; ¿estáis solo? ¿Puedo entrar?

—¿Desde cuándo, Angel mio, respondió, el Padre, necesitas tú licencia para entrar en mi cuarto?

—Desde que no me quereis tanto como ántes, respondió el niño apoyándose en las rodillas de su Padre. Y eso que soy bueno: estudio bien con D. Fe-

derico, como me lo habeis mandado, y en prueba de ello voy á hablar en aleman.

—¿De veras? dijo el Duque tomando á su hijo en brazos.

—De veras: escucha. *Gott segne meinen guten Vater*; que quiere decir: Dios bendiga á mi buen Padre.

El Duque estrechó entre sus brazos á la hermosa criatura, la cual poniendo sus manecitas en los hombros de su Padre, y echándose atrás añadió:

—*Und meine liebe mutter*, que quiere decir; y á mi querida madre.—Ahora, dadme un beso, prosiguió el niño echándose al cuello del Duque.

—Pero, dijo de repente, se me olvidaba que traigo un recado de D. Federico.

—¿De D. Federico? preguntó el Duque con extrañeza.

—Dice que quisiera hablaros.

—Que entre, que entre. Ve á decírselo, hijo mio, Su tiempo es precioso, y no debe perderlo.

El Duque guardó el papel en que habia trazado algunos reglones, y Stein entró.

—Señor Duque, le dijo, voy á causaros una gran sorpresa, porque vengo á tomar vuestras órdenes, á daros gracias por tantas bondades, y á anunciaros mi inmediata partida.

—¡Partir! exclamó el Duque, con la expresion de la más viva sorpresa.

—Si, señor, sin demora.

—¿Sin demora? ¿Y María?

—María no viene conmigo.

—Vamos, D. Federico, os chanceais. No puede ser.

—Lo que no puede ser, señor Duque, es que yo permanezca aqui.

—¿La razon?

—¡Ah! no me la pregunteis; porque no puedo decirla.

—No puedo concebir una sola, dijo el Duque, que sea bastante á justificar semejante locura,

—Bien imperiosa debe de ser, respondió Stein, la que me pone en el caso de tomar este partido extremo.

—Pero..... amigo Stein, ¿qué razon es esa?

—Debo callarla, señor.

—¿Qué debeis callarla? exclamó el Duque, cada vez más atónito.

—Así lo créo, dijo Stein; y este deber me priva del único consuelo que me quedaba, el de poder desahogar mi corazon en el del noble y generoso mortal que me abrió su mano poderosa, y se dignó llamarme su amigo.

—¿Y á donde vais?

—A América.

—Eso es imposible, Stein; lo repito; ¡es imposible! exclamó el Duque, levantándose en un estado de agitacion que crecia por momentos. Nada puede haber en el mundo que os obligue á abandonar vues-

tra mujer, á separaros de vuestros amigos, á desertar de vuestro empléo, y á dejar plantada vuestra clientela, como podria hacerlo un tarambana. ¿Teneis ambicion? ¿Os han prometido mayores ventajas en América?

Stein sonrió amargamente.

—¡Ventajas, Señor Duque! ¿No ha sobrepujado la fortuna todas las esperanzas que pudo haber soñado vuestro pobre compañero de viaje?

—Me confundís, dijo el Duque. ¿Es capricho? ¿Es un rapto de locura?

Stein callaba.

—De todos modos, añadió el Duque, es una ingratitud.

Al oir esta palabra cruel y tierna al mismo tiempo, Stein se cubrió el rostro con las manos, y su dolor largo rato comprimido estalló en hondos sollozos.

El Duque se acercó á él, le tomó la mano, y le dijo:

—No hay indiscrecion en desahogar sus penas en el corazon de un amigo, ni puede existir deber alguno que prohiba á un hombre recibir los consejos de las personas que se interesan en su bienestar, particularmente en las circunstancias graves de la vida. Hablad, Stein. Abridme vuestro corazon. Estais harto agitado para obrar á sangre fria; vuestra razon está demasiado ofuscada, para poder aconsejar cuerdamente. Sentémonos en este divan.

Abandonáos á mis consejos en una circunstancia que parece de trascendencia, como yo me abandonaria á los vuestros, si me hallára en el mismo caso.

Stein se dió por vencido: sentóse cerca del Duque, y los dos quedaron por algun tiempo en silencio. Stein parecía ocupado en buscar el modo de hacer la declaracion que exigia la amistad del Duque. Por fin, levantando pausadamente la cabeza.

—Señor Duque, le dijo, ¿qué haríais si la señora Duquesa os prefiriese otro hombre?... ¿si os fuera infiel?

El Duque se puso en pie de un salto, erguida la frente, y mirando severamente á su interlocutor.

—Señor Doctor, esa pregunta.....

—Respondedme, respondedme, dijo Stein, cruzando las manos en actitud de un hombre profundamente angustiado.

—¡Por Cristo Santo! dijo el Duque, ¡ambos moririan á mis manos!

Stein bajo la cabeza.

—Yo no los mataré, dijo; pero me dejaré morir!

El Duque empezó entónces á columbrar la verdad. y un temblor que no pudo contener, recorrió sus miembros.

—¡María!... exclamó al fin,

—María, respondió Stein sin levantar la frente, como si la infamia de su mujer fuese un peso que se la oprimiera.

—¡Y la habeis sorprendido! dijo el Duque, pu-

diendo apénas pronunciar estas palabras, con una voz que la indignacion ahogaba.

—En una verdadera orgía, respondió Stein, tan licenciosa como grosera, en que el vino y el tabaco servían de perfumes, y en que el torero Pepe Vera, se jactaba de ser su amante. ¡Ah María, María! prosiguió, cubriéndose el rostro con las manos.

El Duque, que como todos los hombres serenos tenia un gran imperio sobre sí mismo, dió algunas vueltas por el aposento. Parándose despues delante de su pobre amigo, le dijo:

—Partid, Stein.

Stein se levantó; apretó entre sus manos las del Duque: quiso hablar, y no pudo!

El Duque le abrió sus brazos.

—Valor, Stein, le dijo; y hasta la vista.

—Adios, y... para siempre! murmuró Stein, arrojándose fuera del cuarto.

Cuando el Duque estuvo solo, se paseó largo rato. A medida que se calmaba la agitacion producida por la terrible sorpresa que se habia apoderado de su alma al oir la revelacion de Stein, se iba asomando á sus labios la sonrisa del desprecio. El Duque no era uno de esos hombres de torpes inclinaciones, estragados y vulgares, para los cuales los desórdenes de la mujer, léjos de ser motivo de desvío y repugnancia, sirven de estimulante á sus toscos apetitos. En su temple elevado, altivo, recto y noble, no podian albergarse juntos el amor y el

desprecio; los sentimientos mas delicados, al lado de los mas abyectos.

El desprecio iba, pues, sofocando en su corazon todo afecto, como la nieve apaga la llama del holocáusto en el altar en que arde. Ya no existía para él la mujer á quien habia cantado en sus versos, y que en sus sueños le habia seducido.

—¡Y yo, decía, yo que la adoraba, como se adora á un ser ideal; que la honraba como se honra á la virtud; que la respetaba, como debe respetarse á la mujer de un amigo!... ¡Y yo, que enteramente absorto en ella, me alejaba de la noble mujer, que fué mi primero, mi único amor!... ¡la casta, la pura Madre de mis hijos! ¡mi Leonor, que todo lo ha sobrellevado en silencio, y sin quejarse!

Por un movimiento repentino, y cediendo al influjo poderoso de sus últimas reflexiones, el Duque salió de su gabinete, y se encaminó á las habitaciones de su mujer. Entró en ellas por una puerta secreta. Al aproximarse á la pieza en que la Duquesa solía pasar el dia, oyó hablar y pronunciar su nombre. Entónces se detuvo.

—¿Con que se ha hecho invisible el Duque? decía una voz agridulce. Hace quince dias que he llegado á Madrid, y no solo no se ha dignado venir á verme mi querido sobrino, sino que no le he visto en ninguna parte.

—Tia, respondió la Duquesa, puede ser que no sepa vuestra llegada.

—¡No saber que la Marquesa de Gutibamba ha llegado á Madrid! No es posible, sobrina. Sería la única persona de la córte que lo ignorase. Además, me parece que has tenido sobrado tiempo para decírselo.

—Es verdad, Tia: soy culpable de ese olvido.

—Pero no hay que extrañarlo, continuó la voz agridulce. ¿Cómo ha de gustar de mi sociedad, ni de las personas de su clase, cuando todo el mundo dice que no trata mas que con cómicas?

—Es falso, respondió con sequedad la Duquesa.

—Ó eres ciega, digo la Marquesa exasperada, ó eres consentidora.

—Lo que no consentiré jamás, dijo la Duquesa, es que la calumnia venga á hostilizar á mi marido, aquí, en su misma casa, y á los oidos de su mujer.

—Mejor harías, continuó la voz, perdiendo mucho en lo dulce y ganando mucho en lo ágrio, en impedir que tu marido diese lugar á lo mucho que se habla en Madrid sobre su conducta, que en defenderlo, alejando de aquí á todos tus amigos, con esas asperezas y repulsivas sentencias, que sin duda tienes prevenidas por órden de tu confesor.

—Tia, respondió la Duquesa, mejor haríais en consultar al vuestro, sobre el lenguaje que ha de usarse con una mujer casada, sobrina vuestra.

—Bien está, dijo la Gutibamba; tu carácter austero, reservado y metido en tí, te priva ya del co-

razon de tu marido, y acabará por alejar de tí á todos tus amigos.

Y la Marquesa salió muy satisfecha de su peroracion.

Leonor se quedó sentada en su sofá, inclinada la cabeza, y humedecido su hermoso y pálido rostro con las lágrimas que por largo tiempo habia logrado contener.

De repente se volvió dando un grito. Estaba en los brazos de su marido. Entónces estallaron sus sollozos; pero sus lágrimas eran dulces. Leonor conocía que aquel hombre, siempre franco y leal, al volver á ella, le restituía un corazon, y un amor sincero que ya nadie le disputaba.

—¡Leonor mía! ¿Querrás y podrás perdonarme? dijo, dejándose caer de rodillas ante su mujer.

Esta selló con sus lindas manos los labios de su marido.

—¿Vás á echar á perder lo presente con el recuerdo de lo pasado? le dijo.

—Quiero, dijo el Duque, que sepas mis faltas, juzgadas por el mundo con demasiada severidad, mi justificacion y mi arrepentimiento.

—Hagamos un pacto, dijo la Duquesa interrumpiéndole. No me hables nunca de tus faltas, y yo no te hablaré nunca de mis penas.

En este momento entró Angel corriendo. El Duque y la Duquesa se separaron por un movimiento pronto y simultáneo; porque en España, en donde

el lenguaje es libre por demás, delante de los niños y los jóvenes, hay una extremada reserva en las acciones.

—¿Llora Mamá? ¿llora Mamá? gritó el niño, poniéndose colorado, y llenándosele los ojos de lágrimas. ¿La habeis reñido, Papá Cárlos?

—No, hijo mio, respondió la Duquesa. Lloro de alegría.

—¿Y porqué? preguntó el niño, en cuyo rostro la sonrisa habia sucedido inmediatamente á las lágrimas.

—Porque mañana sin falta, respondió el Duque, tomándole en brazos y acercándose á su mujer, salimos todos para nuestras posesiones de Andalucía, que tu Madre desea ver, y allí serémos felices, como los ángeles en el Cielo.

El niño lanzó un grito de alegría, enlazó con un brazo el cuello de su Padre, y con el otro el de su Madre, acercando sus cabezas, y cubriéndolas sucesivamente de besos.

En aquel instante se abrió la puerta, y dió entrada al Marqués de Elda.

—Papá Marqués, gritó su nieto, mañana nos vamos todos.

—¿De veras? preguntó el Marqués á su hija.

—Sí, Padre, respondió la Duquesa; y una sola cosa falta á mi contento, y es que querais acompañarnos.

—Padre, dijo el Duque, ¿podeis negar algo á

vuestra hija, que sería una santa, si no fuera un ángel?

El Marqués miró á su hija, en cuyo rostro brillaba un gozo intenso; despues al Duque, que ostentaba la mas pura satisfaccion. Entónces una tierna sonrisa suavizó la austeridad natural de su semblante, y acercándose á su yerno:

—Venga acá esa mano, le dijo; y cuenta conmigo!

CAPITULO XIV.

María, indispuesta desde antes de ir á la cena, había empeorado, y tenía calentura á la mañana siguiente.

—Marina, dijo á su criada, despues de un inquieto y breve sueño, llama á mi marido; que me siento mala.

—El amo no ha vuelto, respondió Marina.

—Habrá estado velando algun enfermo, dijo María. Tanto mejor! Me recetaría una cáfila de cosas y de remedios, y yo los aborrezco.

—Estais muy ronca, dijo Marina.

—Mucho, respondió María, y es preciso cuidarme. Me quedaré hoy en cama, y tomaré un sudorífico. Si viene el Duque, le dirás que estoy dormida. No quiero ver á nadie. Tengo la cabeza loca.

—¿Y si viene alguien por la puerta falsa?

—Si es Pepe Vera, déjale entrar, que tengo que decirle. Echa las persianas, y véte.

Salió la criada, y á los pocos pasos volvió atrás, dándose un golpe en la frente.

—Aquí, dijo, hay una carta que el amo ha dejado á Nicolás para entregárosla.

—Véte á paseo con tu carta, dijo María; aquí no se vé, y además quiero dormir. ¿Qué me dirá? Me indicará el sitio donde le *llama el deber*. —¿Qué se me dá á mí de eso?—Deja la carta sobre la cómoda, y véte de una vez.

Algunos minutos después volvió á entrar Marina.

—¡Otra te pego! gritó su ama.

—Es que el Señor Pepe Vera quiere veros.

—Que entre, dijo María, volviéndose con prontitud.

Entró Pepe Vera, abrió las persianas para que entrase la luz, se echó sobre una silla sin dejar de fumar, y mirando á María, cuyas mejillas encendidas y cuyos ojos hinchados indicaban una séria indisposicion.

—¡Buena estás! le dijo. ¿Qué dirá Poncio Pilatos?

—No está en casa, respondió María cada vez mas ronca.

—Tanto mejor; y quiera Dios que siga andando, como el judío errante, hasta el dia del juicio.—Ahora vengo de ver los toros de la corrida de esta tarde. Ya nos darán que hacer los tales bichos! Hay

uno negro que se llama Medianoche, que ya ha matado un hombre en el encierro.

—¿Quieres asustarme, y ponerme peor de lo que estoy? dijo María. Cierra las persianas, que no puedo aguantar el resplandor.

—¡Tonterías! replicó Pepe Vera: ¡puros remilgos! No está aquí el Duque para temer que te ofenda la luz, ni el *mata-sanos* de tu marido, para temer de que éntre un soplo de aire, y te mate. Aquí huele á patchuli, á algalia, á almizcle, á cuantos potingues hay en la botica. Esas porquerías son las que te hacen daño. Deja que éntre el aire, y que se orée el cuarto, que eso te hará provecho. Dime, prenda ¿irás esta tarde á la corrida?

—¿Acaso estoy capaz de ir? respondió María. Cierra esa ventana, Pepe. No puedo soportar esa luz tan viva, ni ese aire tan frio.

Al decir estas palabras, se levantó él, y abrió de par en par la ventana.

—Y yo, dijo Pepe, no puedo soportar tus dengues. Lo que tienes es, poco mal y bien quejado: á Dios: no parece sino que vas á echar el alma! Pues, Señá de la media almendra, voy á mandar hacerte el ataud, y despues á matar á Medianoche, brindándoselo á Lucía del Salto, que se pondrá poco hueca en gracia de Dios.

—¡Dále con esa mujer! esclamó María, incorporándose con un gesto de rábia. ¿No dicen que se iba con un inglés?

—¿Qué se habia de ir á aquellas tierras, donde no se ve el sol sinó por entre cortinas, y dónde se duerme la gente en pié? dijo el torero.

—Pepe, no eres capaz de hacer lo que dices. ¡Sería una infamia!

—La infamia sería, dijo Pepe Vera, plantándose delante de María con los brazos cruzados, que cuando yo voy á exponer mi vida, en lugar de estar tú allí para animarme con tu presencia, te quedases en tu casa, para recibir al Duque con toda libertad, bajo el pretexto de estar resfriada.

—¡Siempre el mismo tema! dijo María. ¿No te basta haber estado espiando oculto en mi cuarto, para convencerte por tus mismos ojos, de que entre el Duque y yo no hay nada? Sabes que lo que le gusta en mí es la voz, no mi persona. En cuanto á mí, bien sabes.....

—Lo que yo sé, dijo Pepe Vera, es que me tienes miedo! ¡y haces bien, por vida mia! Pero Dios sabe lo que puede suceder, quedándote sola, y segura de que no puedo sorprenderte. No me fio de ninguna muger; ni de mi madre.

—¡Miedo yo! replicó María. ¡Yo!

Pero sin dejarla hablar, Pepe Vera continuó:

—¿Me crees tan ciego qne no vea lo que pasa? ¿No sé yo que le estás haciendo buena cara, porque se te ha puesto en el testuz que ese desaborido de tu marido tenga los honores de cirujano de la Reina, como acabo de saberlo de buena tinta?

—¡Mentira! gritó María con toda su ronquera.

—¡María! ¡María! No es Pepe Vera hombre á quien se dá gato por liebre. Sábete que yo conozco las mañas de los toros bravos, como las de los toros marrajos.

María se echó á llorar.

—Si, dijo Pepe, suelta el trapo, que ese es el *Refugium peccatorum* de las mujeres. Tú te fias del refran: «mujer, llora, y vencerás.»—No, morena: hay otro que dice, «en cojera de perro, y lágrimas de mujer, no hay que creer.» Guarda tus lágrimas para el teatro; que aquí no estamos representando comedias. Mira lo que haces: si juegas falso, peligra la vida de un hombre. Con que, cuenta con lo que haces. Mi amor no es cosa de recetas ni de décimas. Yo no me pago de hipíos, sinó de hechos. En una palabra, si no vás esta tarde á los toros, te ha de pesar.

Diciendo esto, Pepe Vera se salió de la habitacion.

Estaba á la sazon combatido por dos sentimientos de una naturaleza tan poderosa, que se necesitaba un temple de hierro para ocultarlos, como él lo estaba haciendo, bajo la exterioridad mas tranquila, el rostro mas sereno, y la mas natural indiferencia. Habia examinado los toros que debian correrse aquella tarde: jamás habia visto animales mas feroces. Habia concebido preocupacion extraordinaria hácia uno de ellos, achaque que suele ser

comun entre los de su profesion, que se creen salvos y seguros si de aquel libran bien, sin cuidarse de los demás de la corrida.

Además, estaba celoso; ¡celoso él, que no sabia mas que vencer, y recibir aplausos! Le habian dicho que le estaban burlando, y dentro de pocas horas iba á verse entre la vida y la muerte, entre el amor y la traicion. Asi lo creia al ménos.

Cuando salió Pepe Vera de la alcoba de María, ésta desgarró las guarniciones bordadas de las sábanas; riñó ásperamente á Marina, lloró; despues se vistió, mandó recado á una compañera de teatro, y se fué con ella á los toros.

María, temblando con la fiebre y con la agitacion, se colocó en el asiento que Pepe Vera le habia reservado.

El ruido, el calor y la confusion aumentaron la desazon que sentia María. Sus mejillas siempre pálidas, estaban encendidas; un ardor febril animaba sus negros ojos. La rabia, la indignacion, los celos, el orgullo lastimado, la ansiedad, el terror, y el dolor físico se esforzaban en vano por arrancar una queja, un suspiro, de aquella boca tan cerrada y apretada como el sepulcro.

Pepe Vera la vió. En su rostro se bosquejó una sonrisa, que no hizo en María la menor impresion, como si resbalase en su aspecto glacial, debajo del cual su vanidad herida juraba venganza.

El traje de Pepe Vera era semejante al que sacó en la corrida de que en otra parte hemos hecho mencion, con la diferencia de ser el raso verde, y las guarniciones de oro.

Ya se habia lidiado un toro, y lo habia despachado otro primer espada. Habia sido *bueno*: pero no tan bravo como habian creido los inteligentes.

Sonó la trompeta; abrió el toril su ancha y sombría boca, y salió un toro negro á la plaza.

—Ese es Medianoche! gritaba el gentío. Medianoche es el toro de la corrida; como si dijéramos el Rey de la funcion.

Medianoche, sin embargo, no salió de carrera, cual salen todos, como si fuesen á buscar su libertad, sus pastos, sus desiertos. Él queria, ántes de todo, vengarse; queria acreditar que no sería juguete de enemigos despreciables; quería castigar. Al oir la acostumbrada gritería que lo circundaba, se quedó parado.

No hay la menor duda de que el toro es un animal estúpido. Pero con todo, sea que la rábia sea poderosa á aguzar la mas torpe inteligencia, ó que tenga la pasion la facultad de convertir el mas rudo instinto en perspicacia, ello es, que hay toros que adivinan y se burlan de las suertes mas astutas de la tauromaquia.

Los primeros que llamaron la atencion del terrible animal, fueron los picadores. Embistió al primero, y le tiró al suelo. Hizo lo mismo con el se-

gundo sin detenerse, y sin que la pica bastase á contenerle, ni hiciese mas que herirle ligeramente. El tercer picador tuvo la misma suerte que los otros.

Entónces el toro, con las astas y la frente teñidas en sangre, se plantó en medio de la plaza, alzando la cabeza hacia el tendido, de donde salia una gritería espantosa, excitada por la admiracion de tanta bravura.

Los chulos sacaron á los picadores á la barrera. Uno tenia una pierna rota, y se le llevaron á la enfermería. Los otros dos fueron en busca de otros caballos. Tambien montó el sobresaliente; y miéntras que los chulos llamaban la atencion del animal con las capas, los tres picadores ocuparon sus puestos respectivos, con las garrochas en ristre.

Dos minutos despues de haberlos divisado el toro, yacian los tres en la arena. El uno tenia la cabeza ensangrentada, y habia perdido el sentido. El toro se encarnizó en el caballo, cuyo destrozado cuerpo servia de escudo al mal parado ginete.

Entonces hubo un momento de lúgubre terror.

Los chulillos procuraban en vano, y exponiendo sus personas, distraer la atencion de la fiera; mas ella parecía tener sed de sangre, y querer saciarla en su víctima. En aquel momento terrible un chulo corrió hacia el animal, y le echó la capa á la cabeza para cegarle. Lo consiguió por algun instante; pero el toro sacó la cabeza, se desembarazó

de aquel estorbo, vió al agresor huyendo, se precipitó en su alcance, y en su ciego furor, pasó delante, habiéndole arrojado al suelo. Cuando se volvió, porque no sabia abandonar su presa, el ágil lidiador se habia puesto en pie y saltado la barrera, aplaudido por el concurso con alegres aclamaciones. Todo esto habia pasado con la celeridad del relámpago.

El heróico desprendimiento con que los toreros se auxilian y defienden unos á otros, es lo único verdaderamente bello y noble en estas fiestas crueles, inhumanas, inmorales, que son un anacronismo en el siglo que se precia de ilustrado. Sabemos que los aficionados españoles, y los exóticos como el vizconde de Fadièse, montados siempre medio tono mas alto que los primeros, ahogarán nuestra opinion con sus gritos de anatema. Por esto nos guardamos muy bien de imponerla á otros, y nos limitamos á mantenernos en ella. No la discutimos ni sostenemos, porque, ya lo dijo San Pablo con su inmenso talento: «Nunca disputeis con palabras, porque para nada sirve el disputar;» y Mr. Joubert afirma tambien «que el trabajo de la disputa excede con mucho á su utilidad.»

El toro estaba todavía enseñoreándose solo, como dueño de la plaza. En la concurrencia dominaba un sentimiento de terror. Pronunciábanse diversas opiniones: los unos querian que los cabestros entrasen en la plaza, y se llevasen al formidable

animal, tanto para evitar nuevas desgracias, como á fin de que sirviese para propagar su valiente casta. A veces se toma esta medida; pero lo comun es que los toros indultados no sobrevivan á la inflamacion de sangre que adquirieron en el combate. Otros querian que se le desjarretase para poder matarle sin peligro. Por desgracia, la gran mayoría gritaba que era lástima, y que un toro tan bravo debia morir con todas las reglas del arte.

El Presidente no sabia qué partido tomar. Dirigir y mandar una corrida de toros no es tan fácil como parece. Mas fácil á veces es presidir un cuerpo legislativo. En fin, lo que acontece muchas veces en estos, sucedió en la ocasion presente. Los que más gritaban, pudieron más; y quedó decidido que aquel poderoso y terrible animal muriese en regla, y dejándole todos sus medios de defensa.

Pepe Vera salió entónces armado á la lucha. Despues de haber saludado á la autoridad, se plantó delante de María, y la brindó el toro.

Él estaba pálido; María encendida, y los ojos saltándosele de las órbitas. Su aliento salia del pecho agitado, como el ronco resuello del que agoniza. Echaba el cuerpo adelante, apoyándose en la barandilla, y clavando en ella las uñas. María amaba á aquel hombre jóven y hermoso, á quien veia tan sereno delante de la muerte. Se complacia en un amor que la subyugaba, que la ha-

cia temblar, que le arrancaba lágrimas; porque ese amor brutal y tiránico, ese cambio de afectos profundos, apasionados y exclusivos, era el amor que ella necesitaba; como ciertos hombres de organizacion especial, en lugar de licores dulces y vinos delicados, necesitan el poderoso estimulante de las bebidas alcohólicas.

Todo quedó en el mas profundo silencio. Como si un horrible presentimiento se hubiese apoderado de las almas de todos los presentes, oscureciendo el brillo de la fiesta, como la nube oscurece el del sol.

Mucha gente se levantó, y se salió de la plaza.

El toro, entretanto, se mantenia en medio de la arena con la tranquilidad de un hombre valiente, que, con los brazos cruzados y la frente erguida, desafia arrogantemente á sus adversarios.

Pepe Vera escogió el lugar que le convenia, con su calma y desgaire acostumbrados, y señalándoselo con el dedo á los chulos:

—¡Aquí! les dijo.

Los chulos partieron volando, como los cohetes de un castillo de pólvora. El animal no vaciló un instante en perseguirlos. Los chulos desaparecieron. El toro se encontró frente á frente con el matador.

Esta formidable situacion no duró mucho. El toro partió instantáneamente, y con tal rapidéz, que Pepe Vera no pudo prepararse. Lo más que

pudo hacer, fué separarse para eludir el primer impulso de su adversario. Pero aquel animal no seguia, como lo hacen comunmente los de su especie, el empuje que les dá su furioso ímpetu. Volvióse de repente, se lanzó sobre el matador como el rayo, y le recogió ensartado en las astas: sacudió furioso la cabeza, y lanzó á cuatro pasos el cuerpo de Pepe Vera, que cayó como una masa inerte.

Millares de voces humanas lanzaron entónces un grito, como solo hubiera podido concebirlo la imaginacion de Dante: un grito que desgarraba las entrañas; hondo, lúgubre, prolongado!

Los picadores se echaron con sus caballos y garrochas sobre el toro, para impedir que recogiese á su víctima.

Los chulos, como bandada de pájaros, le circundaron tambien.

—¡Las medias lunas! ¡las medias lunas! gritó la concurrencia entera. El Alcalde repitió el grito.

Salieron aquellas armas terribles, y el toro quedó en breve desjarretado: el dolor y la rabia le arrancaban espantosos bramidos. Cayó por fin muerto, al golpe del puñal que le clavó en la nuca el innoble cachetero.

Los chulos levantaron á Pepe Vera.

—¡Está muerto! tal fué el grito que exhaló unánime el brillante grupo que rodeaba al desventurado jóven, y que de boca en boca, subió hasta las

últimas gradas, cerniéndose sobre la plaza á manera de fúnebre bandera!!

. . . . . .

Transcurrieron quince dias despues de aquella funesta corrida.

En una alcoba, en que se veian todavía algunos muebles decentes, aunque habian desaparecido los de lujo; en una cama elegante, pero cuyas guarniciones estaban marchitas y manchadas, yacia una jóven pálida, demagrada y abatida. Estaba sola.

Esta mujer pareció despertar de un largo y profundo sueño. Incorporóse en la cama, recorriendo el cuarto con miradas atónitas. Apoyó su mano en la frente, como si quisiese fijar sus idéas, y con voz débil y ronca dijo: ¡Marina!—Entró entónces, no Marina, sino otra mujer, trayendo una bebida que habia estado preparando.

La enferma la miró.

—¡Yo conozco esa cara! dijo con sorpresa.

—Puede ser, hermana, respondió la que habia entrado, con mucha dulzura. Nosotras vamos á las casas de los pobres como á las de los ricos.

—Pero, ¿dónde está Marina? ¿Dónde está? dijo la enferma.

—Se ha huido con el criado, robando cuanto han podido haber á las manos.

—¿Y mi marido?

—Se ha ausentado sin saberse á dónde.

—¡Jesus! exclamó la enferma, aplicándose las manos á la frente.

—¿Y el Duque? preguntó despues de algunos instantes de silencio. Debeis conocerle, pues en su casa fué dónde créo haberos visto.

—¿En casa de la Duquesa de Almansa? sí, en efecto, esa señora me encargaba de la distribucion de algunas limosnas. Se ha ido á Andalucía con su marido y toda su familia.

—¡Con qué estoy sola, y abandonada! exclamó entónces la enferma, cuyos recuerdos se agolpaban á su memoria, siendo los primeros los mas lejanos, como suele suceder al volver en sí de un letargo.

—¿Y qué? ¿no soy yo nadie? dijo la buena hermana de la Caridad, circundando con sus brazos á María. Si ántes me hubieran avisado, no os hallaríais en el estado en que os hallais.

De repente salió un ronco grito del dolorido pecho de la enferma.

—¡Pepe!... ¡el toro!... ¡Pepe!... ¡muerto!... ¡ah!

Y cayó sin sentido en la almohada.

CAPITULO XV.

Seis meses despues de los sucesos referidos en el último capítulo, la Condesa de Algar estaba un dia en su sala, en compañía de su Madre. Ocupábase en adornar con cintas, y en probar á su hijo un sombrero de paja.

Entró el General Santa María.

—Ved, Tio, dijo, que bien le sienta el sombrero de paja á este ángel de Dios.

—Le estás mimando que es un contento, repuso el General.

—No importa, intervino la Marquesa. Todas mimamos á nuestros hijos, que no por eso dejan de ser hombres de provecho. No te mimó poco nuestra Madre, hermano; lo cual no te ha impedido ser lo que eres.

—Mamá, dáme un bizcocho, dijo con media lengua el niño.

—¿Qué significa eso de tutear á su Madre, señor renacuajo? dijo el General. No se dice asi: se dice, «Madre, ¿quiére Vd. hacerme el favor de darme un bizcocho?»

El niño se echó á llorar, al oir la voz áspera de su Tio. La Madre le dió un bizcocho á hurtadillas, y sin que el General lo viese.

—Es tan chico, observó la Marquesa, que todavía no sabe distinguir entre el *tú* y el *usted*.

—Si no lo sabe, replicó el General, se le enseña.

—Pero Tio, dijo la Condesa, yo quiero que mis hijos me tutéen.

—¡Cómo, sobrina! exclamó el General. ¿Tambien quieres tú entrar en esa moda, que nos ha venido de Francia, como todas las que corrompen las costumbres?

—¿Con qué el tutéo entre padres é hijos corrompe las costumbres?

—Sí, sobrina; como todo lo que contribuye á disminuir el respeto, sea lo que fuere. Por esto me gustaba la antigua costumbre de los Grandes de España, que exigian el tratamiento de Excelencia á sus hijos.

—El tutéo, que pone en un pié de igualdad, que no debe existir entre Padres é hijos, no hay duda que disminuye el respeto, dijo la Marquesa. Dicen que aumenta el cariño; no lo creo. ¿Acaso, hija mia,

me habrias amado mas si me hubieras tuteado?

—No, Madre, dijo la Condesa, abrazándola con ternura; pero tampoco os hubiera respetado ménos.

—Siempre has sido tú una hija buena y dócil, dijo el General, y las excepciones no prueban nada. Pero, vamos á otra cosa. Traigo á Vds. una noticia, que no podrá menos de serles grata. La hermosa corbeta *Iberia*, procedente de la Habana, acaba de llegar á Cádiz; con que mañana es probable que demos un abrazo á Rafael. ¡Qué afortunado es ese muchacho! Apénas nos escribe que tenia ganas de volver á la Península, cuando se le presenta la ocasion que deseaba, y el Capitan General le envía de vuelta con pliegos importantes.

Aun estaban la Marquesa y la Condesa expresando la alegría que esta noticia les causaba, cuando se abrió la puerta, y Rafael Arias se precipitó en los brazos de sus parientas, estrechándolas repetidas veces entre los suyos, y la mano al General.

—¡Cuánto me alegro de verte, mi bueno, mi querido Rafael! decía la Condesa.

—¡Jesus! añadió la Marquesa; ¡gracias á Nuestra Señora del Cármen, que estás de vuelta! Pero ¿qué necesidad tenias, con un buen patrimonio, de ir á pasar la mar, como si fuera un charco? Apuesto á que te has mareado.

—Eso es lo de ménos, porque es mal pasajero, respondió Rafael; pero tuve otro mal que empeora-

ba de dia en dia, y era el ánsia por mi Patria y por las personas de mi cariño. No sé si es porque España es una excelente madre, ó porque nosotros los españoles, somos buenos hijos, lo cierto es que no podemos vivir sinó en su seno.

—Es por lo uno y por lo otro, mi querido sobrino; por lo uno y por lo otro, repitió con una sonrisa de gran satisfaccion el General.

—¡Es la Habana pais muy rico! ¿no es verdad, Rafael? preguntó la Condesa.

—Sí, prima, respondió Rafael; y sabe serlo, como una gran Señora que es. Su riqueza no es como la del que se enriqueció ayer; que á manera de torrentes, corre, se precipita y pasa, haciendo gran estrépito. Allí la opulencia mana blandamente y sin ruido, como un rio profundo y copioso, que deriva sus aguas de manantiales permanentes. Allí la riqueza está en todas partes; y sin necesidad de anunciarse con ostentacion, todo el mundo la vé y la siente.

—Y las mujeres, ¿te han gustado? preguntó la Condesa.

—Regla general, contestó Rafael: todas las mugeres me gustan en todas partes. Las jóvenes porque lo son; las viejas porque lo han sido; las niñas porque lo serán.

—No generalices tanto la cuestion, Rafael: precísala.

—Pues bien, prima: las habaneras son unos pre-

ciosos *Lazzaronis* femeninos, cubiertas de olan y de encajes; cuyos zapatos de raso son adornos inútiles de los pequeñísimos miembros á que están destinados, puesto que jamás he visto á una habanera en pié. Cantan hablando como los ruiseñores; viven de azúcar como las abejas, y fuman como las chimeneas de vapor. Sus ojos negros son poemas dramáticos: y su corazon un espejo sin azogar. El drama lúgubre y horripilante no se hizo para aquel gran vergel, en donde pasan las mujeres la vida recostadas en sus hamacas, meciéndose entre flores, aireadas por sus esclavas con abanicos de plumas.

—¿Sabes, dijo la Condesa, que la voz pública anunció que te ibas á casar?

—Esa señora doña *Voz pública*, mi querida Gracia, se arroga hoy el lugar que ocupaban ántes los bufones en las córtes de los Reyes. Como ellos, dice todo lo que se le antoja, sin cuidarse de que sea cierto: asi pues, Doña *Voz pública* ha mentido, prima.

—Pues decia más, añadió la Condesa riéndose. Le daba á tu futura dos millones de duros de dote.

Rafael se echó á reir.

—Ya caigo en la cuenta, dijo: en efecto, el Capitan General tuvo la idéa de endosarme esa letra de cambio.

—¿Y qué tal era mi presunta prima?

—Fea como el pecado mortal. Su espaldilla iz-

quierda se inclinaba decididamente hácia la oreja del mismo lado, y la derecha por el contrario, demostraba el mayor alejamiento por la oreja su vecina.

—¿Y qué respondiste?

—Que no me gustaban las píldoras, ni aun doradas.

—Mal hecho, dijo el General.

—Mal hecho era su torso, Señor.

—Y más, sabiendo, dijo la Condesa, que..... No acabó la frase al notar que una expresion penosa, como de amargo recuerdo, se habia esparcido en la abierta y franca fisonomía de su primo.

—¿Es feliz? preguntó.

—Cuanto es posible serlo en este mundo, respondió la Condesa. Vive muy retirada, sobre todo desde que se han presentado síntomas de hallarse en estado de *buena esperanza*, segun la expresion alemana de que se servia Don Federico, expresion harto mas sentida, y ménos melíflua que la inglesa de *estado interesante*, á la cual hemos dado carta de connaturalizacion....

—Con el ridículo espíritu de extranjerismo y de imitacion que vive y reina, añadió el General, y el pésimo gusto que los inspira y dirije. ¿Porqué no ha de decirse clara y castizamente, embarazo ó preñez, en lugar de esas ridículas y afectadas frases traducidas? Lo mismo haceis que hacian los franceses en el siglo pasado cuando representaban

con polvos y tontillos á las diosas del Paganismo.

—¿Y él? preguntó Arias.

—Cambiado enteramente, desde que se casó y se reconcilió con su cuñado. Este es el que le dirije en todo. Ahora labra por sí sus haciendas, aconsejado por mi marido, con el que pasa semanas enteras en el campo. En fin, es el niño mimado de la familia, donde ha sido recibido como el hijo pródigo.

—Hé aquí porqué, observó el General, nuestro sensato proverbio dice: mas vale malo conocido, que bueno por conocer.

—¿Y Eloisa? tornó á preguntar Arias.

—Esa es una historia *lamentable*, dijo la Condesa. Se casó en secreto con un aventurero francés que se decia primo del Príncipe de Rohan, colaborador de Dumas, enviado por el Baron Taylor para comprar curiosidades artísticas, y que por desgracia se llamaba Abelardo. Ella encontró en su nombre y en el de su amante, la indicacion de su union marcada por el Destino. En él vió un hombre que era al mismo tiempo literato, artista y de familia de Príncipes, y creyó haber encontrado el ser ideal que habia visto en sus dorados ensueños. A sus Padres, que se oponian á aquella union, los miraba como tiranos de melodrama, de idéas atrasadas y sumidos en el oscurantismo...

—Y en el *españolismo*, añadió el General en tono de ironía. Y la señorita ilustrada, *nutrida de* nove-

las y de poesías lloronas, se unió con aquel gran bribon, casado ya dos veces, como despues lo supimos. Pasados algunos meses, y despues de haber gastado todo el dinero que ella le llevó, la abandonó en Valencia, adonde fué á buscarla su desventurado Padre, para traerla deshonrada, ni casada, ni viuda, ni soltera. Ved ahí, sobrinos mios, adónde conduce el extranjerismo exagerado y falso.

—Rafael, tú habrías podido ahorrarle sus desgracias, dijo la Condesa.

—¡Yo! exclamó su primo.

—Sí, tú, continuó Gracia. Tú sabes muy bien cuánto te estimaba, y cuánto precio daba á tu opinion.

—Sí, dijo el General, porque merecías la de los extranjeros.

—Hablando de otra cosa, ¿qué es de nuestro punto de admiracion, el insigne A. Polo de Mármol de los Cementerios? preguntó Arias.

—Se ha metido á *hombre político*, respondió Gracia.

—Ya lo sé, dijo Rafael: ya sé que ha escrito una oda contra el trono, bajo el seudónimo de la Tiranía.

—¡Pobre tiranía! dijo el General: de árbol caido todos hacen leña: ya recibió la coz del asno!

—Ya sé, prosiguió Rafael, que escribió otro poema contra las Preocupaciones, contando entre ellas el presagio fatal que se atribuye al número 13, la

infalibilidad del Papa, el vuelco de un salero, y la fidelidad conyugal.

—¡Vaya, Rafael! exclamó la Condesa riéndose, que no ha dicho nada de eso.

—Si no son las mismas palabras, dijo Rafael, tal es poco más ó ménos el espíritu de aquella obra maestra, la cuál será clasificada por la opinion.....

—Entre las polillas que están carcomiendo esta sociedad, dijo el General. Cuando esté destruida, verémos con qué la reemplazan!

—Además, prosiguió Rafael, ya sé que nuestro A. Polo ha compuesto una sátira (se sentia inclinado á este género, y hace mucho tiempo que sintió brotar en su cabeza los cuernos de Marsías), una sátira, digo, contra la hipocresía, en la cual dice que es un rasgo de hipocresía reclamar el pago de la asignacion del clero, de los exclaustrados y de las monjas.

—Pues bien, sobrino, dijo el General; con esas bellas composiciones hizo bastantes méritos para que le recibiesen de colaborador en un periódico de oposicion.

—Ya caigo, dijo Rafael; y adivino lo que sucedió, porque es una farsa que se representa todos los dias. Cortó la pluma á guisa de mandíbula asnal, y armado con ella, atacó á los Filistéos del poder.

—Lo has acertado como un profeta, dijo el General. No sé cómo se ha ingeniado: lo cierto es

que en el dia le tienes hecho un personaje: con dinero, rebosando *buen tono*, y reventando *da forte*.

—Estoy seguro, dijo Rafael, que va á ponerse otro nombre mas, A. Polo de Mármol de Carrara; y que, sin dejar de escribir contra la nobleza y las distinciones, solicita y obtiene algun cargo honorífico de la Córte, como por ejemplo: Caballerizo mayor del Parnaso.—Y al Duque ¿le encontraré en Madrid?

—No, pero podrás verle al pasar por Córdoba, donde se halla con toda su familia.

—El Duque ha tomado por fin mi consejo, dijo el General; se ha separado de la vida pública. Todas las personas de importancia deben en estos tiempos retirarse á sus tiendas como Aquíles.

—Pero, Tio, dijo Rafael, ese es el modo de que todo se lo lleve la trampa.

—Dicen, continuó la Condesa, que el Duque se ha dedicado enteramente á la literatura. Está componiendo algo para el teatro.

—Apuesto á que el título de la pieza será: *La cabra tira al monte*; dijo Rafael en voz baja á la Condesa.—Aludía esto á los amores de María con Pepe Vera, que todo el mundo sabía menos aquellos dos hombres tan parciales de María, que nunca pudo ni la nobleza del uno ni la buena fé del otro sospechar algo malo en ella.

—Calla, Rafael, repuso su prima. Debemos ha-

cer con nuestros amigos lo que hicieron los buenos hijos de Noé con su Padre.

—¿Qué dice? preguntó la Marquesa.

—Nada, Madre, respondió la Condesa: habla de la pieza sin haberla leido.

—¿Y Marisalada? preguntó Rafael, ¿ha subido al Capitolio en un carro de oro puro, tirado por aficionados?

—Ha perdido la voz, respondió la Condesa, de resultas de una pulmonía. ¿Lo ignorabas?

—Tan ageno estaba de ello, respondió Rafael, que le traigo magníficas proposiciones de ajuste para el teatro de la Habana. Pero ¿en qué ha venido á parar?

—Ya que no puede cantar, dijo el General, seguirá probablemente el consejo de la hormiga de la fábula, aprenderá á bailar.

—Ó lo que es mas probable, dijo la Condesa, estará llorando sus faltas y la pérdida de su voz.

—Pero ¿dónde está? repitió con instancia Rafael.

—No lo sé, respondió la Condesa, y lo siento, porque quisiera ofrecerle consuelos y socorros si los necesita.

—Guárdalos para quien los merezca, dijo el General.

—Todos los desgraciados los merecen, Tio, repuso la Condesa.

—Bien dicho, hija mia, dijo en tono sentido su

Madre. Haz bien, y no mires á quién. Haz mal, y guardarte hás, como dice el refran.

—Insisto en preguntar dónde se halla; continuó Rafael, porque le traigo una carta.

—¡Una carta! ¿Y de quién?

—De su marido.

—¿Le has visto? preguntó con interés la Condesa. ¿Pues no decian que estaba en Alemania?

—No es cierto. Se embarcó en el mismo buque que nosotros, para la Habana. ¡Qué mudado estaba, y cuán desgraciado era! Estoy seguro de que no le habríais conocido; pero siempre tan suave, tan condescendiente, tan bueno! Poco tiempo despues de nuestra llegada, murió de la fiebre amarilla.

—¿Murió? exclamaron á un tiempo la Marquesa y su hija.

—¡Pobre, pobre Stein! dijo la Condesa.

—Dios le tenga en su gloria! añadió la Madre.

—Sobre la conciencia de la maldita cantatriz, va la muerte de ese hombre de bien, dijo el General.

—Yo, que me creo invulnerable, prosiguió Rafael, aunque no habia tenido la epidemia, fuí á verle cuando supe que estaba enfermo.

—¡Mi buen Rafael! dijo la Condesa tomando la mano de su primo.

—La enfermedad fué tan violenta, que le encontré casi en las últimas: pero le hallé tan tranquilo y tan benévolo como siempre. Me dió gracias por mi visita, y me dijo, que era una felicidad para él.

ver una cara amiga ántes de morir. Me pidió pluma y papel, escribió casi moribundo algunos renglones, y me pidió que pusiese el sobrescrito á su mujer, y que se los enviase, juntamente con su fé de muerto. En seguida le sobrevinieron los vómitos, y murió, con una mano en la del sacerdote que le ayudaba á bien morir, y la otra en la mia.—Yo te entregaré este depósito, prima, para que lo envies con un hombre de confianza á Villamar, donde probablemente se habrá retirado ella al lado de su Padre. He aquí la carta, dijo Rafael, sacando del bolsillo un papel cuidadosamente doblado. Yo la leo algunas veces, como se lee un himno.

La Condesa desplegó la carta y leyó.

«María: tú á quien tanto he amado, y á quien amo aún; si mi perdon puede ahorrarte algunos remordimientos, si mi bendicion puede contribuir á tu felicidad, recibe ambos desde mi lecho de muerte.»

FRITZ STEIN.

CAPITULO XVI.

Si el lector quiere ántes de que nos separemos para siempre, echar otra ojeada sobre aquel rinconcillo de la tierra llamado Villamar, bien ageno sin duda del distinguido huésped que va á recibir en su seno, le conducirémos allá, sin que tenga que pensar en fatigas ni gastos de viaje. Y en efecto, sin pensar en ello, ya hemos llegado. Pues bien, amable lector, aqui tienes el birrete de Merlin: hazme el favor de cubrirte con él, porque si permaneces tan visible como estás ahora, turbarás con tu presencia aquel lugar sosegado y quieto, asi como un objeto cualquiera arrojado á las aguas dormidas y claras de un estanque, altera su transparencia y reposo.

Despues de cuatro años, es decir, un dia de verano de 1848, encontrarías al dicho pueblo tan

tranquilamente sentado al borde del mar, como si fuera un pescador de caña. Vamos á dar cuenta de algunos graves sucesos públicos y privados, que habian ocurrido allí durante aquel intervalo.

Empecemos por la malaventurada inscripcion que tantos afanes habia costado al Alcalde ilustrado, de oficio herrero, el cual solia decir que el hierro no era mas duro que las cabezas de sus subordinados; inscripcion, que habia causado además un tremendo batacazo al maestro de escuela y tres dias de flatos á Rosa Mística; pero que en compensacion, habia hecho pasmar de admiracion á D. Modesto Guerrero.

Los demas habitantes habian tomado la inscripcion por un bando: uno de aquellos bandos que empiezan; «Cuatro ducados de multa al que arroje inmundicias de cualquiera especie en este sitio.»

Los aguaceros de Andalucía, que parecen mas bien destinados á azotar la tierra que á regarla, habiendo caido en las hermosas letras que de mayor á menor la componian, la habian casi borrado.

Temeroso el Alcalde de que produjese esta vista una impresion análoga en el patriotismo de los habitantes, se propuso despertar en su corazon este noble sentimiento, por otro medio mas eficaz y poderoso. El nombre de Calle Real ofendia sus orejas representativas. Quiso *patriotizarlo*, y publicó un bando para que aquel nombre malsonante, se cambiase en el de calle de los hijos de Padilla.

Con este motivo hubo su poco de motin en Villamar. ¿Qué punto del globo se escapa sin motines en el siglo en que vivimos?

Era el caso que habia muerto uno de los habitantes de la misma calle, llamado Cristóbal Padilla, y sus hijos heredaron naturalmente la casa que en la misma localidad poseía. Pero en el mismo caso se hallaban los Lopez, los Perez y los Sanchez, los cuales protestaron enérgicamente contra tan infundada preferencia. En vano quiso explicarles el Alcalde que los llamados Hijos de Padilla compusieron en otro tiempo una asociacion de hombres libres: á esto respondian ellos, que ya sabian que los Padillas eran hombres libres, y que nadie pensaba en disputarles este título. Pero que tambien lo eran, y lo habian sido desde la creacion del mundo, los Lopez, los Perez y los Sanchez; que ellos no pasaban por la humillacion de verse pospuestos á los Padillas; y que si el Alcalde insistía en su empeño, ellos se quejarían á la autoridad competente, porque siempre habian existido tribunales superiores á donde poder acudir contra la arbitrariedad y la injusticia, á ménos que con las novedades del dia no se los hubiese llevado la trampa.

El alcalde, aburrido de tanto clamoréo, los envió á todos los demonios.

No sabiendo á qué santo encomendarse para dar á Villamar cierto aire moderno, que lo elevase á la altura del dia, imaginó dar al camino que iba des-

de el pueblo á la colina en que estaban el cementerio y la capilla del Señor del Socorro, el nombre patriótico de CAMINO DE URDAX, por ser el de una batalla que precedió al convenio de Vergara.

Pero entónces le salió peor la cuenta. Hubo motin de mujeres: motin en regla, capitaneado por Rosa Mística en persona. Sus gritos y sus lamentaciones habrian aturdido á los sordos.

—¿Qué quiere decir Urdáx? gritaba la una.

—¿Qué tenemos nosotros que ver con Urdáx? clamaba la otra.

—¿Quién ha de querer enterrarse en Urdáx? chillaba una vieja.

—Señor Alcalde, dijo una pobre viuda, si tanto empeño tiene Vd. en hacer mejoras, disminuya Vd. las contribuciones, póngalas como estaban ántes, en tiempo del Rey, y deje Vd. á las cosas los nombres que siempre han tenido..

—Si tanto le place á Vd. el nombre de Urdáx, dijo una jóven, póngaselo á sí propio.

—Señor, dijo gravemente Rosa Mística: ese camino es el de la VIA CRUCIS, y Vd. lo profana con ese nombre moruno.

El alcalde se tapó los oidos, y echó á correr.

Frustradas tantas bellas idéas, declaró que los habitantes de Villamar eran unos animales, unos brutos estólidos, partidarios del abominable tiempo del absolutismo, sin otro móvil que el bajo interés pecuniario; enemigos de todo progreso social.

y de toda mejora; despreciables rutineros, que no merecian llamarse aldeanos, y mucho ménos ciudadanos libres.

Y despues de este formidable anatema, Villamar y sus habitantes continuaron pasándolo tan bien como ántes.

Poco tiempo despues, se leia en un periódico de los de fuste:

«Nuestro corresponsal de Villamar (Andalucía baja) nos escribe: La tranquilidad pública ha estado amenazada en esta poblacion. Algunos mal intencionados, excitados sin duda por los infames agentes de la odiosa faccion, han querido oponerse á las sábias mejoras, á los útiles progresos, que nuestro digno alcalde D. Perfecto Cívico queria introducir, bajo el ridículo pretexto de que no eran necesarios. Pero la admirable sangre fria, el valor heróico de que ha dado muestras aquella excelente autoridad, intimidaron á los audaces, y todo ha entrado en el órden, sin que hayamos tenido que deplorar ningun grave accidente. Vivan sin inquietud los buenos patriotas. Sus hermanos de Villamar sabrán frustrar las maniobras de nuestros enemigos.

«Como estamos en Julio, la temperatura está bastante elevada. No podemos decir positivamente hasta cuántos grados; porque la civilizacion no ha proporcionado todavía á Villamar el beneficio de un termómetro.

«La cosecha se presenta bien, sobre todo en el

ramo de calabazas, cuya cantidad y dimensiones llenan de satisfaccion y de alegría á sus honrados cosecheros.» Firmado

El Patriota Modelo.

Es excusado decir que este modelo de patriotismo era el mismo alcalde, autor del artículo (1).

Este buen hombre habia sido albeitar, y corriendo por el mundo, habia llegado á una altura prodigiosa en idéas modernas y miras avanzadas. Hablaba mucho, y se escuchaba á sí propio, con lo cual nunca le faltaba auditorio. Tambien era el único representante de su partido en Villamar; asi como el médico que habia reemplazado á Stein, lo era del *justo medio*.

La pandilla del Cura, de Rosa Mística, y de las buenas mujeres, como la tia María, estaba por las idéas antiguas. La de Ramon Perez y otros cantarines, no tenia color político. La de José y otros pobres de su clase, echaba de ménos los bienes pasados, y deploraba los males presentes, sin definir su orígen. Quedaba el escribano, que era un descarado bribon, como suele haberlos en los pueblos pequeños; acérrimo defensor del partido triunfante, y lo que es peor, perseguidor encarnizado del

(1) Recomendamos á nuestros lectores la lectura de Lágrimas, otra novela de nuestro autor, en que se cuenta la historia del buen alcalde patriota D. Perfecto Cívico y de su familia.

vencido; animal maléfico y hostil, que solo se domesticaba con plata.

Pero volvamos á nuestro asunto.

La torre del fuerte de San Cristóbal se habia derrumbado, y con ella las últimas esperanzas que abrigaba D. Modesto, de ver figurar su fuerte en la misma línea que Gibraltar, Brest, Cádiz, Dunquerque, Malta y Sebastopol.

Pero nada habia causado tanta admiracion en nuestros amigos, los habitantes de Villamar, como la mudanza que se observaba en la tienda del barbero Ramon Perez.

Ramon Perez, despues de la muerte de su Padre, que acaeció algunos meses despues de la partida de María, no habia podido resistir al deséo de ir tambien á la capital, siguiendo los pasos de la ingrata, que le habia sacrificado á un *desaborido* extranjero. Emprendió, pues, su marcha, y volvió al cabo de quince dias, trayendo consigo:

Primero: un caudal inagotable de mentiras y fanfarronadas:

Segundo: una infinidad de canciones á la italiana, á cual mas detestables:

Tercero: un aire de taco, un gesto de *¿qué se me dá á mi?* una desenvoltura, un *sans-façon*, capaz de rallar las tripas á todos los habitantes de Villamar, cuyas desgraciadas orejas, y más desgraciadas mandíbulas conservaron largo tiempo deplorables testimonios de aquellas nuevas adquisiciones.

Cuarto: las mas funestas aspiraciones á imitar al leon de los barberos, Fígaro, que, por desgracia vió ejecutar en el teatro de Sevilla. Por consiguiente, á imitacion de su modelo, habia procurado sacar al alcalde de la senda del progreso, para introducirlo en la del conde de Almaviva: pero en primer lugar, como el alcalde era casado, habria sido difícil encontrar en Villamar una Rosina, que hubiera querido pasar por aquel inconveniente. En segundo lugar, la alcaldesa era una gallega de admirable fuerza y robustez, y naturalmente era mas emible á sus ojos que el doctor Bartolo lo habia sido á los de su modelo.

Ramon Perez habia traido de sus viajes otra cosa, que no reveló á nadie, y cuya adquisicion hizo del modo siguiente:

Una noche, que rondaba la calle en que vivia Marisalada, suspirando como una ballena, llamó la atencion de un jóven que guardaba una esquina, embozado en su capa hasta los ojos, y que acercándose á él, le dijo esta sola palabra:—¡Largo!

Ramon quiso replicar; pero recibió tan vigoroso puntapié, que el cardenal que le resultó, contribuyó poderosamente á que su viage de vuelta fuera sumamente penoso, puesto que habia recaido en el lugar que estaba en contacto con el albardon.

Por una circunstancia que se aclarará más adelante, el barbero habia conseguido reunir una buena suma de dinero. Entónces los recuerdos de Se-

villa y de Fígaro, se habian despertado con nuevo ardor en su mente. Habia hermoseado su tienda con lujo asiático; magníficas sillas pintadas de verde esmeralda; clavos romanos, tamaños como platos soperos, para colgar las tohallas de tela de un dedo de grueso; grabados que representaban un Telémaco muy largo, un Mentor muy barbudo, y una Calipso muy descarnada: tales eran los adornos que rivalizaban en dar esplendor al establecimiento. Ramon Perez habia afirmado, con tanta mas certeza, cuanto que él mismo lo creia así, que aquellas figuras eran San Juan, San Pedro y la Magdalena. Algunos mal contentadizos habian observado, meneando la cabeza, que todo se habia renovado en el laboratorio de Ramon Perez, ménos las navajas: pero él respondia que eran hombres del otro jueves, y que no habian perdido la antigua maña de observar el fondo de las cosas; cuando la regla del dia era dar únicamente importancia á la exterioridad y á la apariencia.

Pero lo que pasmó de admiracion á los villamarinos, fué una formidable muestra que cubria gran parte de la fachada de la casa barbería. En medio figuraba, pintado con arte maravilloso, un pié, que parecia un pié chinesco, de color amarillento, del cual brotaba un chorro de sangre, digno de rivalizar con las fuentes de Aranjuez y de Versalles. A los dos lados estaban dos enormes navajas de afeitar entreabiertas, que formaban dos pirámides; en

el centro de éstas, habia dos muelas colosales. En torno reinaba una guirnalda de rosas, semejantes á ruedas de remolachas, y de la guirnalda colgaba un monstruoso par de tijeras. Para colmo de ostentacion y de lujo, Ramon Perez habia recomendado al pintor el uso del dorado, y el artista habia distribuido el oro del modo siguiente: en las espinas de las rosas, en las hojas de las navajas y en las uñas del pié. Esta muestra indicaba lo que todos sabian; es decir, que su poseedor ejercia en Villamar las cuádruples funciones de barbero, sangrador, sacamuelas, y *pelador*.

Pero la muestra resultó tener tal magnitud y tal peso, que la pared de la casa de Ramon, compuesta de tierra y piedras, no pudo sostenerla. Fué preciso levantar á los dos lados de la puerta dos estribos de ladrillo, para apoyarla. Esta construccion formó á la entrada de la casa una especie de portal ó frontispicio, que Ramon Perez declaró con la mas grave é imperturbable desfachatez, ser una copia exacta del de la Lonja de Sevilla, la que, como es sabido, es una de las obras maestras de nuestro gran arquitecto Herrera.

Enterado ya el lector de las cosas pasadas, volvemos á tomar el hilo de las actuales.

Era tan profundo el silencio en aquel rincon del mundo, que se oia desde léjos la voz de un hombre, que se acompañaba con la guitarra, no las rondeñas, ni las mollares, ni el contrabandista, ni

la caña, ¡ah! no: sinó una cancion llorona, ¡la Atala! Y lo peor era que la adornaba con tales gorgoritos, con tan descabelladas *fiorituras*, con cadencias tan detestables, y que los versos eran tan malos, que Chateaubriand hubiera podido citar con harto derecho á juicio de conciliacion, al poeta, al compositor y al cantor, como reos de un abuso de popularidad.

Este canto infernal salía de la tienda cuya descripcion hemos presentado en el capítulo anterior; y quien lo ejecutaba era el poseedor de aquel establecimiento, el insigne Ramon Perez.

Entonaba las palabras *Triste Chactas*, etc. con una expresion, con un entusiasmo, que le conmovian á él mismo hasta llenarle los ojos de lágrimas. Enfrente del cantor, estaba erguido, como siempre, D. Modesto Guerrero, escuchando en actitud grave y recogida, idéntico al Mentor respetable que adornaba la pared, sin mas diferencia que estar muy bien afeitado, y con su hopito muy liso, tieso y perpendicular.

De repente, se abrió de par en par la puerta que estaba en el fondo de la tienda, y se vió salir por ella á una muger con un niño en los brazos, y otro que la seguia llorando agarrándose á sus enaguas. Esta mujer pálida, delgada, de gesto altanero é indigesto, estaba cubierta con un pañolon de espumilla desteñido y viejo. Sus largos cabellos mal trenzados, desaliñados y sin peineta, colgaban

hasta el suelo. Calzaba zapatos de seda en chancletas, y llevaba largos pendientes de oro.

—¡Cállate, cállate, Ramon! dijo con voz ronca al entrar en la tienda. No me desuelles los oidos. Mas quisiera oir los graznidos de todos los cuervos del coto, y los mahullidos de todos los gatos del pueblo, que tu modo de destrozar la música séria. Te he dicho mil veces que cantes los cantos de la tierra. Eso tal cual; se puede tolerar. Tu voz es flexible, y no te falta la gracia que ese género requiere. Pero tu malhadada manía de cantar á lo fino, no hay quien la resista. Te lo digo, y sabes que lo entiendo. Tus disparatados floréos me afectan de tal modo los nervios, que si persistes en imponerme este tormento, me marcho para siempre de esta casa. Calla, añadió dando un golpe en la cabeza, al niño que lloraba,—calla, qué berréas lo mismo que tu Padre.

—Véte con mil santos;—y desde ahora;—respondió el barbero picado en lo mas vivo de su amor propio. Véte, echa á correr, y no vuelvas hasta que yo te llame, que de esta suerte podrás correr sin parar.

—¿Que no me llamarás, dices? replicó la mujer; sería quizás demasiado favor, que harías á la que tantas veces ha sido llamada por los Grandes, por los Embajadores, por la córte entera! ¿Sabes tú, rústico, ganso, zopenco, el dineral que se daba solo por oirme?

—Si esos mismos, dijo el barbero, te vieran ahora con esa cara de vinagre, y te oyeran esa voz de pollo ronco, estoy para mí que pagarian doble por no verte ni oirte.

—¿Quién me ha metido á mí en este villorro, entre este hato de villanos? exclamó la mujer, furiosa. ¿Quién me ha casado con este rapa-barbas, con este mostrenco, que despues de haberse comido la dote que me envió el Duque, se atreve á insultarme? ¡A mí, la célebre María Santaló, que ha hecho tanto ruido en el mundo!

—Más te hubiera valido no haber hecho tanto, dijo Ramon, á quien daba un valor inaudito el entusiasmo que le inspiraba la cancion de Atala, y su indignacion al verla menospreciada.

Al oir estas palabras, la mujer se abalanzó á su diminuto marido, el cual lleno de espanto, solo tuvo tiempo de poner la guitarra sobre una silla, y echarse á correr.

A la puerta tropezó con un personaje, á quien por poco derriba en tierra, el cual se paró en el umbral.

Apénas lo percibió María, su cólera cedió á un impulso de risa, no ménos violento.

El personaje que lo ocasionaba, era Momo, uno de cuyos carrillos estaba horrorosamente hinchado. Traia un pañuelo atado alrededor de su deforme rostro, y venía á que el barbero le sacase una muela.

—¡Que horrenda vision! exclamó María, entre sus carcajadas. Dicen que el Sargento de Utrera reventó de feo. ¿Cómo es que no te sucede á tí otro tanto? Capaz eres de pegar un susto al miedo. ¿Con qué tienes preñado el cachete? Pues parirá un melon, y podrás enseñarlo por dinero. ¡Qué espantoso estás! ¿Vienes á que te retraten para que te pongan en la *Ilustracion*, que anda á caza de curiosidades?

—Vengo, dijo Momo, á que tu Raton Perez me saque una muela dañada, y no á que me hartes de desvergüenzas; pero Gaviota fuiste, Gaviota eres, y Gaviota serás!

—Si vienes á que te saquen lo que tienes dañado, repuso María, bien pueden empezar por el corazon y las entrañas.

—¡Por vía de los gatos! ¡miren quien habla de corazon y de entrañas! replicó Momo; la que dejó morir á su Padre en manos extrañas, sin acordarse del santo de su nombre, ni de enviarle siquiera un mal socorro.

—¿Y quién tuvo la culpa, malvado ganso? respondió María. Nada de eso habría sucedido, si no hubieras sido tú un salvaje, que te volviste de Madrid, sin haber desempeñado tu encargo, y esparciendo la nueva de mi muerte; de modo que cuando volví al lugar creyendo que mi Padre vivia, todos me tomaron por ánima del otro mundo. Solamente en tus entendederas, que son tan romas

como tus narices, cabe el haber creido que una representacion era una realidad.

—¡Representacion! repuso Momo: siempre dices que aquello era fingido. Lo cierto es, que si aquel *Telo* hubiera sabido darte la puñalada en regla, y si no te hubiera curado tu marido, á quien todo el mundo llora, menos tú, estarias ahora roida de gusanos, para descanso de cuantos te conocen. Lo que es á mí, no me la cuelas, pedazo de embustera.

—Pues sábete, Cara y media, dijo María abriendo la mano, y poniéndola delante de su nariz, que he de vivir cien años, para que rabies, y hacer que tu nariz roma se ponga tamaña.

Momo miró á María con toda la despreciativa dignidad compatible con su tuerta cara, y dijo en voz profunda y tono concluyente, alzando y bajando alternativamente el dedo índice:

—¡Gaviota fuiste, Gaviota eres, Gaviota serás!

Y le volvió arrogantemente la espalda.

Cuando D. Modesto, aturdido por los gritos de la disputa que hemos referido, vió que las carcajadas sucedian á la explosion de cólera, gracias á la fea y ridícula figura de Momo, de quien solo el lápiz de Cruikshank el célebre dibujante inglés de caricaturas, podria dar cabal idea, aprovechó aquella ocasion, para escurrirse, sin ser sentido, de aquel campo de batalla. Nuestros lectores saben que D. Modesto, esencialmente grave y

pacífico, tenia una profunda antipatía contra toda especie de disputas, altercados, riñas y quimeras. Pero apénas hubo entrado en su casa, muy satisfecho del éxito de su oportuna retirada, nuevos terrores vinieron á asaltarle, al ver el ojo válido de Rosita, severo, iracundo y amenazador, como un soldado sobre las armas; y su boca grave, remilgada é imponente como un juez en su tribunal. Don Modesto se sentó en un rincon, y bajó la cabeza, á manera de ave, que, presintiendo la tempestad, se posa en la rama de un árbol, y oculta la cabeza debajo de un ala.

Ante todo es de saber que las buenas cualidades y los defectos de Rosita habian ido en aumento con los años. Su aséo habia llegado á convertirse en angustiosa pulcritud. D. Modesto tenia que mudarse de zapatos cada vez que entraba á verla. Si Rosita hubiera tenido noticia de las chinelas, que se ponen en Bruselas los curiosos que van á visitar el palacio del Príncipe de Orange, no hay duda que habria adoptado el mismo medio para preservar la bastas esteras de esparto que cubrian los rajados ladrillos del pavimento de su sala. Si D. Modesto dejaba caer una aceituna en el mantel, Rosita se estremecia: si una gota de vino tinto, lloraba. Su abstinencia y su sobriedad llegaban á los límites de lo posible, y daban á entender que quería rivalizar con Manuela Torres, la famosa mujer del pueblo de Gansar, que habia

muerto recientemente, despues de haber vivido cuarenta años, sin comer ni beber.

—Rosita, le decia Don Modesto; ántes comia usted lo que un pájaro puede llevar en el pico: pero ahora está Vd. acreditando que lo que se cuenta del camaleón no es fábula.

—Ya ve Vd., respondia Rosita, que gozo de perfecta salud; lo cual prueba que necesitamos muy poco para vivir, y que todo lo demás es pura gula.

En cuanto á su austeridad, habia llegado á ser algo más que severa: era cáustica.

—¡Bien le sienta á Vd., dijo á Don Modesto,—mientras éste se encomendaba con todas las veras de su corazon á nuestra señora de la Paz;—¡bien le sienta á un hombre de su edad y dignidad de Vd., á una de las primeras autoridades del pueblo, á un hombre que se ha visto en letra de molde en la Gaceta, ir á casa de esas gentes, de esos casquivanos (por no decir otra cosa) y entrometerse en esa San-Francia de matrimonio, que ha sido el escándalo de la vecindad.

—Pero, Rosita, contestó Don Modesto, yo no me he entrometido en la gresca: ella fué la que se entrometió donde yo estaba.

—Si no hubiera Vd. ido en casa de ese rapabarbas, cantor sempiterno; si no hubiera Vd. estado allí con la boca abierta, oyendo sus cantos impúdicos, no se habría Vd. hallado en el caso de ser testigo de ese escándalo.

—Pero, Rosita, Vd. no reflexiona que es preciso afeitarme de cuando en cuando, so pena de parecer zapador de un regimiento; que ese buen Ramon Perez me afeita de valde, como lo hacia su Padre, y que la política y la gratitud exigen que, si se pone á cantar delante de mí, tenga yo paciencia, y me preste á oirle. Además que no ha cantado nada mal sonante, sino una cancion de las que cantan las gentes finas, en la que dice que una jóven llamada Atala.....

—¿Qué pamplinas va Vd. á contarme, D. Modesto? dijo Rosita indignada. ¡Si no sabré yo lo que dice el Año Cristiano de Atila, que fué un Rey de los bárbaros que invadieron á Roma, y de quien triunfó la elocuencia de San Leon el Magno, Papa á la sazon! Si Vds. quieren que sea una jóven enamorada, contra lo que dicen la sana razon y el Año cristiano, buen provecho les haga á Vd. y á Ramon Perez. El siglo de las luces, como dice ese caribe de alcalde, que queria convertir la *Via crucis* en camino de Urdax, trastorna todas las idéas. Con que así, crean Vds., si les dá la gana, que fué una muchacha la que capitaneó los feroces ejércitos de los bárbaros. En cuanto á canciones profanas y malsonantes, sepa Vd. que no le pegan ni á mi edad, ni á mi modo de pensar. Pero los hombres tienen siempre los oidos abiertos á las cosas amorosas. Usted se derrite al oir las canciones de esa gente, cuando yo le he visto... ¡si!.. yo

he visto á Vd. en el Quinario de San Juan Nepomuceno, (modelo de confesores) cuando al fin se cantan las coplas en honor del Santo, yo he visto á Vd.. dormido como un tronco!

—¡Yo! Rosita, ¡Jesus! Mire Vd. que se ha equivocado de medio á medio. Tendría los ojos cerrados, y Vd. tomaría mi recogimiento por un sueño irreverente.

—No disputemos D. Modesto, porque capaz seria Vd. de pecar con descaro contra el octavo mandamiento. Pero, volviendo á lo que deciamos, digo á Vd, que es una vergüenza que esté Vd. uña y carne con esas gentes.

—¡Ah Rosita! ¿cómo puede Vd. hablar en esos términos del buen Ramon que me afeita de valde, y de esa ilustre Marisalada que ha sido aplaudida por Generales y por Ministros?

—Nada de eso impide, replicó Rosa Mística, que haya sido cómica, de las que ántes estaban excomulgadas, y que deberían estarlo todavía. Yo quisiera saber porqué no lo están ya.

—Es probable, dijo D. Modesto, que el teatro sería entónces una cosa muy mala, en lugar de que ahora, como dice el folletin del periódico, es la escuela de las costumbres.

—¡La escuela de las costumbres..... el teatro! No hay remedio; Vd. se vá pervirtiendo, D. Modesto. Eso es peor que dormirse en el Quinario. ¡Que! ¿toma Vd. los periódicos por textos de la Escritura?

Dígole á Vd., Señor, que el Papa ha hecho muy mal en levantar la excomunion á esas mujeres provocativas.

—¡Jesus, María y José! exclamó D. Modesto asustado: ¿Rosita, se atreve Vd. á condenar lo que hace el Papa, justamente cuando se están cantando himnos en su loor, como dice el periódico?

—Bien, bien, repuso Rosita; ya lo sé mejor que Vd. Y me guardaré muy bien de condenar lo que hace el Papa; me limitaré á desear que no tengamos que cantar el *Miserere* despues del himno. Pero volviendo á esa mujer que tantos personajes han aplaudido:—¿piensa Vd, que esos necios aplausos la absuelvan de sus malos procederes, y de su perversa índole?

—No sea Vd. tan justiciera, Rosita.—En el fondo no es mala: me ha hecho una cucarda para el sombrero.

—Lo que ha hecho ha sido burlarse de Vd. dándole en lugar de una cucarda, una escarola tamaña como un plato. ¿Con qué no es mala en el fondo; dice Vd., la que dejó morir á su Padre, que tanto la queria, solo, pobre, olvidado, mientras que ella se estaba haciendo gorgoritos en la tablas?

—Pero, Rosita, si no sabia la gravedad.....

—Sabia que estaba malo, y basta. Cuando un Padre padece, la hija no debe cantar. Una mujer cuya conducta obligó al pobre de su marido á huir é irse á morir de verguenza allá en las Indias!....

—Murió de la epidemia, observó el veterano.

—¡Buena será ella, (continuó la severa maestra de Amiga, enardeciéndose cada vez mas), cuando fué la única en el pueblo que no veló en su última enfermedad á la tia María, que tanto la habia querido, y tanto habia hecho por ella; la única, que faltó á su entierro; la única, que por ella no rezó en la iglesia, ni lloró por ella en el Campo Santo!

—Estaba de sobreparto, y no habria sido prudente ántes de la cuarentena.

—¿Qué entiende Vd. de sobrepartos ni de cuarentenas? exclamó Rosa Mística, exasperada al ver el empeño con que D. Modesto defendia á sus amigos. ¿Ha parido Vd. alguna vez, para entender de esas cosas? ¿Con qué tiene buen fondo la que cuando poco despues de la muerte de su bienhechora, Fray Gabriel la siguió al sepulcro; se echó á reir diciendo, que habia creido que solo en el teatro se moria la gente de amor y de pena?

—¡Pobre Fr. Gabriel! dijo D. Modesto, conmovido por los recuerdos que acababa de despertar su patrona. Todos los viernes de su vida, vino al Cristo del Socorro para pedirle una buena muerte. Despues de la de su bienhechora venia todos los dias, porque ya no le quedaba mas que aquel buen Señor, que le comprendiese y le consolase. Yo fuí quien le encontré un viernes por la mañana, de rodillas, delante de la reja de la capilla del Cristo, inclinada la cabeza sobre las barras. Le llamé y no respondió.

Me acerqué..... ¡estaba muerto! muerto como habia vivido; en silencio y solo! ¡Pobre Fr. Gabriel! añadió el Comandante despues de algunos instantes de silencio. Te moriste sin haber visto rehabilitado tu Convento. ¡Yo tambien moriré sin ver reedificado mi Fuerte!

FIN DE LA GAVIOTA.